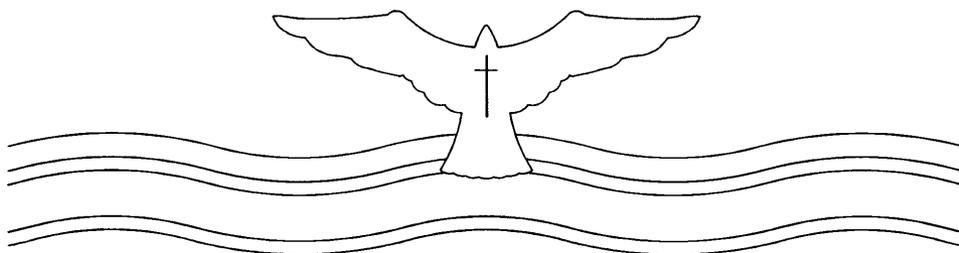


JOSE MARIA IRABURU

Los Evangelios son verdaderos e históricos

Del blog **Reforma o apostasía** (238-239, 243, 245-248)
en *www.infocatolica.com* (2013)



Fundación GRATIS DATE

Apartado 2154 – 31080 Pamplona
ISBN 84-87903-89-4, DL NA 718-2014

Gráficas Lizarra, S. L., Ctra. de Tafalla, km. 1 – 31132 Villatuerta, Navarra

Algunos avisos

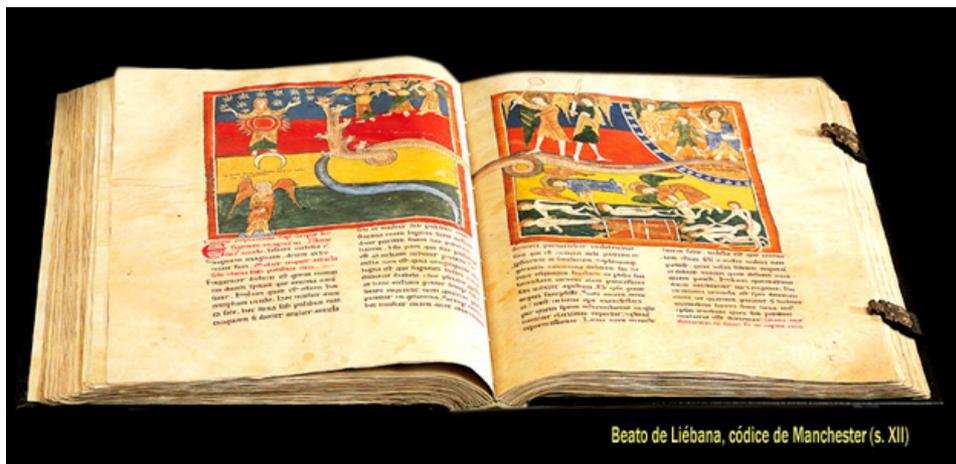
En el diario digital *www.infocatolica.com* mi blog *Reforma o apostasía* ha reunido ya un gran número de artículos, más de 250. Algunos lectores han sugerido en sus comentarios que fueran publicados en forma de libro; pero esto sólo es posible si se hace en varios textos, cada uno de los cuales reúna una serie homogénea de artículos. En la *Fundación GRATIS DATE* hemos publicado ya cinco: *–Reforma o apostasía*, *–Mala doctrina*, *–Gracia y libertad*, *–Católicos y política* y *–La Cruz gloriosa*.

Añadimos ahora este cuaderno, *Los Evangelios son verdaderos e históricos*, que contiene la serie de artículos que titulé en mi blog *Notas bíblicas*, publicados entre el 30-IX y el 25-XI de 2013. Conservan las imágenes que acompañan los textos en la web. El número entre paréntesis que aparece al inicio de cada capítulo (238), por ejemplo, indica el número del artículo en el blog.

La exégesis católica se ha visto invadida en los últimos 50 o 70 años por la crítica histórica y hermenéutica del protestantismo liberal y del modernismo «católico». Es decir, se ha visto en buena parte arrasada. En el presente estudio he tratado simplemente de reafirmar la doctrina católica de siempre, la que el Vaticano II no se avergonzó de enseñar sobre la *veracidad* y la *historicidad* de los Evangelios, sin encogerse frente a tantos exegetas y teólogos católicos que las negaban. No es fácil tarea. *Deus me adjuvet!*

JMI**Concilio Vaticano II:**

«La santa Madre Iglesia ha defendido siempre y en todas partes, con firmeza y máxima constancia, que los cuatro Evangelios, cuya *historicidad* afirma sin dudar, narran fielmente lo que Jesús, el Hijo de Dios, viviendo entre los hombres, *hizo y enseñó realmente* para la eterna salvación de los mismos hasta el día de la Ascensión [*cf.* Hch 1,1-2]... Los autores sagrados... nos transmitieron *datos auténticos y genuinos* acerca de Jesús» (constitución dogmática *Dei Verbum* 19).



Beato de Liébana, códice de Manchester (s. XII)

(238)

1. Cómo está el patio en la exégesis moderna

—Comienza una serie, ay Señor, que puede tener tres o treinta artículos...

—Abandono confiado en la Providencia divina. No hay otra.

Algunas enseñanzas del Concilio Vaticano II sobre los Evangelios van a ser el comienzo de estas Notas bíblicas:

«La santa Madre Iglesia ha defendido siempre y en todas partes, con firmeza y máxima constancia, que *los cuatro Evangelios, cuya historicidad afirma sin dudar, narran fielmente lo que Jesús, el Hijo de Dios, viviendo entre los hombres, hizo y enseñó realmente* para la eterna salvación de los mismos hasta el día de la ascensión [cita literal de Hch 1,1-2]... Los autores sagrados... nos transmitieron *datos auténticos y genuinos* acerca de Jesús» (constitución dogmática *Dei Verbum* 19).

El Evangelio es Palabra de Dios; por tanto, la inspiración divina impide que los hagiógrafos falseen la historicidad de los dichos y hechos que refieren.

Ésta es la fe que expresamos los fieles al escuchar el Evangelio: «Palabra de Dios». Y profesamos esa fe católica con la misma firmeza cuando nos ha sido proclamado el Evangelio de las bienaventuranzas o la transfiguración de Jesús en el monte o la resurrección de Lázaro o la escena de Cristo andando sobre las aguas. Es «Palabra de Dios». Y creemos en ella, en su *inerrancia* sobre-humana. No nos engaña.

1. «En la composición de los Libros Sagrados, Dios se valió de hombres elegidos, que usaban de todas sus facultades y talentos; de este modo, *obrando Dios en ellos y por ellos, como verdaderos autores, pusieron por escrito todo y sólo lo que Dios quería*. [Por tanto] Como todo lo que afirman los hagiógrafos, o autores inspirados, lo afirma el Espíritu Santo, se sigue que *los Libros Sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad* que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra» (11). Los Evangelios, pues,

dicen siempre la verdad de los dichos y hechos de Jesús; y será preciso interpretar qué es lo que *quieren decir*.

2. «Dios habla en la Escritura por medio de hombres y en lenguaje humano; por lo tanto, el intérprete de la Escritura, para conocer lo que Dios quiso comunicarnos, debe estudiar con atención lo que los autores *querían decir* y lo que Dios *quería dar a conocer* con dichas palabras. El intérprete indagará lo que el autor sagrado dice e intenta decir, según su tiempo y cultura, por medio de *los géneros literarios* propios de la época» (12).

Estos principios superan todo fundamentalismo ingenuo. Si alguno afirma como verdad formalmente revelada que la Creación del mundo se hizo exactamente en «seis días»; o si dice que Jesús puso como condición para ser discípulo suyo «odiar al padre y a la madre», o cosas semejantes, incurre en un loco *fundamentalismo literalista*, del que en su momento trataremos. Pero en este artículo me ocuparé más bien del extremo opuesto: de quienes *niegan más o menos la historicidad de las Escrituras*. Dice el Concilio:

«La revelación se realiza por obras y palabras intrínsecamente ligadas. *Las obras que Dios realiza en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y las realidades que las palabras significan; a su vez, las palabras proclaman las obras y explican su misterio» (Dei Verbum 2).* Con la gracia divina, la fe del cristiano se enciende creyendo en la veracidad de una serie de *acontecimientos históricos –palabras y obras de Jesús–*, que de suyo son contingentes: pudieron suceder o no suceder. Pero la fe los recibe como ciertos, *fiándose del testimonio de los apóstoles y evangelistas (ex auditu)*. La fe, por

tanto, no se fundamenta en argumentaciones racionales lógicas («los ángulos de un triángulo suman 180 grados»), sino en un conjunto de «acontecimientos» – palabras y acciones– por los que Dios se ha revelado, alcanzando en Cristo su epifanía total. Por tanto, *quien no cree en los acontecimientos históricos testificados por los apóstoles y evangelistas no tiene la fe cristiana*. En el mejor de los casos participará precariamente del cristianismo a la luz de un *fideísmo* sin fundamento histórico.

Baste de momento con estas enseñanzas del Vaticano II. Y veamos ya con algunos ejemplos de autores españoles el *status quæstionis*, o dicho en lengua vulgar, «cómo está el patio». *La incredulidad sobre la historicidad de los Evangelios, iniciada en la exégesis del protestantismo liberal, ha ido afectando en mayor o menor grado a una gran parte de los exegetas y teólogos católicos.*

* * *

–**El doctor Felipe Fernández Ramos** (León 1927-), profesor de Sagrada Escritura en León, docente también en Burgos y Salamanca, autor de varios libros, se encargó del evangelio de Juan en el *Comentario al Nuevo Testamento* (Casa de la Biblia-Edit. Atenas-PPC, Madrid 1995). Conviene recordar que el cuarto Evangelio fue especialmente cuestionado por los autores modernistas. Por eso San Pío X confirmó las reprobaciones que el Santo Oficio, en el decreto *Lamentabili* (1907), hizo de las siguientes proposiciones :

«Las narraciones de Juan no son propiamente historia, sino una contemplación mística del Evangelio. Los discursos contenidos en su Evangelio son meditaciones

teológicas acerca del misterio de la salud, destituidas de verdad histórica (16). El cuarto Evangelio *exageró los milagros*, no sólo para que aparecieran más extraordinarios, sino también para que resultaran más aptos para significar la obra y la gloria del Verbo Encarnado» (17; Dz 3416-3417).

Los milagros, efectivamente, tienen gran importancia en el Evangelio de San Juan. El evangelista narra unas pocas escenas de la vida de Jesús, pero lo hace con mucho detalle, a veces con una minuciosidad notarial (por ejemplo, en la resurrección de Lázaro). Y en estas escenas evangélicas las *palabras* más increíbles y los *hechos* milagrosos se iluminan entre sí. Así, por ejemplo, Jesús se dice «pan vivo bajado del cielo», «verdadera comida», después de multiplicar los panes (Jn 6); se confiesa «luz del mundo», tras dar la vista a un ciego de nacimiento (9); se proclama «resurrección y vida de los hombres», después de resucitar a Lázaro, un muerto de cuatro días (11). Esta relación entre *palabras* y *signos* ha sido siempre muy subrayada por los exegetas (por ejemplo, en la famosa obra de Charles Harold Dodd, *The interpretation of the Fourth Gospel*; University Press, Cambridge 1953). Por

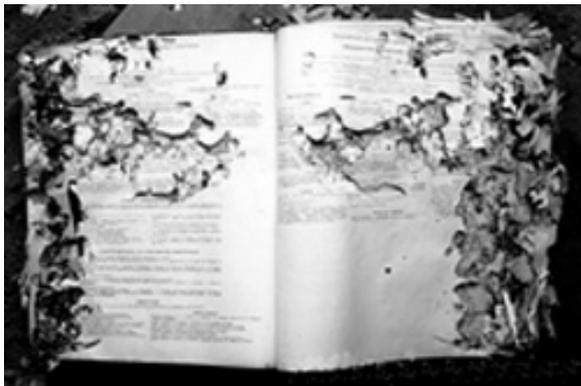
el contrario, el profesor Fernández Ramos entiende que *los milagros de Jesús no han de entenderse en San Juan como hechos históricos*. Dicho en otras palabras, no acontecieron: no fueron, pues, milagros. Y que por tanto su valor y sentido en el Evangelio está únicamente en *el mensaje* que sus relatos transmiten.

Jesús camina sobre las aguas. «En cuanto a la historicidad, el hecho *es* más teológico que histórico [traduzco: ese *es* más significa que el relato *es* teológico, pero *no es* histórico]. Esto significa que la marcha sobre las aguas no tuvo lugar de la forma que nos narran los evangelios» [ni de ninguna otra forma, claro] (288).

Resurrección de Lázaro. Se trata de «una parábola en acción... De cualquier forma, debe quedar claro que la validez del signo y de su contenido no se ven cuestionados por su historicidad» [o para ser más exactos, por su no-historicidad]. «El último de los signos narrados [en el cuarto Evangelio]... debía ser un cuadro de excepcional belleza y atracción. El evangelista ha logrado su objetivo. Nos ha ofrecido un *audiovisual* tan cautivador... Quedarse en la materialidad del hecho significaría el empobrecimiento radical del mismo» (303-304). [El hecho mismo, pues, la resurrección histórica de Lázaro, es lo de menos; lo que importa es su significación.

Aunque en realidad es muy difícil explicar *la significación* que pueda tener *un hecho* que no ha acontecido].

La resurrección de Jesús «es un acontecimiento que escapa al control humano; rompe el modo de lo estrictamente histórico y se sitúa en el plano de lo suprahistórico; no pueden aducirse pruebas que nos lleven a la evidencia racional». Los cuatro evangelistas narran la resurrección de diversas maneras: «¿quién de los



cuatro tiene la razón? Todos y ninguno. Todos porque los cuatro afirman que la resurrección de Jesús es aceptable únicamente desde la revelación sobrenatural... Ninguno, porque las cosas no ocurrieron así. Estamos en el mundo de la representación» (329). [*Catecismo*: «es imposible interpretar la Resurrección de Cristo fuera del orden físico, y no reconocerla como un hecho histórico», 643; el sepulcro vacío y «la realidad de los encuentros con los Apóstoles» lo demuestran, 647)

Las apariciones de Jesús. En ellas explica misterios del Reino a los discípulos, come con ellos, Tomás toca sus llagas, etc. Pero el profesor Fernández afirma que tampoco esos supuestos acontecimientos sucedieron tal como se describen en las narraciones evangélicas. «El contacto físico con el Resucitado *no pudo* darse. Sería una antinomia. Como *tampoco es posible* que él realice otras acciones corporales que le son atribuidas, como comer, pasear, preparar la comida a la orilla del lago de Genezaret, ofrecer los agujeros de las manos y del costado para ser tocados... Este tipo de acciones o manifestaciones pertenece al terreno literario y es meramente funcional; se recurre a él para destacar la identidad del Resucitado, del Cristo de la fe, con el Crucificado, con el Jesús de la historia» (330). [Los hechos aludidos, esos que «no pudieron» darse, fueron reales: *Catecismo* (645). Pero el Autor, por el contrario, afirma que el ciclo pascual de este evangelio –y el de los otros, se entiende– carece de historicidad].

La pesca milagrosa. «La aparición del Resucitado es presentada sobre *el andamiaje* de una pesca milagrosa» (331).

El profesor Fernández Ramos, según vemos, rechaza la objetividad histórica del Evangelio en los hechos milagrosos –al menos en un buen número de ellos–, tal como aparecen narrados por San Juan, y se entiende, por los otros evangelistas. Ahora bien, si tal exégesis

es verdadera, es decir, si los *hechos* milagrosos de Jesús han de ser entendidos no partiendo de su objetividad histórica como *acontecimientos*, de la que carecen, sino mirando sólo su mensaje, entonces también las *palabras* de Cristo que leemos en los Evangelios podrán ser entendidas en un sentido puramente simbólico y alegórico, no real. Se quiebra así el principio que el Vaticano II enseña en relación a la «historia de la salvación»: «La revelación se realiza *por obras y palabras* [de Dios] intrínsecamente ligadas» (DV 21). Si se niega la historicidad de las obras, por el mismo precio se niega la historicidad de las palabras. Y nos quedamos sin Evangelio.

Es decir, palabras formidables como: «mi cuerpo es verdadera comida», «yo soy anterior a Abraham», «nadie llega al Padre si no es por mí», «yo soy el camino, la verdad y la vida», etc.: habrán de entenderse no en su significación directa, sino más bien como grandes metáforas. Es decir, lo que cuentan los apóstoles y evangelistas que Cristo *dijo e hizo* no es ya *roca firme* en la que pueda fundamentarse la fe de la Iglesia.

Jesús afirma que sus *palabras* provienen del Padre, y alega: «creedme [...], al menos, creed por las *obras*» [milagros] que hago (cf. Jn 14,10-11). ¿Pero si no se cree en sus obras, cómo podrá darse crédito a sus palabras?

–El doctor Olegario González de Cardedal, nacido en un pueblo de Ávila (1934-), ha sido profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca, miembro de la Comisión Teológica Internacional, autor de numerosos libros de teología, y distinguido por el Premio Ratzinger. A él se encomendó elaborar el manual de *Cristología* de la colección *Sapientia*

fidei, promovida por la Conferencia Episcopal Española (BAC, manuales, nº 24, Madrid 2001, 601 pgs.). Ya hice un crítica bastante extensa de esta obra en varios artículos de este mismo blog (51-52). Me limitaré ahora, muy brevemente, a mostrar un par de ejemplos –podrían ponerse muchos más– que muestran en el Autor, a mi entender, una consideración muy deficiente sobre la historicidad de los Evangelios. Pongo algún ejemplo

En relación a su muerte, Cristo, durante su vida pública, según testifican los evangelistas, manifiesta una clara conciencia de que será violenta, como la de todos los profetas enviados por Dios a Israel. La entiende desde el principio como el cumplimiento de un plan divino, anunciado numerosas veces por los profetas y los salmos. El hecho de que actúe a veces como un *kamikaze*, muestra que desde el principio se ve a sí mismo como «un condenado a muerte». Anuncia tres veces, al menos, con especial seriedad su pasión: «les hablaba claramente». Y sus anuncios de la Pasión cumplen sobradamente los «criterios de historicidad» que la exégesis crítica más exigente estima como fiables, concretamente el «criterio de testimonio múltiple» y el «criterio de dificultad». Esos criterios se cumplen perfectamente en los tres relatos: 1º) Mc 8,31-33; Mt 16,21-23; Lc 9,22; 2º) Mc 9,30-32; Mt 17,22-23; Lc 9,43-45; y 3º) Mc 10,32-34; Mt 20,17-19; Lc 18,31-34). Aparta a Simón con palabras durísimas cuando se resiste a aceptar esos anuncios de la Cruz. «Era necesario que el Mesías padeciera» y diera así cumplimiento a lo anunciado por Moisés y todos los profetas» (Lc 24,26-27). Va Jesús a la muerte libremente: nadie le quita la vida contra

su voluntad. Es él quien entrega su vida, al dejarse matar. *Olegario, por el contrario, muestra la relación de Jesús con su propia muerte en forma sumamente diferente.*

Escribe: «Esa muerte no fue [...] un *designio de Dios*». Menos todavía ha de entenderse «como *inherente a la misión* que tenía que realizar en el mundo» [...] «Su muerte fue resultado de unas libertades y decisiones humanas en largo proceso de gestación, que le permitieron a él percibirla como *posible*, columbrarla como *inevitable*, aceptarla como condición de su *fidelidad* ante las actitudes que iban tomando los hombres ante él y, finalmente, *integrarla* como expresión suprema de su condición de mensajero del Reino» (*Cristología* 94-95). ¿Por qué Olegario presenta así el proceso mental experimentado por Jesús ante la expectativa de su muerte? No hay fuente alguna que fundamente su versión. Es una pura exigencia de su ideología cristológica. ¿Daremos crédito a lo que cuenta Mateo, que vivió con Jesús esos tres años, y que cuenta lo que vió y oyó, o preferimos creer lo que nos cuenta Olegario?

Jesucristo, después de su Resurrección, según refieren los Evangelios detalladamente, se apareció con frecuencia a sus discípulos. Y conocemos bien las palabras y obras que realizó ante ellos antes de ascender al cielo. Emaús, Magdalena, Pedro y Juan, apariciones a los Once, comida con ellos, incredulidad de Tomás, testimonio de los guardas romanos, pesca milagrosa en el lago, cita y aparición en un monte de Galilea, anuncio de su última venida en la Parusía, envío final de los Apóstoles a todas las naciones, Ascensión a los cielos. Son todos estos pasos, cuidadosamente referidos por los evangelistas, acontecimientos históricos, cumplidos en cierto día y lugar. Así lo ha creído siempre la Iglesia

y hoy nos lo asegura el *Catecismo* (645). Pero todos ellos son negados por la crítica exegética liberal, y también por el profesor Olegario, que «al parecer» la hace suya.

Una vez resucitado Cristo, nos dice, se inicia una situación escatológica inefable para la palabra humana. «Expresar tales realidades es casi imposible a nuestro lenguaje que piensa con categorías de tiempo y lugar, porque lo escatológico es justamente lo que viene de más allá y, transiendo este tiempo y lugar, va más allá de ellos. Lo “escatológico” pertenece a la nueva creación [...] Hay que pensarlo para nosotros y, sin embargo, no como nosotros somos; con nuestras categorías espacio-temporales, pero trascendiéndolas siempre». La muerte de Jesús es, pues, «lo último posible desde el hombre ante Dios». Y su resurrección, «lo último posible desde Dios ante el hombre. Esa significación escatológica y esa significación universal, tanto de la muerte como de la resurrección de Jesús, es lo que quieren explicitar estos artículos [últimos] del Credo. *No son hechos nuevos, que haya que fijar en un lugar y en un tiempo*... «*No hay por tanto nuevos episodios o fases en el destino de Jesús, que predicó, murió y resucitó. Carece de sentido plantear las cuestiones de tiempo y de lugar, preguntando cuándo subió a los cielos y cuándo bajó a los infiernos, lo mismo que calcularlos con topografías y cronologías, tanto antiguas como modernas*» (171-173).

Estas palabras de Olegario —en las que, como otras veces, no es fácil estar seguro de *lo que dice*, y menos aún de *lo que quiere decir*—, afirman lo mismo que más toscamente dice el profesor Fernández Ramos: los acontecimientos postpascuales narrados por los evangelistas «no pudieron» darse, y por tanto «no sucedieron» tal como ellos los refieren —ni de ningún otro modo, por supuesto—.

Queda, pues, negada la historicidad del ciclo evangélico pascual. *¿En qué sentido cree este teólogo en la historicidad de los Evangelios?...* La Iglesia, por el contrario, piensa y declara que el Evangelio transmite «datos auténticos y genuinos acerca de Jesús» (DV 19). Por tanto, los hechos evangélicos narrados «pudieron realizarse», porque verdaderamente «se realizaron», como lo testimonian los evangelistas. *De facto ad posse valet illatio.* La palabra de los hagiógrafos es la Palabra de Dios. Y la Tradición cristiana ha hablado siempre de la Resurrección, de las Apariciones, de la Ascensión como de «acontecimientos históricos» testimoniados por apóstoles y evangelistas, con expresiones «topográficas y cronológicas» claramente diferenciadas. Pero Olegario estima, con tantísimos otros hoy, que los relatos evangélicos de los hechos postpascuales son expresiones necesariamente inexactas, que sólo mentalidades primitivas —fundamentalistas— pueden entender como relatos históricos.

¿Y cree este doctor que con sus rizadas explicaciones hace más inteligible el misterio de la fe? ¿Quién va a entender al predicador que afirma la significación verdadera de unos relatos postpascuales, si al mismo tiempo ha de advertir que los hechos relatados no han acontecido históricamente? El hombre de antes y el de ahora, el creyente y el incrédulo, entienden incomparablemente mejor el lenguaje tradicional del Catecismo, que afirma con toda claridad la historicidad de aquellos hechos salvíficos, cumplidos por Cristo en el tiempo que va de su Resurrección a su Ascensión (n. 659). Eso sí, la Iglesia habla de «el carácter velado de la gloria del Resucitado durante este tiempo [...] Esto indica una diferencia de manifestación entre la glo-

ria de Cristo *resucitado* y la de Cristo *exaltado* a la derecha del Padre. El *acontecimiento* a la vez *histórico* y trascendente de la Ascensión marca la transición de una a otra» (n. 660). Con un ejemplo, que se me ocurre. El apóstol Juan, con sus compañeros, come amistosamente con Jesús resucitado, antes de su ascensión; pero después de ésta, cuando en Patmos se le aparece el Cristo glorioso, es tal la impresión que le produce, que, según él cuenta, «así que le vi, caí a sus pies como muerto» (Ap 1,17). ¿Diferencia, no?

Todos los acontecimientos históricos postpascuales de Jesús narrados por el Evangelio acontecen en lugares y tiempos determinados. No serían históricos en otro caso. Y aquellos hechos que no han tenido ninguna connotación «topográfica y cronológica» no han existido jamás. Carecen, por tanto, de *significación* alguna. No habría, pues, por qué incluirlos en el Credo. Pero están incluidos en el Credo que venimos confesando en la Iglesia desde casi veinte siglos. *Lex orandi, lex credendi.* Afirmamos en el Credo hechos históricos reales.

* * *

–**El licenciado José Antonio Pagola** (Añorga, Guipúzcoa, 1937), es sacerdote, profesor y autor, entre otras muchas obras, de *Jesús. Aproximación histórica* (PPC, Madrid septiembre 2007, 542 páginas - 10ª ed. 2013, 574 pgs.). Ya he escrito sobre esta obra varios artículos de este blog (76-79 y 228-231). La conclusión de mi último artículo dice: «*Pagola niega la historicidad de la mayor parte de los dichos y hechos de Jesús referidos en los Evangelios.* Acabaría él mucho antes si señalara en concreto cuáles son en el Evangelio, a su juicio, las palabras y hechos de Jesús que pode-

mos realmente calificar de históricos. Quizá –no es posible calcularlo con exactitud– concediera *historicidad* a una décima parte, probablemente menos, de los textos evangélicos». Cito como ejemplo algunas páginas de su *Jesús* por la 4ª edición.

Los Evangelios de la infancia de Jesús «más que relatos de carácter biográfico son composiciones cristianas elaboradas a la luz de la fe en Cristo resucitado» (39). «Jesús vivió un período de búsqueda antes de encontrarse con el Bautista» (63). En el Jordán, con el Bautista, se producirá «la “conversión” de Jesús... Para Jesús [¡a los 30 años de edad!] es un momento decisivo, pues significa un giro total en su vida» (73-74) [Sin este encuentro con Juan, ¡qué hubiera sido de Jesús!... Y de nosotros.] La vocación de los apóstoles «son historias estilizadas siguiendo el esquema literario de la llamada del profeta Elías a Eliseo» (280). Los «relatos no describen las curaciones de Jesús tal y como acontecieron exactamente; la repetición de ciertos detalles nos sugiere cómo era recordado por los primeros cristianos» (166). Lucas dice que acompañaban a Jesús varias mujeres (8,3), pero es «probablemente una creación de este evangelista que anticipa la conversión de esas “mujeres distinguidas” de las que hablará en Hechos de los Apóstoles (17,4-12» (215). «Las noticias de Marcos y de Juan, que presentan a los fariseos buscando la muerte de Jesús, no son creíbles históricamente» (338). En cuanto al lavado de piés en la última Cena, «la escena es probablemente una creación del evangelista, pero recoge de manera admirable el pensamiento de Jesús [algo es algo]» (368). «El terrible grito del “crucificalo” es una deplorable dramatización ingeniosa en las comunidades cristianas contra los judíos de la sinagoga... Estos relatos fantásticos e irreales [¡de los Evangelios!] alimentaron contra el pueblo judío la terrible acusación de “deicidio”; un

arma letal que ha generado el antijudaísmo y ha provocado la persecución antisemita» (388-389). [Cuánto daño puede hacernos leer el Evangelio, creyendo en su historicidad...]

En cuanto a los relatos de la Pasión, «esa noche no hubo una sesión oficial del Sannedrín» (378). Jesús fue condenado por blasfemo: «estamos ante una escena que difícilmente puede ser histórica. Jesús no es condenado por nada de eso» (379). Narran los Evangelios la comparecencia de Jesús ante Caifás y a las burlas sufridas en el Pretorio: «probablemente, tal como están descritas, ninguna de estas escenas goza de rigor histórico» (393). María y varias mujeres con San Juan permanecen junto a la Cruz: «el hecho es poco probable» (404). Las siete palabras del Crucificado: «probablemente las primeras generaciones cristianas no sabían con exactitud las palabras que Jesús pudo haber murmurado durante su agonía. Nadie estuvo tan cerca como para recogerlas» (404). «Crossan ve en estos textos [Isaías 53,12; Salmo 22,17] el origen de la escena narrada por los evangelios» (398). «Los primeros cristianos echan mano de los diversos modelos para explicar de alguna manera la “locura” de la crucifixión. Lo presentan como un “sacrificio de expiación”, una “alianza nueva” entre Dios y los hombres sellada con la sangre de Jesús... [Pero] Jesús, por su parte, no aparece tratando de influir en Dios con su sufrimiento para obtener de él una actitud más benevolente hacia el mundo. A nadie se le ha ocurrido decir algo parecido en las primeras comunidades cristianas» (442-443).

El sepulcro vacío: «se trata de un relato tardío... Todo parece indicar que no desempeñó una función significativa en el nacimiento de la fe en Cristo resucitado» (429). El lugar primero de las mujeres en los relatos sobre el Resucitado parece dudoso: «no es fácil decir algo con seguridad» (231). «Los relatos evangélicos so-

bre las “apariciones” de Jesús resucitado pueden crear en nosotros cierta confusión» debido a su verismo realista: pero «no son relatos biográficos», «son “catequesis” deliciosas que»... (417). «La “ascensión” es una composición literaria imaginada por Lucas con una intención teológica muy clara» (428-9). [Vaticano II: lo que Jesús «hizo y enseñó realmente... hasta el día de la ascensión» (DV 19)].

La historicidad de una gran parte de los dichos y hechos de Jesús narrados por los evangelistas es negada por Pagola con una notable facilidad, como uno que aparta con la mano las migas de un mantel: sin ningún problema, seguro de no hallar resistencia alguna. Ya la Comisión Episcopal española para la Doctrina de la Fe lo advertía en la *Nota* sobre su libro *Jesús, aproximación histórica* (18-VI-2008):

1. b) «*Desconfianza en la historicidad de los Evangelios* [lo de *desconfianza* es un eufemismo del actual lenguaje eclesialógico]. Son frecuentes [casi continuas] en el libro las referencias al *carácter no histórico de muchas de las escenas evangélicas*». c) «*Aproximación a la historia desde presupuestos ideológicos*. La reconstrucción histórica realizada por el Autor alterna datos supuestamente históricos con *recreaciones literarias [suyas] inspiradas en la mentalidad actual*... Los relatos evangélicos son *adaptaciones posteriores* cuando desmienten la propia tesis [del Autor]; son *históricos* cuando concuerdan con ella».

* * *

Aquellos biblistas y teólogos católicos, que ignoran ampliamente en sus exégesis la Tradición y el Magisterio, se atienen más bien a la exégesis que naturalistas y protestantes liberales han promovido desde mediados del XIX hasta

nuestros días. Su originalidad mayor está, como en el caso de los modernistas, en que afirman hoy en el campo católico lo que algunos sectores protestantes enseñaban hace ya mucho tiempo. Sin embargo, de forma injustificable, sus obras se difunden ampliamente, a través de las editoriales y librerías católicas, ocasionando ya muy pocos sobresaltos y refutaciones, de tal modo que sus planteamientos se vienen enseñando en muchos Seminarios y Facultades, predicaciones y catequesis. *No se les ha de creer. Más aún, se les debe combatir abiertamente*, según la exhortación del Apóstol: «combate los buenos combates de la fe» (1Tim 6,12). Comenzaron con la *Sola Scriptura*, y llegaron a la *Sine Scriptura*, porque la vaciaron completamente, sustituyendo la Palabra divina por palabras humanas.

Con sus lamentables arbitrariedades ideológicas *desprestigian a un tiempo la Sagrada Escritura y los métodos elaborados modernamente para estudiarla e interpretarla*, haciéndolos sospechosos, cuando en realidad los principales de ellos, aunque no estuvieran formulados en forma sistemática, han sido aplicados siempre en la Iglesia, como por ejemplo, por San Jerónimo. Esos métodos, que dan frutos excelentes aplicados a la luz de la fe, puestos, por el contrario, al servicio de una ideología y abandonados a sí mismos, dan frutos venenosos. Sus exegetas son capaces de contarle los pelos a un conejo, y de no distinguir después un toro de una vaca. El Señor diría esto mismo con otras palabras, también fuertemente irónicas: «filtran un mosquito y se tragan un camello» (Mt 23,24). Son una plaga.

La Iglesia funda siempre su doctrina de la fe en el testimonio de los Apóstoles y Evangelistas. Ellos aseguran con verdad e insistencia que *dan testimonio*

de lo que han «visto y oído». San Juan, por ejemplo: «el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero: él sabe que dice verdad para que vosotros creáis» (Jn 19,35; cf. Jn 1Jn 1,1-3; cf. Hch 4,20; 5,32; *Catecismo* 515). Nuestra fe católica es apostólica, porque se fundamenta en la palabra de los enviados por Cristo a evangelizar. Y ellos nos aseguran: «no nos fundábamos en fábulas fantásticas cuando os dimos a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo, sino en que habíamos sido *testigos oculares* de su grandeza» (2Pe 1,16).

Post post.—**Las termitas** son *isópteros* (*isoptera* del griego *isos*, «igual» y *pteron*, «ala»: «alas iguales»). Suelen llamarse *hormigas blancas*, por su semejanza con las hormigas. Su nombre científico se refiere al hecho de que las termitas adultas presentan dos pares de alas iguales. Son insectos sociales que construyen *termiteros* y que se alimentan de la *celulosa* contenida en la madera y sus derivados, como el papel, en donde viven en simbiosis. *Su acción prolongada puede llegar a causar desde dentro la ruina total de libros, muebles o incluso de edificios.*



(239)

2. La exégesis protestante liberal

—Estos antecedentes explican «cómo está el patio», el tema de su artículo anterior.

—Me asombra a veces la lucidez de algunos discernimientos suyos, conociendo yo su nivel intelectual.

Una degradación de la exégesis en el mundo protestante era previsible, una vez asentado por Lutero el principio del *libre examen* de las Escrituras. Pero esa degradación se agravó de forma extrema en el siglo XIX, cuando la exégesis se vió dominada por el pensamiento filosófico y teológico iniciado en el siglo XVIII, en el marco de la *Ilustración*. Fue entonces cuando la Sagrada Escritura dejó de ser sagrada para aquellos exegetas que la comenzaron a corroer desde dentro como termitas. Y es que la Escritura no puede mantenerse separada de

la Tradición y el Magisterio: los tres forman un triángulo equilátero, en el que cada lado sostiene a los otros dos (Vat. II, *DV* 10). Nunca pensó Lutero que dejando sola a la Escritura, *sola Scriptura*, acabaría el luteranismo *sine Scriptura*, y lo mismo las otras antiguas confesiones de la Reforma: es decir, al borde de la extinción.

Los límites del blog me obligan a sintetizar al máximo la gran complejidad de los sistemas de pensamiento que llevaron al *liberalismo exegético y teológico* del XIX, primero en el campo protestante y después en el modernismo nacido en el campo católico. Pero aunque sea en forma precariamente simplificadora, esa síntesis previa conviene señalarla.

En todo caso, podemos decir que todos los autores y sistemas de esa época tienden a *dar al pensamiento personal la primacía sobre la realidad objetiva*. Es, pues, en este tiempo cuando el concepto mismo de *la verdad*, como ade-

cuación de la mente a la realidad (*adæquatio intellectus ad rem*), sufre una inversión total de incalculables consecuencias. Incalculables entonces: ahora las conocemos en la cultura presente. Vincularé esta síntesis a unos pocos Autores, primero del área protestante, y en el siguiente artículo del área modernista.

Kant, Emmanuel (Königsberg 1724-1804), educado en una secta pietista protestante, sin salir nunca del territorio de Königsberg, dedicado a la filosofía como profesor de lógica y metafísica, y sin ser propiamente teólogo, viene a ser quizá el inspirador principal de la revolución teológica del XIX. Pretende liberar al hombre del estado infantil de su razón, que apoya siempre su ejercicio en datos exteriores, como la religión. Advierte, sin embargo, que la razón puede llegar a conocer su pensamiento, el fenómeno, por no la realidad, el ser en sí. La verdad kantiana es la conformidad del pensamiento consigo mismo. Después de sus dos libros sobre la *La Crítica de la razón*, pura y práctica, publicó *La religión dentro de los límites de la sola razón* (1793). En esta obra se halla una de las raíces principales de la exégesis *desmitologizadora* del Nuevo Testamento, y especialmente de los Evangelios.

Hegel, Georg Wilhelm Friedrich (Stuttgart 1770-1831), partiendo de Kant, elabora una nueva filosofía, afirmando el cambio progresivo universal y permanente. Como ya había enseñado Heráclito, el ser propiamente no es: todo es un puro cambio. Lo racional es lo real y lo real es lo racional. La historia es necesariamente progresiva, de tal modo que todo lo que procede de otra cosa es necesariamente superior a ella: todo lo anterior es inferior. Y el proceso dialéctico

es capaz de superar las contradicciones del progreso en tres fases que se alternan siempre: tesis-antítesis-síntesis. Dios no existe antes que el hombre, sino que es el fruto del pensamiento de éste. El panteísmo ateo de Hegel señala, pues, un *Deus in fieri*, siempre en potencia, que aún no lo es y que jamás llegará a serlo. La religión hegeliana es pura intelectualidad panteísta, que se mantiene integrada en la filosofía y superada por ésta.

Es de notar que todos los filósofos de la Ilustración germánica –Kant, Fichte, Schelling, Hegel, Nietzsche, Feuerbach, Marx– atacan la religión, combatiendo la idea de un Dios transcendente. La Revelación cristiana es mero producto de la imaginación de los creyentes. Y es evidente que, de un modo u otro, toda la exégesis y teología liberal, protestante o modernista, tiene su origen principal en estos autores, al menos en el ambiente mental creado por ellos.

La exégesis racionalista crítica, exigida por la filosofía y la teología liberal, se inicia a comienzos del siglo XIX y combate directamente todo lo que acerca de la Sagrada Escritura había sido profesado hasta entonces tanto por la fe católica como por la creencia luterana. Los filósofos de la *Aufklärung* ya dejaron establecido firmemente que Dios era una mera proyección de la mente humana, y que los Evangelios eran un conjunto de relatos inaceptables en lo que referían de Jesús y especialmente de sus pretendidos milagros. El principio racional naturalista es inexorable: todo lo que se afirme por encima o por fuera de las leyes naturales no ha existido, «no pudo ser». Pueden ellos admitir –hasta ahí alcanza su tolerancia– que algunos acepten y tomen como camino de su vida el Evangelio; pero siempre que reconozcan que en

él todo es puro símbolo, expresiones metafóricas y relatos míticos.

No hay, lógicamente, unanimidad entre los exegetas críticos liberales, pero sí es cierto que parten todos más o menos de unas premisas filosóficas semejantes y tienen una orientación común.

Incluso es relativamente frecuente que entre unos y otros tengan combates polémicos en ocasiones muy fuertes. Recordaré algunos nombres más significativos.

Reimarus, Hermann Samuel (1694-1768) inició a mediados del XVIII lo que podríamos llamar la búsqueda del *Jesús histórico*. Según él no fue Jesús un Mesías transcendente y salvador universal, sino un predicador profético-político, que no consiguió atraer al pueblo y que fue ajusticiado. La obra de Reimarus se adelantó a su tiempo y tuvo un efecto muy reducido. No dejó discípulos, y solamente una parte de las 4.000 páginas de sus escritos fue publicada después de su muerte por Lessing. En esa obra póstuma se comprueba que Reimarus no creía ni en milagros, ni en la divinidad de Cristo, y que para él los Evangelios eran solamente un conjunto de relatos inventados por los discípulos de Jesús y puestos por escrito muy tardíamente. Escribe:

«Hasta treinta o sesenta años después de la muerte de Jesús no se comenzó a escribir un relato de sus milagros: y esto se hizo en una

lengua que los judíos no conocían. Y todo esto ocurría en un tiempo en que [...] vivían ya muy pocos de los que habían conocido a Jesús. Nada, por tanto, más fácil para los autores de los evangelios que inventar tantos milagros como quisieron, sin miedo a que sus escritos fuesen refutados».

Lessing, Gotthold Ephraim (1729-1781) es uno de los principales escritores alemanes de la Ilustración, y junto a sus dramas y ensayos, trató también de temas filosófico-religiosos. En el mundo protestante fue uno de los primeros en dudar de la veracidad de la Biblia, y propugnaba un «Cristianismo de la Razón», ajeno a revelaciones divinas y sobrenaturalidades, lo que le atrajo numerosas críticas.

Strauss, David Friedrich (1808-1874), que estudió para ser pastor, fue alumno de **Schleiermacher, Friedrich** (1768-1834), iniciador de la *teología de la experiencia*, que entendía la fe ante todo como un sentimiento. Pero se vio influido sobre todo por **Baur, Ferdinand Christian** (1792-1860), fundador de la *escuela de Tubinga*, a quien siguió en



1825. Siendo Strauss profesor en el seminario luterano de Tubinga, escribió muy joven la *Vida de Jesús* (1835), que quizá en el ámbito protestante, especialmente en el luterano, fue el libro que más profundamente marcó la exégesis con las claves del racionalismo crítico. En él queda claramente contrapuestos el *Jesús histórico* y el *Cristo de la fe*.

Los Evangelios no son literatura histórica, sino *mitos* creados por una comunidad cristiana, que evoluciona su idea en constante progreso, y que son puestos por escrito muy tardíamente, hacia fines del siglo II. Un conjunto numeroso de relatos legendarios vienen a enterrar definitivamente los hechos históricos ciertos. Los dogmas no son verdades reveladas por Dios, sino generadas en una historia de las comunidades cristianas, que debe ser estudiada simplemente por el método histórico y crítico. El *Jesús* de Strauss, con el escrito *Sobre la religión: discursos a las personas cultivadas entre sus detractores* (1799) de Schleiermacher, fueron dos obras de gran influjo, que suprimen toda la base histórica de la fe cristiana, reduciendo los Credos a puros mitos ideológicos en permanente evolución.

Este *miticismo* exegético fue apoyado en Alemania por **Ritschl, Albrecht** (1822-1889). En Francia halló un gran difusor en **Renan, Joseph Ernest** (1823-1892), filólogo e historiador del racionalismo liberal. Su obra *La vida de Jesús* (1863) tuvo un influjo muy notable en los medios cultos de su época. También fue importante el influjo de **Sabatier, Louis-Auguste** (1839-1901), teólogo calvinista: *Esbozo de una filosofía de la religión según la psicología y la historia* (1897). Quiso reconciliar en sus estudios la ciencia y la fe cristiana, pero se fue alejando de ésta cada vez más, aunque siempre vió el cristianismo como el

culmen de la historia de las religiones. Los dogmas cristianos, sin embargo, en la evolución imparabile de la religión, se hacen obsoletos, pierden su significación, y quedan reducidos a fórmulas vacías.

Harnack, Adolf von (1851-1939), teólogo luterano, reacciona en contra de la tendencia *mitológica* de la exégesis y de la teología, y partiendo de premisas racionalistas y positivistas, pretende purificar de dogmas el Evangelio estudiándolo simplemente por el método histórico-crítico. Los dogmas, ya desde el siglo II, van construyéndose según el espíritu griego sobre el suelo de Evangelio, llegando a ocultarlo. La recuperación del verdadero cristianismo exige una desheleñización del cristianismo, centrándolo en el Reino, la paternidad de Dios, la dignidad del hombre y el mandamiento del amor.

Bultmann, Rudolf (1884-1976), teólogo protestante, rechaza como fuentes históricas los Evangelios, aceptando las críticas exegéticas liberales de autores precedentes. Para él todo o casi todo en el Evangelio es creación de la comunidad cristiana primitiva. Por eso, reconociendo la imposibilidad de llegar al *Jesús histórico*, se centra en el *Cristo de la fe*, pero de una fe que rechaza totalmente la dogmatización helenizante del cristianismo, iniciada ya muy pronto en la Iglesia. Bultmann afirma la necesidad, en primer lugar, de una reinterpretación total del Evangelio, que exige una *desmitologización* plena de ellos, eliminando de sus páginas todos los aspectos sobrenaturales. Y al mismo tiempo es preciso liberarlos de la sujeción a los dogmas de la Iglesia, reinterpretándolos en una clave existencialista, que el Autor asume en buena parte de la filosofía de Heidegger.

Las tesis bultmannianas alcanzaron en la primera mitad del siglo XX una cierta primacía en el mundo de la exégesis y de la teología protestante. E incluso a partir de mediados del siglo pasado, llegaron a influir, hasta el día de hoy, en una buena parte de los exegetas y teólogos católicos. La posición de Bultmann, como la de la mayoría de los autores protestantes, aunque todos ellos por diversos caminos teóricos, lleva necesariamente a un *fideísmo* cristiano, que destruye críticamente la historicidad de los Evangelios, y al mismo tiempo asume acríticamente el pensamiento predominante de la época, en el caso de Bultmann, la antropología heideggeriana. Y así es como se llega al horror máximo: *la palabra humana silencia la Palabra divina revelada, la oculta y la sustituye.*

El liberalismo protestante encuentra ya a comienzos del siglo XX críticos notables en su propio mundo. Autores como el suizo **Barth, Karl** (1886-1968) o como el alsaciano **Schweitzer, Albert** (1875-1965), entre otros varios, rompen con esas orientaciones exegeticas y teológicas ampliamente imperantes en el siglo XIX.

Schweitzer afirma que el gran interés mostrado hasta entonces por la historia de Jesús y de los Evangelios, en los principales autores protestantes o agnósticos, iba dirigido a un fin muy preciso: «la investigación histórica sobre la vida de Jesús no nació de un interés puramente histórico, sino que más bien *buscaba en el Jesús de la historia una ayuda en la lucha contra el dogma*, por liberarse del dogma» (*Investigaciones sobre la vida de Jesús*, EDICEP, Valencia 1990,

Los criterios principales del protestantismo liberal en la exégesis ya los he ido señalando al exponer el pensa-

miento de varios autores más significativos. Sus exegetas, más o menos, no todos en el mismo grado y modo, por supuesto, todos piensan y enseñan según los seis criterios que siguen:

1.—*Una pésima filosofía* está en la raíz de las exégesis liberales protestantes; sea la de Kant, Hegel, Heidegger u otros autores: todos ajenos al realismo metafísico de la filosofía verdadera. Los principios que fundamentan la arbitrariedad falsa de la exégesis protestante liberal no son científicos —el método histórico-crítico y otras vías igualmente legítimas de investigación hermenéutica de la Biblia—, sino filosóficos. Establecen como criterios una teoría del conocimiento, una metafísica, una antropología que son falsos.

2.—*Mitos, leyendas, creaciones de tradiciones populares* constituyen la trama constante de los Evangelios. No puede hallarse en ellos información histórica, aunque a veces lo aparenten, sino relatos que expresan doctrinas e ideales, ilusiones e invenciones devocionales.

3.—*No es Dios el autor principal de los Evangelios, sino los hagiógrafos humanos y las comunidades cristianas* en las que viven, sujetas, como todo lo mundano, a una inexorable evolución continua. Los conceptos de *inspiración* y de *inerrancia* quedan, pues, ya sin validez real.

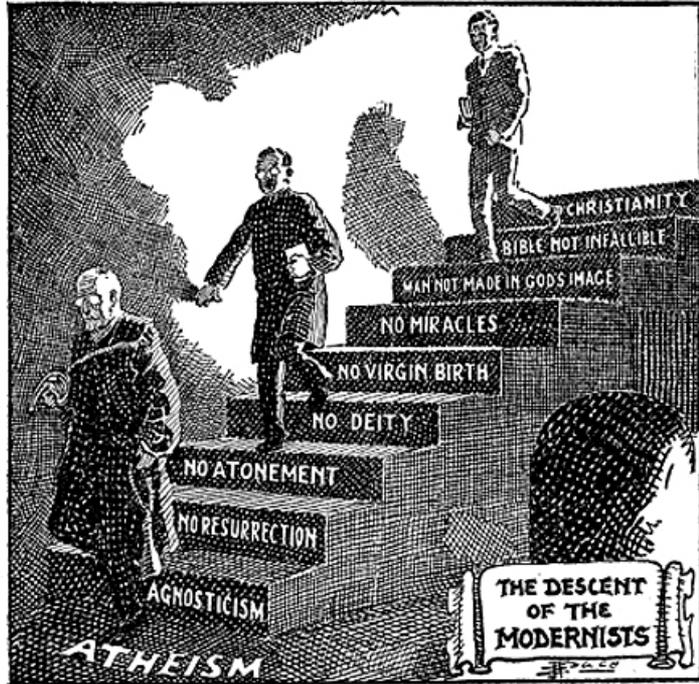
4.—*Lo sobrenatural no puede introducirse y actuar en lo natural*, cuyo mundo está herméticamente cerrado en sí mismo. Los milagros, las apariciones de Cristo resucitado, etc. no fueron reales e históricas, porque, simplemente, «no pudieron darse». Y lo que no puede ser es imposible. Punto.

5.—*Los Evangelios y demás textos neotestamentarios fueron escritos tardíamente.* No son relatos directos de testigos presenciales de ciertos hechos, sino composiciones literarias publicadas bastante tiempo después de los mismos hechos referidos, cuando ya apenas quedan testigos que pudieran desmentir los relatos.

6.—*La exégesis bíblica, para ser científica, ha de limitarse a los métodos analíticos naturales: filología, géneros literarios, exámenes críticos de historicidad, etc.,* dejando a un lado por principio toda referencia a la Tradición cristiana exegética y al Magisterio apostólico; más aún, prescindiendo totalmente de la fe.

Bastan estos seis principios, aunque hay más, para caracterizar las coordenadas mentales que enmarcan la exégesis, y consiguientemente la teología, del protestantismo liberal. Estos criterios, por otra parte, vienen a ser los mismos en el *modernismo* nacido en el campo de la Iglesia Católica, como veremos, Dios mediante, en el próximo artículo.

Post post.—En algunas Iglesias locales son muchos los católicos, sobre todo entre los sacerdotes, religiosos y laicos más ilustrados, que se ven afectados por la mentalidad protestante liberal descrita, como puede apreciarse en Seminarios y Facultades, homilias y catequesis. Y si no se lo creen, vean ustedes «cómo está el patio» (238). La alternativa es única: *reforma o apostasía*.



El descenso de los modernistas (E. J. Pace, *Christian cartoons* 1922).
 Cristianismo - Biblia no infalible - Hombre no imagen de Dios -
 - No hay milagros - No nacimiento virginal [de Jesús] - No Deidad -
 - No expiación - No resurrección - Agnosticismo - Ateísmo

3. La exégesis modernista Encíclica *Providentissimus*

—Más de lo mismo...

—No. Ya pasamos del protestantismo liberal al modernismo.

—**El modernismo tiene antecedentes múltiples**, como ocurre con todos los grandes movimientos históricos. Y así como no podemos entender nada del presente si no conocemos sus antecedentes

(243)

del pasado, tampoco podemos conocer los acontecimientos del pasado si ignoramos su historia precedente. Señalo, pues, muy brevemente algunos hechos que preparan el surgimiento a fines del siglo XIX del modernismo en campo católico.

El *liberalismo* del siglo XIX, en su expresión protestante, que ya vimos; Kant, Hegel, Baur, Strauss (239), y en sus derivaciones católicas, por ejemplo, la del sacerdote Hugues-Félicité de Lamennais (1782-1854, apologista de la Iglesia, que murió fuera de ella). El *evolucionismo* de Charles Darwin (1809-1882), que en *El origen de las especies* (1859) explica en clave evolucionista el origen del hombre.

La encíclica de Pío IX *Quanta cura* (1864), acompañada del *Syllabus*, que condena en 80 proposiciones los errores de su tiempo, muchos de los cuales integran el modernismo. El racionalismo relativista de la *Escuela Superior de Teología*, creada en París (1878). Es notable que ya en 1881 Henri Xavier Perin (1815-1905), profesor de la universidad católica de Lovaina, en su obra *Le Modernisme dans l'Église d'après les lettres inédites de Lamennais* (París 1881), describe muy tempranamente el modernismo; lo entiende como un intento de «eliminar a Dios de toda la vida social». Muchas de las doctrinas reprobadas por Pío IX, o éstas que veremos en seguida señaladas en la *Providentissimus*, serán más explícitamente denunciadas por San Pío X como «errores del modernismo» tanto en el decreto del Santo Oficio *Lamentabili* (1907), como en la encíclica *Pascendi* (1907).

–**El protestantismo liberal y el modernismo católico son primos hermanos.** Se desarrollan casi al mismo tiempo, y su raíces filosóficas vienen a ser las mismas. *Kant* niega la posibilidad de conocer la realidad en sí misma, y entiende la verdad no como una adecuación de la mente a la realidad, sino como la conformidad del espíritu consigo mismo. *Hegel* lleva al extremo los planteamientos kantianos, estableciendo un panteísmo evolucionista, según el cual Dios no preexiste al hombre, sino que es el fruto del pensamiento de éste. No existe, pues, un Dios transcendente. La Revelación cristiana y la religión que fundamenta no son sino una creación progresiva de los creyentes.

Pues bien, toda la filosofía, la exégesis y la teología liberal, sea *protestante* o *modernista*, tiene su origen en estos autores y en otros que les son próximos: siempre se desarrolla dentro de un idealismo

fundamental, en el que el pensamiento prevalece sobre la realidad. En el caso del *modernismo*, surgido entre los católicos en la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, conviene señalar también el notable influjo del evolucionismo bergsoniano.

Bergson, Henry (1859-1940), nace en París en una familia judía. Tuvo Bergson intención de convertirse al catolicismo, pero renunció a ello por no separarse de los judíos, entonces perseguidos. Sus dos obras fundamentales son *La evolución creadora* (1907) y *Las dos fuentes de la moral y de la religión* (1932). Su filosofía depende de Kant, Spencer, Darwin, entre otros, al mismo tiempo que pretende explicar la evolución biológica distanciándose del racionalismo kantiano y del materialismo darwiniano. El absoluto, la realidad, es el puro cambio. El ser no es, todo es puro cambio. La realidad del universo es la vida misma, abierta, imprevisible, que el impulso vital va desarrollando en creaciones sucesivas. La evolución creadora es la clave fundamental del universo, y ese impulso vital potentísimo y creador puede definirse como *Dios*.

«*Dios es vida incesante, acción, libertad.* La creación, así concebida, ya no es un misterio, la experimentamos en nosotros mismos desde que actuamos libremente... Ya no hay que hacer intervenir una fuerza misteriosa. Hay que desarraigar el prejuicio de que el acto creador se da en bloque en la esencia divina. Un Dios así definido no ha hecho absolutamente nada».

Es preciso negar conceptos tan estáticos como *substancia* y como *causa*, pues el principio del movimiento vital absoluto puede integrar el principio de contradicción, sin ajustarse a la lógica. **El milagro**, entendido como momentánea de-

rogación de leyes naturales, es impensable en este marco de pensamiento, que excluye del mundo la *substancia*, la *causalidad*, la permanencia de un *orden natural*. El **dogma** tampoco es posible en estas coordenadas mentales de la evolución creadora: los dogmas sólo pueden entenderse como fabulaciones producidas por la imaginación emotiva de los creyentes, siempre abierta a desarrollos o incluso cambios imprevisibles. No podría ser de otro modo, ya que el absoluto real es incognoscible por la razón – Kant al fondo –, aunque sí es conocido por una facultad profunda del hombre: *la intuición*, la emoción creadora, la imaginación, la conciencia... Facultad verdaderamente misteriosa, que ni siquiera Le Roy, más elocuente, nos explica en forma inteligible.

Le Roy, Édouard (1870-1954), católico, alumno de Bergson y sucesor suyo en el Colegio de Francia, escribe: «Adentrémonos un poco más en los repliegues recónditos de las almas. Nos encontramos en esas regiones de crepúsculo y de sueño donde se elabora el yo, de donde brota la marea que se encuentra en nuestro interior, en la intimidad tibia y secreta de las tinieblas fecundas donde se estremece nuestra vida naciente. Las distinciones han desaparecido. La palabra ya no vale. Se oyen brotar misteriosamente las fuentes de la conciencia» (??). Este autor delirante dice también que el absurdo es el mismo fondo de toda la realidad del universo: «¿Qué es el cambio sino una sucesión perpetua de cosas contradictorias que se funden... en las profundidades supralógicas?» (??). Lo que sigue se entiende bien: «¿Hay verdades eternas y necesarias? Es dudoso. Axiomas y categorías, formas del entendimiento o de la sensibilidad: todo eso cambia y evoluciona; el espíritu humano es plástico y puede cambiar sus deseos más íntimos».

O sea que «no es dudoso»: no hay verdades eternas y necesarias.

Los escritos de *Teilhard de Chardin* (1881-1955), de los que ya traté (27), muestran una tonalidad semejante a los de este mundo mental que pasa del realismo al idealismo. Unos y otros autores están más cerca de la literatura que de la filosofía o de la teología. Conviene recordar que Bergson fue presidente de la *Comisión Intelectual de la Sociedad de Naciones*, y recibió el *premio Nobel* «de literatura» en 1928. Los dos datos son significativos.

Blondel, Maurice (1861-1949), también católico, con su personal filosofía (*La Acción*, 1893), confunde el orden natural y el sobrenatural, pretendiendo unir el immanentismo con la religión cristiana sobrenatural, en un empeño absolutamente imposible: «Hay una noción que el pensamiento moderno, con una susceptibilidad celosa, considera como la condición misma de la filosofía: es la noción de *inmanencia*, es decir, que nada puede entrar en el hombre que no salga de él y no corresponda, de alguna forma, a una necesidad de expansión [Kant al fondo]. Ni como hecho histórico, ni como enseñanza tradicional, ni como obligación impuesta desde fuera, no hay para él verdad que cuente y precepto admisible que no sea, de alguna manera, autónomo y autóctono». La fe no es, pues, la aceptación de una verdad comunicada por una autoridad exterior, sino, más bien, la expresión de un sentimiento interior religioso. El apostolado misionero, por supuesto, es superfluo, no tiene sentido.

Laberthonnière, Lucien (1860-1932), sacerdote católico del Oratorio, fue uno de sus principales discípulos. Rechazando los dogmas y todo sistema cerrado de verdades, él también se une a los filósofos modernos que, como decía, «reclaman una verdad que tenga la característica de ser immanente, es decir, que puedan encontrar

en sí mismos». Por tanto, es necesario que las doctrinas inmanentistas y la autonomía del espíritu humano se apliquen también en el campo de la fe.

Parece increíble que la basura de estas filosofías modernas atrajera a no pocos católicos, influyendo sobre todo en los más ilustrados; y es más increíble aún que todavía perdure su influjo en no pocos. Apenas se alcanza a comprender que un cristiano vivo en la fe, por la que participa de la sabiduría de Dios, sea vulnerable a filosofías tan aberrantes. Me recuerda el caso de un Nicolás Malebranche (1638-1715), sacerdote oratoriano, elaborador de uno de los engendros filosóficos más impresentables, como fue el *ocasionalismo*.

Es fácil ver que *los innumerables errores de los modernistas proceden fundamentalmente de las pésimas filosofías de Kant, Hegel y Bergson*. La aplicación que hacen los modernistas de tales principios filosóficos causan en la exégesis y la teología de antes y de ahora verdaderos estragos. Lo comprobaremos más exactamente fijándonos sólo en Loisy, su principal representante.

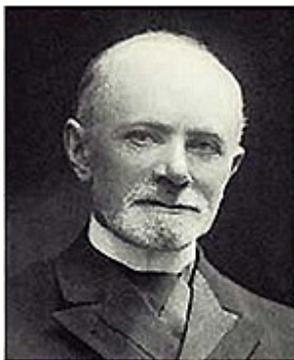
Loisy, Alfred (1857-1940) entra muy joven en el Seminario de Châlons, aborrece la escolástica, se acerca al liberalismo de Lamennais, y ya cuando es ordenado sacerdote (1879) está afectado por grandes dudas en la fe. En el Instituto Católico de París se especializa en cultura oriental. Conoce a Ernest Renan, que en esos años destruía en el Colegio de Francia las Escrituras sagradas; a Louis Duchesne, a Laberthonnière, al barón

católico Von Hügel. Es iniciado en el kantismo, y piensa que la filosofía crítica ha destruido los fundamentos racionales de la fe, sobre todo en la idea de un Dios personal. La verdad, la Iglesia, todo evoluciona. Si los cristianos no siguen la dinámica de la evolución, quedan sin vida, más aún, caen en el error. Por eso Loisy confiesa su propósito fundamental: «nuestra actitud religiosa está regida por el único deseo de *ser uno con los cristianos y católicos que viven en armonía con el espíritu de los tiempos*».

Logra Loisy en el Instituto Católico la cátedra de hebreo (1882) y la de Antiguo Testamento (1889). Es destituido de su cátedra por exigencia de los Obispos franceses (1893). Ejerce en Neuilly como capellán y profesor de religión, y publica numerosas obras, casi todas sobre temas bíblicos, siempre en la línea de la exégesis protestante liberal; entre ellas destaca *El Evangelio y la Iglesia* (1902). Cuando fue excomulgado (1908), hacía ya muchos años que había perdido la fe, y así lo reconoce en *Cosas del pasado* (1912). Consigue la cátedra de Historia de las Religiones en el Colegio de Francia, y con gran ánimo, digno de mejor causa, intenta relanzar nada menos que la «religión de la humanidad»

de Augusto Comte. Actualmente, Hans Küng o Leonardo Boff han tenido una derivación semejante. Todas las obras de Loisy fueron incluidas en el *Índice* (1932).

Sus tesis principales ya las hemos conocido al recordar a autores como Strauss, y a otros más recientes o incluso actuales. No merece la pena que nos alar-



guemos en describirlas. Los relatos evangélicos no son Palabra inspirada por Dios, sino creaciones de las comunidades cristianas primeras. La historicidad de los Evangelios se queda casi en nada; no son más que ideologizaciones devocionales. Uno es el Jesús histórico, otro el Cristo de la fe. El Jesús primero no tiene intención alguna de fundar una Iglesia. Los dogmas, por el mero hecho de presentarse inmutables, son falsos. Etc. Pues bien, junto a éstos y a otros muchos errores graves, están siempre operantes en Loisy, como raíces, las filosofías idealistas ya aludidas. El desarrollo evolutivo y el principio vital creador –Bergson y Blondel– fueron la principal herramienta mental empleada por Loisy para destruir los Evangelios y la fe católica. En este sentido, hay que reconocer que en algunos aspectos el modernismo «católico» va más allá de ciertas versiones del protestantismo radical. En el modernismo todo es devorado por el impulso evolutivo, de tal modo que las palabras tradicionales de la fe, aunque se mantengan a veces, cambian totalmente de sentido.

Loisy: «La tradición sinóptica revela un trabajo de *idealización progresiva*, de interpretación simbólica y dogmática». «Una tradición que, como la que tiene por objeto *los milagros de Jesús, es inevitablemente legendaria... Dios no interviene en la historia*». «La idea común de *la Revelación es una mera niñería*». «Mi argumentación contra Harnack implica una crítica de las fuentes evangélicas, más radical en varios puntos que la del teólogo protestante; y, por otro lado, mi defensa de la Iglesia romana [frente a él] implicaba asimismo el abandono de las tesis absolutas que profesa la teología escolástica [Trento, Vaticano I] respecto de *la institución formal por Cristo de la Iglesia y de*

sus sacramentos, la inmutabilidad de los dogmas y la naturaleza de la autoridad eclesiástica... Insinué, discreta pero realmente, la [necesidad de] *una reforma esencial* de la exégesis bíblica, de toda la teología y aún del catolicismo en general» (¡-!).

Fiel al *ignorantismo* de Kant, que niega la posibilidad de conocer la realidad en sí misma (el *Jesús histórico*, incognoscible), pasa Loisy al *egologismo* idealista (al *Cristo de la fe*, el idealizado por la comunidad primitiva). Y no tienen ningún problema en reconciliar los contrarios, Jesús/Cristo, en el impulso evolutivo de la Iglesia y de los dogmas... Bergson se atreve a emplear en algún escrito la expresión «panteísmo ortodoxo». Parecería una *boutade*, pero los eclesiásticos modernistas siguieron, como Loisy, esa orientación. Rechazando la verdad inmutable de los dogmas, no llegan en el camino de la fe más allá de un *conocimiento (?) sentimental de Dios*, al estilo de Schleiermacher, o de un pensamiento evolutivo, relativista, simbolista, siempre cambiante e incierto. Y en este sentido entienden que *el dogmatismo de la fe católica es un obstáculo* para el desarrollo intelectual de la humanidad.

Éstos vienen a ser los *pensamientos* – más bien habría que decir las «pensaciones»–, que expresa Le Roy, contemporáneo de Loisy y discípulo de Bergson: «Creemos que *la verdad es vida* y, por lo tanto, movimiento y crecimiento antes que término. *Todo sistema, desde que lo cerramos y lo erigimos así en absoluto, se convierte en error*. La verdad, en cuanto bien del hombre, no es más inmutable que el hombre mismo. Evoluciona con él, en él y por él; y eso no impide que sea la verdad para él; es más, sólo lo es con esta condición».

George Tyrrel (1861-1909), de familia calvinista, se convirtió al catolicismo

(1879) y entró en la Compañía de Jesús, donde fue ordenado sacerdote (1891). Muy pronto (1905), adhiriéndose al modernismo, manifestó en sus escritos, que fueron numerosos, la falsedad de los dogmas católicos inmutables, porque no se adaptaban al pensamiento evolutivo de la historia. Así como el judaísmo pasó a la Iglesia, ésta debía ahora dar paso a nuevas formas de religiosidad. Tyrrel fue suspendido *a divinis*, la Compañía de Jesús lo expulsó, y la Santa Sede le privó de los sacramentos (1907).



León XIII, en la encíclica *Providentissimus Deus*, sobre los estudios bíblicos (1893), impugna las exégesis de los protestantes liberales y de los que por esos años, en el campo católico, comenzaban a ser llamados *modernistas*, aunque no usa el término. Unos y otros, partiendo de premisas filosóficas semejantes y de críticas análogas, destruían las Sagradas Escrituras. El Papa analiza los errores exegeticos y teológicos de su tiempo, y lo hace muy pronto, si tenemos en cuenta las fechas de los autores que, de hecho, son combatidos por ella, aunque no los nombre: Kant (+1804), Hegel (+1831), Scheleiermacher (+1834), Baur (+1860), Strauss (+1874), Harnack (1851-1939), Bergson (1859-1940), Blondel (1861-1949: *La Acción*, 1893), Laberthonnière (1860-1932), Loisy (1857-1940: destituido de su cátedra, 1893). En buena parte, esta gran encíclica se basa en la obra *La Biblia y la Ciencia* (1891) del dominico Ceferino González (1831-1894), cardenal y arzobispo de Sevilla, notable filósofo, teólogo e historiador.

(21) «Como antiguamente hubo que habérselas con los [protestantes luteranos] que, apoyándose en *su juicio particular...*, afirmaban que *la Escritura era la única* fuente de revelación y el juez supremo de la fe [*libre examen - sola Scriptura*], así ahora nuestros principales adversarios son *los racionalistas*, que, hijos y herederos, por decirlo así, de aquellos, y fundándose igualmente en su propia opinión, rechazan abiertamente aun aquellos restos de fe cristiana recibidos de sus padres. *Ellos niegan, en efecto, toda divina revelación o inspiración; niegan la Sagrada Escritura; proclaman que todas estas cosas no son sino invenciones y artificios de los hombres; miran a los libros santos, no como el relato fiel de acontecimientos reales, sino como fábulas inep-tas y falsas historias.* A sus ojos no han existido *profecías*, sino predicciones forjadas después de haber ocurrido los hechos, o presentimientos explicables por causas naturales; para ellos no existen *milagros* verdaderamente dignos de este nombre, manifestaciones de la omnipotencia divina, sino hechos asombrosos, en ningún modo superiores a las fuerzas de la naturaleza, o bien *ilusiones y mitos*; los evangelios y los escritos de los apóstoles han de ser atribuidos a *otros autores*».

Exhorta León XIII al Episcopado a que a tan graves errores modernistas «se oponga la doctrina antigua y verdadera que la Iglesia ha recibido de Cristo por medio de los apóstoles, y surjan hábiles defensores de la Sagrada Escritura para este duro combate» (23), que exige el dominio de las mismas armas metodológicas usadas por los adversarios.

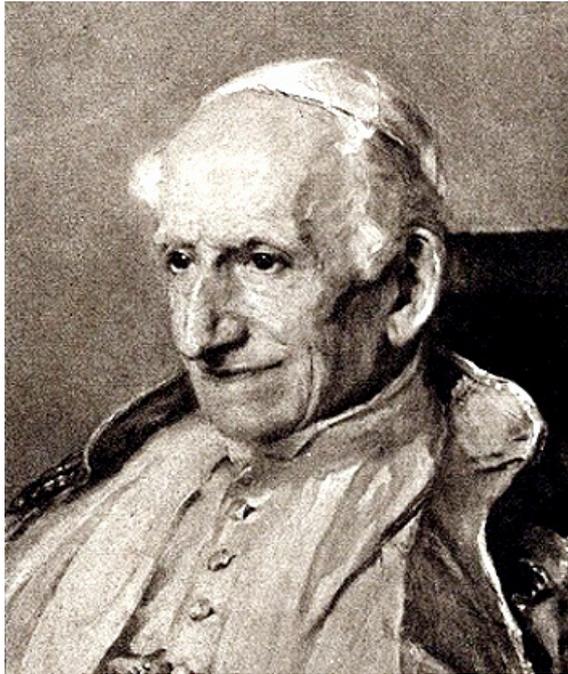
(29) En los libros de la Sagrada Escritura, «por obra del Espíritu Santo, *se oculta gran número de verdades que sobrepu-*

jan en mucho la fuerza y la penetración de la razón humana..., de manera que nadie puede sin guía penetrar en ellos. Dios lo ha querido así (ésta es la opinión de los Santos Padres) para que los hombres los estudien con más atención y cuidado, ...y para que ellos comprendan sobre todo que Dios ha dado a la Iglesia las Escrituras a fin de que la tengan por guía y maestra en la lectura e interpretación de sus palabras. [Ya los Padres, Trento, el Vaticano I han enseñado que] “en las cosas de fe y costumbres que se refieren a la edificación de la doctrina cristiana ha de ser tenido por verdadero sentido de la Escritura Sagrada aquel que tuvo y tiene la santa madre Iglesia, a la cual corresponde juzgar del verdadero sentido e interpretación de las Santas Escrituras; y, por lo tanto, que a nadie es lícito interpretar dicha Sagrada Escritura contra tal sentido o contra el consentimiento unánime de los Padres” [Vat. I]».

Escritura, Tradición y Magisterio se exigen y potencian mutuamente: son inseparables. Toda contradicción entre ellos produce necesariamente el error (cf. Vat. II, *Dei Verbum* 10). Dios ayuda al Magisterio apostólico, guiándolo hacia la verdad completa (Jn 16,13), con la luz que da a los santos, a los teólogos y escrituristas y a su pueblo santo. Por eso el Papa León XIII, así como promueve una renovación de **los estudios filosóficos y teológicos**, impulsa también el **cultivo de todos los estudios bíblicos**: lenguas orientales, filología, exégesis, análisis históricos, arqueología, etc. (24-40).

(40) «Importa también, por la misma razón, que los susodichos profesores de Sagrada Escritura se instruyan y ejerciten más en la

ciencia de la verdadera crítica; porque, desgraciadamente, y con gran daño para la religión, se ha introducido un sistema que se adorna con el nombre respetable de “alta crítica”, y según el cual el origen, la integridad y la autoridad de todo libro deben ser establecidos solamente atendiendo a lo que ellos llaman razones internas. Por el contrario, es evidente que, cuando se trata de una cuestión histórica, como es el origen y conservación de una obra cualquiera, *los testimonios históricos* tienen más valor que todos los demás y deben ser buscados y examinados con el máximo interés; *las razones internas*, por el contrario, la mayoría de las veces no merecen la pena de ser invocadas sino, a lo más, como confirmación. De otro modo, surgirán graves inconvenientes: los enemigos de la religión atacarán *la autenticidad de los libros sagrados*...; este género de “alta crítica” que preconizan *conducirá en definitiva a que cada uno en la*



interpretación se atenga a sus gustos y a sus prejuicios. De este modo, la luz que se busca en las Escrituras no se hallará... Y como la mayor parte están imbuidos en las máximas de una vana filosofía y del racionalismo, no temerán descartar de los sagrados libros las profecías, los milagros y todos los demás hechos que traspasen el orden natural».

La inspiración divina que asiste a los hagiógrafos al escribir las Escrituras excluye todo error, pues hace que Dios sea el Autor principal de esos textos sagrados, y los autores inspirados, causas instrumentales, que, con la marca propia de su cultura, personalidad, temperamento y lenguaje, escriben todo y solo lo que Dios les inspira.

(45) «...puede suceder que el sentido verdadero de algunas frases [de las Escrituras] continúe dudoso; para determinarlo, las reglas de la interpretación serán de gran auxilio [por eso, porque el Papa así lo cree, promueve los estudios bíblicos]; pero lo que de ninguna manera puede hacerse es limitar la inspiración a solas algunas partes de las Escrituras o conceder que el autor sagrado haya cometido error... En efecto, los libros que la Iglesia ha recibido como sagrados y canónicos, todos e íntegramente, en todas sus partes, han sido escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo; y está tan lejos de la divina inspiración el admitir error, que ella por sí misma no solamente lo excluye en absoluto, sino que lo excluye y rechaza con la misma necesidad con que es necesario que Dios, Verdad suma, no sea autor de ningún error».

(46) «Tal es la antigua y constante creencia de la Iglesia definida solemnemente por los concilios de Florencia y de Trento, confirmada por fin y más expresamente declarada en el concilio Vaticano [I], que dio este decreto absoluto: “Los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, inte-

gros, con todas sus partes, como se describen en el decreto del mismo concilio [de Trento] y se contienen en la antigua versión latina Vulgata, deben ser recibidos por sagrados y canónicos. La Iglesia los tiene por sagrados y canónicos, no porque, habiendo sido escritos por la sola industria humana, hayan sido después aprobados por su autoridad, ni sólo porque contengan la revelación sin error, sino porque, *habiendo sido escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios por autor”* (Vat. I). Por lo cual nada importa que el Espíritu Santo se haya servido de hombres como de instrumentos para escribir, como si a estos escritores inspirados, ya que no al autor principal, se les pudiera haber deslizado algún error. Porque Él los excitó y movió con su influjo sobrenatural para que escribieran, y *de tal manera los asistió mientras escribían, que ellos concibieran rectamente todo y sólo lo que Él quería,* y lo quisieran fielmente escribir, y lo expresaran aptamente con *verdad infalible. De otra manera, Él no sería el autor de toda la Sagrada Escritura».*

León XIII señala en la *Providentissimus* que los autores de los grandes errores de su tiempo en exégesis y teología «*la mayor parte están imbuidos en las máximas de una vana filosofía y del racionalismo*» (40). Sin embargo, no analiza en su encíclica las nefastas filosofías aludidas. Ésa será la tarea que San Pío X cumplirá a la perfección pocos años después en su encíclica *Pascendi* (1907). En ella, como veremos en el próximo artículo, Dios mediante, expone la más completa sistematización del *modernismo* que hasta hoy se ha logrado, analizando sobre todos sus raíces filosóficas.



(245)

4. El modernismo. La *Pascendi* y el modernismo actual

—O sea que el modernismo pervive.

—Sus representantes principales están ya muy viejos. Pero todavía el modernismo es como las termitas en no pocas Iglesias locales.

—**El siglo XIX es un hervidero de errores contra la fe católica.** León XIII, como ya vimos (243) publica la encíclica *Providentissimus; sobre los estudios bíblicos* (1893), saliendo al paso de un cúmulo de errores contra la Sagrada Escritura y los dogmas de la Iglesia. En ella señala que la raíz de todos esos errores está en los principios de «una vana filosofía y del racionalismo» (40); pero apenas entra a describir y combatir esos principios. Son los que ya mencioné en anteriores artículos (239 y 243). Pero los resumo ahora.

Kant (+1804) niega el realismo y se encierra en un idealismo ignorantista y egológico. *Fichte* (1814), *Schelling* (+1854) y *Hegel* (+1831) pretenden, cada uno a su

modo, sujetar por un idealismo transcendental la religión a una filosofía subjetiva. *Schleiermacher* (+1889), irracional y fideísta, es kantiano: la fe es puro sentimiento. La experiencia religiosa sustituye a la razón, y elimina al mismo tiempo la Revelación exterior y la fe teológica. *Sabatier* (+1901), en su «Esbozo de una filosofía de la religión» (1879), establece el primado de la experiencia religiosa subjetiva sobre la razón y la fe objetiva. *Bergson* (+1941), en clave evolucionista, entiende también la religión como una íntima experiencia de la conciencia. Y en la misma línea *Blondel* (+1949), inmanentista, confundiendo el orden natural y el sobrenatural, con su impulso vital creador, entiende la verdad como «adequatio rei et vitæ» (adecuación de la realidad y la vida), y no como «adequatio rei et intellectus» (de la realidad y la inteligencia).

La Iglesia del XIX combate incesantemente contra éstos y otros errores modernos. Todas estas filosofías no-realistas, sino idealistas, dan al pensamiento una primacía decisiva sobre una realidad de la que sólo puede conocerse el fenómeno, y coinciden en una aversión cerrada contra la filosofía realista cristiana, y su tradición aristotélico-tomista. Todo hace pensar que *el Occidente cristiano, en buena parte, se ha vuelto loco: es un enfermo mental.*

La Iglesia condena el liberalismo de *Lamennais* (+1834), el fideísmo de *Bau-tain* (1840), el racionalismo de *Hermes* (1835) y de *Günter* (1857), el ontologismo de *Gioberti* (1861). Y Pío X reprueba los errores modernos en la encíclica *Quanta cura* y en el *Syllabus* (1864). También el *Concilio Vaticano I* (1869-1870) frena esta oleada de errores que destruyen la Revelación, el orden sobrenatural, el Magisterio de la Iglesia, la capacidad de la razón para conocer, la fe como virtud de conocimiento sobrenatural, la validez inmutable de los dogmas, la infalibilidad personal del Papa. Pero continúa propagándose en Europa aquella locura del pensamiento religioso iniciada a comienzos del XVI por el *libre examen* de Lutero: Renan (+1892), el modernismo de Loisy (+1940). León XIII, como vimos, publica la encíclica *Providentissimus* (1893), e instituye la *Pontificia Comisión Bíblica* (1902). Otros personajes históricos, como *Karl Marx* (1818-1883) y *Sigmund Freud* (1856-1939), se unen a los enemigos de la Iglesia, y extienden su influjo en magnitudes enormes.

Notemos, sin embargo, que en el fragor de estos combates tan grandes y persistentes, la Iglesia del siglo XIX sigue pujante en vocaciones sacerdotales y religiosas; la práctica religiosa y la cultura general se mantiene en las familias cristianas; es muy importante la renovación de los estudios filosóficos, teológicos y bíblicos; y bien puede decirse que el siglo XIX es, con los primeros siglos y el XVI, el siglo de las misiones. El Evangelio, tan terriblemente combatido por filósofos y apóstatas de todos los pelajes en un Occidente descristianizado en muchos de sus intelectuales, se difunde y arraiga en numerosas naciones paganas.

—El modernismo, como conjunto de todos los errores y herejías, es sinuo-

samente multiforme. Aborreciendo el modernismo los conceptos precisos, y evitando toda exposición sistemática — por principio evolucionista, anti-escolástico, por impulso vitalista y sentimental, y por tanto irracional, y también por astuta cautela—, se expresa en formas a veces más literarias que filosóficas, y sin temor alguno a la contradicción, sabe confesar simultáneamente la ortodoxia y la más pésima heterodoxia, cambiando en una evolución consciente y oculta el significado de las palabras. Todo esto hace que sea sumamente difícil combatirlo. Más aún cuando está empeñado en permanecer disimulado y activo dentro de la Iglesia.

Tampoco el modernismo se organiza socialmente, como hace notar Sabatier: «El modernismo no es ni un partido ni una escuela: es una orientación [un espíritu]. Sería algo muy delicado querer indicar los signos característicos por los que se reconoce a sus adherentes. ¡Son tan distintos unos de otros! Junto al exegeta, el historiador y el sabio, se ve al puro y simple demócrata. Al lado del poeta está el humilde sacerdote obrero. Junto al obispo se halla el simple seminarista. Y, no obstante, a pesar de todas esas diferencias de situación, de preocupaciones y de vocación, se reconocen entre sí. En ningún lugar hay listas hechas o alguna señal de adhesión: y, sin embargo, se adivinan y se acercan entre sí, y forman un solo corazón y una sola alma».

—El Papa San Pío X combate contra el modernismo con la fuerza del Espíritu Santo (1835-1914). Es el primer Papa canonizado desde San Pío V (+1572). No habiendo tenido una formación académica especialmente notable, muestra en el tiempo de su pontificado (1903-1914) una lucidez intelectual difícilmente superable. San Pío X cree

firmísimamente en *la fe católica*, que él ejercita al modo divino, es decir, según los dones intelectuales del Espíritu Santo —ciencia, consejo, entendimiento, sabiduría—; él cree en el poder real de conocimiento que tiene *la razón*, con el realismo propio del sentido común; cree en *los Evangelios*, y en su *historicidad* e *inerrancia*, que por la *inspiración*, proceden del Autor divino. De él dice el Cardenal Mercier:

«Si al nacer Lutero o Calvino, la Iglesia hubiera contado con pontífices del temple de Pío X ¿habría logrado la Reforma apartar de Roma a un tercio de la Europa cristiana? Pío X salvó a la cristiandad del peligro inmenso del modernismo, es decir, no de una herejía, sino de todas las herejías a la vez». Y lo hizo sobre todo por el decreto *Lamentabili* del Santo Oficio y por las enseñanzas y normas de la encíclica *Pascendi*; *sobre los errores de los modernistas*.

—El decreto *Lamentabili* (1907, Dz 3401-3467), ante el auge del modernismo, no combatido al detalle por la *Providentissimus* en el plano filosófico, se vio precedido en el año 2003, cuando dos teólogos presentaron al Cardenal Richard, arzobispo de París, un elenco de treinta y tres proposiciones erróneas, extraídas de los escritos de Loisy. En ese mismo año sus obras fueron incluidas en el *Indice*.

La finalidad del decreto es la misma que la del *Syllabus* de Pío IX (1864): *defender al pueblo cristiano de los innumerables errores que iban invadiendo* Facultades teológicas, Seminarios, parroquias, librerías religiosas. El *Lamentabili* contiene sesenta y cinco proposiciones, de las cuales cincuenta proceden de textos de Loisy y el resto de Tyrrel y Le Roy.

El decreto condena en primer lugar la emancipación de *la exégesis* respecto del Magisterio apostólico (1-8): una exégesis que ignora totalmente el Magisterio necesariamente viene a ser errónea. Sigue con la afirmación de *la inspiración* y *la inerrancia* de la Sagrada Escritura (9-19) y con la exposición auténtica de *la Revelación* y *los dogmas* (20-26), especialmente aquellos que confiesan a *Cristo* (27-38), *los sacramentos* (39-51), *la Iglesia* (52-57) y *la inmutabilidad de las verdades religiosas* (58-65). La última proposición rechaza como en síntesis todas las anteriores: «El catolicismo actual no puede conciliarse con la verdadera ciencia, si no se transforma en un *cristianismo no dogmático*, es decir, en *protestantismo amplio* y *liberal*» (65). Afirmar, pues, que *protestantismo liberal* y *modernismo son hermanos* es una verdad evidente. Destaco algunas proposiciones:

(9) Son ignorantes los que «creen que Dios es verdaderamente autor de la Sagrada Escritura». (14) «En muchas narraciones, los evangelistas no refirieron tanto lo que es verdad, cuanto lo que creyeron más provechoso para los lectores, aunque fuera falso».

(20) «La revelación no pudo ser otra cosa que la conciencia adquirida por el hombre de su relación para con Dios». (23) «Puede existir y de hecho existe oposición entre los hechos que se cuentan en la Sagrada Escritura y los dogmas de la Iglesia que en ellos se apoyan».

(29) «El Cristo que presenta la historia es muy inferior al Cristo que es objeto de la fe». (35) «Cristo no tuvo siempre conciencia de su dignidad mesiánica». (36) «La resurrección del Salvador no es propiamente un hecho de orden histórico, sino un hecho [...] que la conciencia cristiana derivó paulatinamente de otros hechos». (38) «La doctrina sobre la muerte expiatoria de Cristo no es evangélica».

(52) «Fue ajeno a la mente de Cristo constituir la Iglesia como sociedad que había de durar siglos». (56) El primado de la Iglesia Romana se formó «no por ordenación de la divina Providencia, sino por circunstancias meramente políticas».

(58) «La verdad no es más inmutable que el hombre mismo, pues se desenvuelve con él, en él y por él».

Como sabemos, todos estos errores, señalados y condenados hace cien años, están hoy muy vigentes en la Iglesia, hasta el punto en que en no pocas Iglesias locales de Occidente son más profesados que los dogmas de la fe católica.

—La encíclica *Pascendi* (8-IX-1907, Dz 3475-3500), vino a ser respecto al decreto *Lamentabili* lo mismo que la encíclica *Quanta cura* en relación al *Syllabus* (1864): un desarrollo amplio y argumentado de una lista escueta de proposiciones condenadas. La principal virtud de esta encíclica está en haber dado formulación precisa y sistemática a un conjunto informe, deliberadamente oscuro, confuso y equívoco, de las grávi-

simas herejías del modernismo. Advierte la encíclica en su inicio que «cada modernista presenta y reúne en sí mismo una variedad de personajes... el filósofo, el creyente, el apologista, el reformador», etc.

—El filósofo modernista es agnóstico-ignorantista, pues «la razón humana está rigurosamente encerrada en el círculo de los fenómenos» (4). Por el principio de la inmanencia, la verdad, la revelación, «no puede buscarse fuera del hombre, sino en su interior», y «la fe reside en un sentimiento íntimo engendrado por la indigencia de lo divino» (5).

—El creyente modernista sabe que la formulación del fenómeno necesita «una cierta transfiguración del fenómeno», que a su vez implica «una como desfiguración» (7). La religiosidad es pues un «puro desarrollo del sentimiento religioso» (8). Y el sentimiento, elaborado por la inteligencia sobre él, forma «el dogma» (9).

—La teología modernista enseña que los dogmas son «símbolos, imágenes de la verdad, y que, por tanto, han de acomodarse al sentimiento religioso», que es cambiante (10). «No sólo puede desenvolverse y cambiar el dogma, sino que debe». Deben los dogmas evolucionar y cambiar si «han de ser vitales y han de vivir la vida misma del sentimiento religioso» (11). Por otra parte, deben tenerse «por verdaderas todas las religiones», pues el sentimiento religioso es común, aunque diverso, en todos los pueblos (13).

—El exegeta modernista entiende que los Libros sagrados son «una colección de expe-



riencias [religiosas], no de las que están al alcance de cualquiera, sino de las extraordinarias e insignes, que suceden en toda religión» (21). Dios habla por ellos al creyente, pero sólo «por la inmanencia y permanencia vital» (21). La Biblia es, pues, «una obra humana compuesta por los hombres para los hombres» (21). «Si se encuentra algo que conste de dos elementos, uno divino y otro humano, lo humano vaya a la historia, lo divino a la fe. De aquí la conocida división [del protestantismo liberal y de los modernistas] del *Cristo histórico* y el *Cristo de la fe*» (28).

—El *reformador* modernista propugna cambios profundos en la filosofía, que ha de acomodarse «a la filosofía moderna, la única verdadera y la única que corresponde a nuestros tiempos» (37). *La evolución* es un principio vital inexorable y universal. «Si, pues, no queremos que el dogma, la Iglesia, el culto sagrado, los libros que reverenciamos como santos, y aún la misma fe, languidezcan con el frío de la muerte, deben sujetarse a la leyes de la evolución» (25). Tomando la filosofía moderna como fundamento, es como ha de «renovarse la teología». Y el mismo criterio ha de aplicarse a dogmas, catequesis, culto sagrado, régimen de la Iglesia, doctrina moral, vida sacerdotal, en la que debe suprimirse el celibato obligatorio (37). «*La Iglesia* nace de la colectividad de las conciencias [de los discípulos de Cristo], y de igual manera la autoridad [en ella] procede vitalmente de la misma Iglesia», no de institución divina (22). Consecuentemente, como «el magisterio nace de las conciencias individuales, depende de las mismas conciencias y, por lo tanto, debe someterse a las formas populares» (24).

Todo esto muestra claramente que el modernismo es «un conjunto de todas las herejías» (38), pues todas y cada una de las verdades de la fe católica, aunque se conserven de palabra con fórmulas deliberadamente ambiguas, que-

dan falsificadas —por el agnosticismo, —por el egologismo idealista, —por el inmanentismo sentimental, vitalista y experiencial, —y por el evolucionismo; principios filosóficos que, realmente, hacen de los modernistas unos *verdaderos enfermos mentales*: cristianos que *al perder la fe, han perdido la razón*, y se han suicidado intelectual y moralmente. Como era previsible: *corruptio optimi pessima*.

En la *Pascendi* indica en su última parte las causas y tácticas del modernismo, declarando contra éste *una guerra total*.

—*Entre las causas del modernismo* señala el Papa como principal «la perversión de la inteligencia», la basura filosófica, en otras palabras; a la que se añaden «la curiosidad y el orgullo», que describe con suma precisión. Los Obispos deben «resistir a hombres tan orgullosos, ocupándolos en los oficios más oscuros e insignificantes, para que tengan menos facultad de dañar» (41). A esos dos vicios agrega también como causa la *ignorancia*: «quieran pasar por doctores de la Iglesia», y reformarlo todo, mientras que desconocen las maravillas de la filosofía y de la teología coherentes con las verdades católicas (42).

—*Sus tácticas* son a un tiempo oscuras y patentes. Ridiculizan y desconocen «el método escolástico de filosofar, la autoridad de los Padres y la tradición, el Magisterio eclesiástico». Y «es tanta su actividad y tan incansable su trabajo, que da verdadera tristeza ver cómo se consumen con intención de arruinar la Iglesia» (42). «Para hacer despreciable y odiosa a la mística Esposa de Cristo, que es la luz verdadera, los hijos de las tinieblas acostumbran atacarla en público con absurdas calumnias, y llamarla enemiga de la luz y del progreso de las ciencias». Y atacan también, lógicamente, «con extremada malevolencia

y rencor a los varones católicos que luchan valerosamente por la Iglesia... les acusan de ignorancia y terquedad... y procuran quitarles eficacia oponiéndoles la conjuración del silencio». Si condena la Iglesia la obra de alguno de sus autores, «no sólo lo alaban en público, sino que llegan a tributarle casi la veneración de mártir de la verdad» (43). Merece la pena leer completos estos números de la encíclica (41-44), tanto por la descripción exacta de la acción de los modernistas, como para reconocer que siguen actuando del mismo modo en los tiempos de la Iglesia que hoy vivimos.

También el Romano Pontífice dispone los remedios adecuados a la grave epidemia modernista, siguiendo en ello el ejemplo de las grandes *Reformas* que se han producido en la historia de la Iglesia, como, la gregoriana o la tridentina. *A grandes males, grandes remedios.*

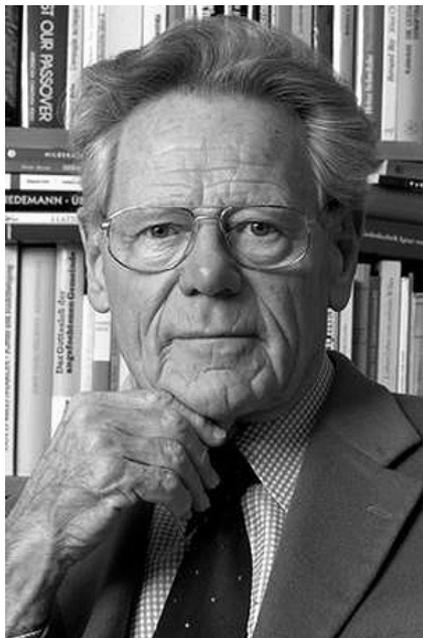
Exige el Papa en la encíclica que sea operativa la vigilancia sobre la ortodoxia, esa vigilancia que los Obispos especialmente, en conciencia y con autoridad, deben ejercitar; como también párrocos, profesores, superiores de las familias religiosas: todos ellos no pueden permanecer callados e inermes (45). Han de tener en cuenta que los modernistas emplean «*la novedad de los vocablos*» (54) para difundir engañosamente sus doctrinas [Pío XII insistirá en esta cuestión: *Humanae generis* 11]. Manda sanear *los estudios eclesiásticos*, comenzando por *la filosofía*, purificándola de los sistemas filosóficos absurdos de moda, y afirmándola en el realismo de la tradición filosófica cristiana, bajo la guía de Santo Tomás de Aquino, pues apartarse de él, «en especial en las cuestiones metafísicas, nunca dejará de ser un gran perjuicio» (46). Da normas muy concretas y positivas sobre *la elección de rectores y profesores* de seminarios y facultades, mandando al mismo tiempo «des- tituir a los que descubierta o encubierta-

mente favorecen el modernismo» (49). Presta también atención especial a la disciplina que debe seguirse en la Iglesia tanto en las *editoriales* católicas como en las *librerías* y revistas (50-53). Dispone que «en cada diócesis» se establezcan *comisiones doctrinales*, integradas por hombres de probada fe católica (54).

En el motu proprio *Præstantia Scripturæ* (18-XI-1907), «con el fin de reprimir los espíritus cada día más audaces de los modernistas», que resisten el decreto *Lamentabili* y la *Pascendi*, conmina el Papa sobre ellos la excomunión (*Dz* 3503 actual da el texto muy abreviado; ver *Dz* antiguo 2113-2114).

—Los modernistas, aunque persisten en sus errores, son conscientes de su derrota. Se dan cuenta de que los remedios ordenados por el Papa San Pío X serán capaces, como lo fueron, de acabar con sus intentos de deformar la Iglesia en dogmas, jerarquía, filosofía, teología, sacramentos, moral, aceptación del mundo, etc. Mantienen, sin embargo, su decisión de *permanecer* dentro de la Iglesia, para deformarla *desde dentro*.

Poco después de la *Pascendi*, los modernistas publican en forma anónima un *Programma dei modernisti* (Turín, XI-1907), en el que confirman la inconciliabilidad de la filosofía moderna, la verdadera, con la doctrina y tradición de la Iglesia. Y una vez más, como en la crisis jansenista, rechazan en su escrito estas condenaciones doctrinales del Magisterio apostólico, alegando que no expresan fielmente sus doctrinas, y que las falsean para condenarlas. Conviene, sin embargo, recordar que el apóstata Loisy —ya fuera de la Iglesia, y sin temor a sus reprobaciones— confesaba poco más tarde:



«La encíclica de Pío X fue impuesta por las circunstancias. *El Pontífice dijo la verdad al declarar que no podía guardar silencio sin traicionar del depósito de la doctrina tradicional.* Al punto al que han llegado las cosas, su silencio habría sido una enorme concesión, el reconocimiento implícito del *principio fundamental del modernismo: la posibilidad, la necesidad y la legitimidad de una evolución en la manera de entender los dogmas eclesiásticos, incluidos los de la infalibilidad y autoridad pontificia*, así como las condiciones de ejercicio de esa autoridad... La encíclica *Pascendi* no es más que la expresión total, inevitablemente lógica, de la enseñanza recibida en la Iglesia desde fines del siglo XIII». O más exactamente, desde el siglo I.

–**El Juramento antimodernista**, como la *Pascendi*, viene exigido poco después de la encíclica por las circunstancias. Tres años después de ella, promul-

ga Pío X el motu proprio *Sacrorum antistitum* (1-IX-1910: Dz 3537-3556), en el que se formula el *Juramento antimodernista*, que enumera y afirma una tras otra todas las verdades fundamentales de la fe negadas por los modernistas: poder de la razón, naturaleza intelectual de la fe, Revelación externa, milagros y profecías, institución de la Iglesia, inmutabilidad del sentido de los dogmas, etc. Todos los clérigos con cura de almas, y con especial solemnidad aquellos que han de dedicarse al gobierno pastoral o a la docencia, están obligados a profesar y firmar el *juramento* antimodernista. De su texto destaco un par de proposiciones fundamentales.

–...«profeso que *la fe no es un sentimiento* ciego de la religión que brota de los escondrijos de la subconciencia... sino un verdadero *asentimiento del entendimiento* a la verdad recibida de fuera por el oído», mediante el ministerio apostólico. – «Repruebo el error de quienes afirman que *la fe propuesta por la Iglesia puede repugnar a la historia*, y que los dogmas católicos, en el sentido en que ahora son entendidos, no pueden conciliarse con los más exactos orígenes de la religión cristiana»... «como si fuera lícito al historiador sostener lo que contradice la fe del creyente». Uno es el *Jesús histórico* y otro muy distinto el *Cristo de la fe*, idealizado por las primeras comunidades cristianas y descrito en los Evangelios.

–**El modernismo, ciertamente, sigue vivo dentro de la Iglesia actual.** Es verdad que durante varios decenios la acción inteligente y fuerte promovida en la Iglesia por San Pío X debilita grandemente su vigencia pública, dejándola inerte y soterrada. Pero Pío XII, medio siglo después, en la encíclica *Humani generis; sobre las falsas opiniones contra los fundamentos de la doctrina ca-*

tólica (1950), se ve forzado a renovar el combate de San Pío X, esta vez contra la «teología nueva», que viene a ser un neomodernismo. Y en los años siguientes se produce en la Iglesia una cierta paz en la ortodoxia y la ortopraxis, hasta el punto que en 1967, después del Concilio Vaticano II, deja de ser obligatoria la profesión del *juramento antimodernista*.

Sin embargo, amparándose en el llamado «espíritu del Concilio», y abriéndose más y más, por un falso ecumenismo, al *protestantismo liberal*, en no pocas Iglesias locales de hoy las doctrinas modernistas, especialmente en la exégesis —que condiciona directamente la teología—, prevalecen sobre la fe católica.

Los católicos que actualmente, por pura gracia de Dios, mantienen la ortodoxia y la ortopraxis de la Iglesia, reúnen las siguientes notas:

1.—*Conocen la doctrina de los modernistas, porque el Magisterio apostólico la ha descrito y condenado* en numerosos documentos. Son, pues, conscientes de que los modernistas, dentro de la Iglesia católica, son realmente protestantes liberales, que quieren transformar la Iglesia desde dentro.

2.—*Saben a ciencia cierta que el modernismo en ciertas regiones de la Iglesia católica está vigente, y hace grandes estragos en la fe y en la moral, en la liturgia y en la disciplina eclesial,* creando así en ellas una situación semejante a la que San Pío X combatió hace unos cien años.

No hacen, pues, ningún juicio temerario cuando estiman que son modernistas aquellos autores actuales que incurren en todos o al menos en muchos de los

errores claramente precisados hace un siglo por el Magisterio apostólico. Son evidentemente modernistas todos aquellos que en su exégesis ignoran hoy el Magisterio y la Tradición; que niegan la historicidad de los Evangelios, y consiguientemente su inspiración divina y su inerrancia; que afirman una Revelación inmanente, no exterior y procedente de un Dios que habla a los hombres por los profetas, apóstoles y evangelistas; que presentan un Jesús histórico inconciliable con el Cristo de la fe; que niegan la conciencia mesiánica y divina de Cristo; que no reconocen la historicidad real de sus milagros; que rechazan el sentido inmutable de los dogmas; que ven la Iglesia, el Primado romano, el Episcopado y los sacramentos como instituciones meramente humanas, ajenas a la intención de Cristo; que no creen en la Iglesia como sacramento universal de salvación, sino que la igualan con las otras religiones; que contradicen al Magisterio apostólico en graves cuestiones: sacerdocio ministerial, naturaleza sacrificial y expiatoria de la Misa, aborto, sacerdocio femenino, divorcio, eutanasia, homosexualidad, etc.; que estiman, en fin, que «la verdad no es más inmutable que el hombre mismo, pues se desenvuelve con él, en él y por él» (*Lamentabili* 58); y que exigen, consecuentemente, que la Iglesia se transforme «en un cristianismo no dogmático, es decir, en un protestantismo amplio y liberal» (*ib.* 65).

(Nota.—No creo que merezca la pena hablar hoy de *neomodernistas*: quienes lo son, merecen ser llamados simplemente *modernistas*. Lo mismo que lo *luteranos* de hoy, aunque en cinco siglos hayan evolucionado, y mucho, en sus doctrinas, no son llamados *neoluteranos*. Tampoco conviene calificarlos sólo por alguno de sus errores; por ejemplo, decir que son *arrianos*: siendo modernistas son arrianos, pelagianos, etc., pues profesan más o menos «un conjunto de todas las herejías»; *Pascendi* 38).

3.–*Siguen creyendo que la Iglesia católica ha sido, ES y será siempre «la columna y el fundamento de la verdad»* (1Tim 3,9), de tal modo que «resisten firmes en la fe» (1Pe 5,9) y se mantienen en la paz, en la esperanza e incluso «en la alegría» (Flp 4,4; 1Tes 5,16).

4.–*Saben con la certeza de la fe que «todo colabora al bien de los que aman a Dios»* (Rm 8,28). Y por eso no se escandalizan de la Providencia divina, que *causa bienes y permite males* en la exacta medida señalada por su sabiduría misericordiosa. No están, pues, perplejos ni

desanimados, y tampoco tristes, temerosos y amargados.

5.–*Confían absolutamente en la Iglesia Católica, una, santa, apostólica y romana –en esta Iglesia, la actual: no hay otra–, pues Cristo, su fiel Esposo, la guarda y la guía.* Él ha recibido «todo poder en el cielo y en la tierra» (Mt 28,18), y con potencia irresistible «**vive y reina** –vive y reina, efectivamente, día a día– con el Padre, en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén».



(246) redacción de los libros sagrados, Dios *eligió a hombres*, que utilizó usando de sus propias facultades y medios, de forma que obrando El en ellos y por ellos, escribieron, como verdaderos autores, todo y sólo lo que El quería» (11).

5. Dios, autor de la Escritura, inspira a los hagiógrafos

—O sea que el *copyright* es del Señor.

—Bueno, es una manera *modelna* de decirlo.

—**La Constitución dogmática Dei Verbum del Concilio Vaticano II afirma que «las verdades reveladas por Dios, que se contienen y manifiestan en la Sagrada Escritura, se consignaron por inspiración del Espíritu Santo.** La santa Madre Iglesia, según la fe apostólica, tiene por santos y canónicos los libros enteros del Antiguo y Nuevo Testamento con todas sus partes, porque, escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor y como tales se le han entregado a la misma Iglesia. Pero en la

Y concretando más: «la Iglesia siempre y en todas partes ha defendido y defiende que *los cuatro Evangelios tienen origen apostólico*. Pues lo que los Apóstoles predicaron por mandato de Jesucristo, después, *bajo la inspiración del Espíritu Santo, ellos mismos y otros varones apostólicos* [los evangelistas] *nos lo transmitieron por escrito*, como fundamento de la fe, es decir, el Evangelio en sus cuatro redacciones, según Mateo, Marcos, Lucas y Juan» (18). Qué bueno sería que todos los escrituristas católicos creyeran en estas declaraciones del Vaticano II. Pero vamos por partes.

Dios «habló por los profetas», y así lo confesamos en el Credo. En efecto, los judíos veneran las Escrituras, y las tienen por sagradas. El profeta es cons-

ciente de que Dios habla por él: «vino sobre mí la palabra de Yahvé, diciéndome» (Jer 1,11 *et passim*). Y el pueblo entiende que es el mismo Dios, «oráculo de Yahvé», quien les habla por medio de hombres elegidos: «¿Quién como nosotros ha oído la voz del Dios vivo?» (Dt 4,8).

Dice el rey David: «el espíritu de Yahavé habla por mí, y su palabra está en mis labios» (2Sam 23,2); y el mismo Jesucristo lo confirma: «David, inspirado por el Espíritu Santo, dijo» (Mc 12,36). Y Yahvé asegura a *Isaías:* «el espíritu mío está sobre ti; y las palabras que yo pongo en tu boca no faltarán de ella [Sión] jamás» (Is 59,21). «Baruc escribió en un volumen, dictándole *Jeremías,* todas las palabras que Yahvé le había dicho» (Jer 36,4). El cumplimiento histórico confirmará que realmente es Dios quien habla por el profeta: «Jeremías, yo velaré sobre mis palabras para cumplirlas» (1,12).

Los apóstoles de Cristo veneran las Escrituras antiguas, y refiriéndose a ellas, afirman que «toda la Escritura está divinamente inspirada» (2Tim 3,16). «Bien habló el Espíritu Santo por el profeta Isaías a nuestros padres», dice San Pablo (Hch 28,25). «La profecía no ha sido proferida en los tiempos pasados por humana voluntad, antes bien, movidos por el Espíritu Santo, los hombres hablaron de Dios» (2Pe 1,21). «Dios ha hablado por boca de sus santos profetas desde el principio del mundo» (Hch 3,21). Los Evangelios, muy especialmente el de San Mateo, citarán con frecuencia los textos del A. T. como Palabra de Dios. Y el más citado será en el N. T. el libro de los Salmos.

Dios habló por Jesucristo y por sus apóstoles y evangelistas. «Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas. Últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo», el

Verbo de Dios encarnado (Hb 1,1). Dios entrega a los hombres la plenitud de su Palabra eterna, encarnada en Jesús; «porque en darnos, como nos dio, a su Hijo –que es una Palabra suya, que no tiene otra–, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra, y no tiene más que decir» (San Juan de la Cruz, *1 Subida* 2,22,3).

Y Cristo-Palabra, ascendido a los cielos, sigue hablando por sus apóstoles y evangelistas hasta el fin de los tiempos: es Él «quien nos habla desde el cielo» (Heb 12,25). Lo sabemos ciertamente porque Él mismo así lo afirmó: «el que a vosotros oye, a mí me oye» (Lc 10,16). Y este misterio de gracia se realiza muy especialmente en la Liturgia de la Palabra: «en la Liturgia Dios habla a su pueblo; Cristo sigue anunciando el evangelio» (Vat. II, *SC* 7). Notemos que si una *persona* halla en la *palabra* el vehículo principal para comunicar su espíritu a otra, es proceso es un reflejo de la revelación divina, en la que *el Padre*, por medio de *su Palabra*, Jesucristo, nos comunica su *Espíritu Santo*. De tal modo que ahora «no solo de pan [ni siquiera del eucarístico] vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4,4; cf. Dt 8,3).

«En los Libros sagrados, el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos; y hay tal fuerza y eficacia en la Palabra de Dios, que constituye el sustento y vigor de la Iglesia, la firmeza de fe para sus hijos, el alimento del alma, la fuente pura y perenne de la vida espiritual» (Vat. II, *Dei Verbum* 21). Al final de las lecturas bíblicas, decimos con toda verdad: «Palabra de Dios».

Los primeros cristianos creen que el Nuevo Testamento continúa la Revelación divina iniciada en el Antiguo: es

Palabra de Dios, todo él es Sagrada Escritura. En ella Dios se revela en Cristo al mundo plenamente. Y de este modo los cristianos estamos realmente «edificados sobre el fundamento *de los apóstoles y de los profetas*» (Ef 2,20). Dios, inspirándoles por el Espíritu Santo, habla a través de unos y de otros.

Señalando San Pedro que algunas cartas de su «querido hermano Pablo» son difíciles, prevé que serán atacadas por hombres perversos, «no menos que las demás Escrituras» (2Pe 3,15-16). Y San Clemente Romano (+101) reconoce también las cartas de San Pablo a los Corintos como Palabras divinas: «a la verdad, divinamente inspirado, escribió» (1Clem 47,3). Los Padres antiguos, cuando citan libros del Nuevo Testamento, dicen con frecuencia «como está escrito», fórmula que en el A.T. se entendía siempre como texto «inspirado por Dios». Así pues, *apóstoles y evangelistas son considerados por las comunidades cristianas como los profetas del N.T.*: hombres que hablan y escriben inspirados por Dios: el mismo Dios habla por ellos. Y los propios apóstoles son conscientes de esta realidad grandiosa: «incesantemente damos gracias a Dios porque al oír la palabra de Dios que os predicamos la acogisteis no como palabra de hombre, sino como palabra de Dios, como en verdad es, y que obra eficazmente en vosotros, los que creéis» (1Tes 2,13). «Nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo exhortara por medio de nosotros» (2Cor 5,20).

Los Padres antiguos confiesan una misma fe en las Escrituras antiguas y y en las nuevas. San Ireneo (120-202): «las Escrituras son perfectas, pues han sido proferidas por el Verbo de Dios y por su Espíritu» (*Adversus haereses* 2,41). Teófilo de Antioquía (+412), escribiendo a *Autólico*, dice que «las afirmaciones de los profetas sobre la justicia y las de los Evangelios están en armonía, porque sus autores eran

todos nacidos del Espíritu y hablaban por el Espíritu de Dios» (3,12).

La Iglesia cree con fe dogmática que el Autor principal de los libros sagrados es el mismo Dios. El Vaticano I (1870) enseña como dogma que los libros de la Biblia «la Iglesia los tiene por sagrados y canónicos, no porque compuestos por sola industria humana, hayan sido luego aprobados por ella; ni solamente porque contengan la revelación sin error; sino porque *escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios por autor*, y como tales han sido entregados a la misma Iglesia» (Dz 3006; cf. canon 4: 3029). Y cuando León XIII, en su encíclica *Providentissimus* (1893), cita esa declaración dogmática, añade: «El Espíritu Santo tomó a los hombres como instrumento para escribir... Fué Él mismo quien, por sobrenatural virtud, de tal modo les asistió mientras escribían, que rectamente habían de concebir en su mente, y fielmente habían de querer consignar y aptamente con infalible verdad expresar todo aquello y sólo aquello que Él mismo las mandara: en otro caso, no sería Él autor de toda la Escritura sagrada» (Dz 3293). Es la doctrina reiterada por el Vaticano II, citada al principio de este artículo (DV 11).

Pío XII, en la encíclica *Divino afflante Spiritu* (1943), explica más a fondo la naturaleza de la inspiración bíblica, es decir, de la co-laboración entre Dios, Autor principal, y el hagiógrafo, autor instrumental por la inspiración divina. Y aludiendo al progreso de los estudios bíblicos, que en su tiempo habían superado en buena medida la multi-herejía modernista, dice:

«Parece digno de peculiar mención que los teólogos católicos, siguiendo la doctrina de los Santos Padres, y principalmen-

te del Angélico y Común Doctor [Santo Tomás de Aquino], han explorado y propuesto la naturaleza y los efectos de la inspiración bíblica mejor y más perfectamente que como solía hacerse en los siglos preteritos. Porque, partiendo del principio de que *el escritor sagrado al componer el libro es órgano o instrumento del Espíritu Santo, con la circunstancia de ser vivo y dotado de razón*, rectamente observan que él, bajo el influjo de la divina moción, de tal manera usa de sus facultades y fuerza, que fácilmente puedan todos colegir del libro nacido de su acción “la índole propia de cada uno y, por así decirlo, sus singulares caracteres y trazos” (Benedicto XV, enc. *Spiritus Paraclitus* 1920)» (21).

Rige aquí de algún modo el principio de la *encarnación del Verbo divino*, como ya algún autor medieval había señalado. Y así lo explica Pío XII: «Ya lo advirtió el Doctor Angélico: “en la Escritura, las cosas divinas se nos dan al modo que suelen usar los hombres” (*Comm. ad Hebr.* 1,4). Porque así como el Verbo sustancial de Dios se hizo semejante a los hombres en todas las cosas, *excepto en el pecado*, así también *las palabras de Dios expresadas en lenguas humanas, se hicieron semejantes en todo al humano lenguaje*, excepto en el error» (24). Por eso el exegeta católico debe «indagar qué es lo que la forma de decir o el *género literario* empleado por el hagiógrafo contribuye para la verdadera y genuina interpretación» de sus textos (25).

No es, pues, el hagiógrafo, bajo la acción de Dios, un instrumento inerte, meramente pasivo—como una máquina de escribir, teclada por Dios—, **sino humano, consciente y activo**, con su personal mentalidad, lenguaje y capacidad expresiva. Tener bien en cuenta esta realidad beneficia el trabajo exegético en varios aspectos: 1.—exige mejorar el conocimiento de lenguas, géneros literarios, historia, arqueología y, en general, del

mundo mental propio del autor humano sagrado; 2.—mejora así la interpretación de lo que el hagiógrafo quiere decir, o más aún, de lo que Dios quiere decirnos en la Escritura con su co-laboración; 3.—elimina el error de torpes literalismos fundamentalistas.

Benedicto XVI, en la exhortación post-sinodal *Verbum Domini* (30-IX-2010), siguiendo muy de cerca la enseñanza del Vaticano II, expone en un gran marco teológico la misteriosa *Autoría divina* de las Escrituras sagradas y *la inspiración divina* de los hagiógrafos.

«La novedad de la revelación bíblica consiste en que *Dios se da a conocer* en el diálogo que desea tener con nosotros. “*Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como amigos, trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía*” (Vat. II, *DV* 2)». «La misma Creación, el liber naturæ, forma parte esencial de esta sinfonía a varias voces en que se expresa el único Verbo. De modo semejante, con-



Evangelario Sajonia-Baviera (1188)

fesamos que Dios ha comunicado su Palabra en la *historia de la salvación*, ha dejado oír su voz en ella; con la potencia de su Espíritu, “habló por los profetas” (Credo)» (7). San Juan nos revela en el prólogo de su Evangelio, en relación con el *Logos* divino, que «por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho (Jn 1,3)» (8). Ahora, en la plenitud de los tiempos, «“Dios ha cumplido su palabra y la ha abreviado” (Is 10,23; Rm 9,28). El Hijo mismo es la Palabra. La Palabra eterna se ha hecho pequeña, tan pequeña como para estar en un pesebre. Ahora la Palabra no sólo se puede oír, no sólo tiene una voz, sino que tiene un *rostro* que podemos ver: Jesús de Nazaret» (12).

—*Es el Padre quien nos habla* en Cristo. «Jesús escucha su voz y la obedece con todo su ser. Él conoce al Padre y cumple su palabra (Jn 8,55); nos cuenta las cosas del Padre (12,50): “yo les he comunicado las palabras que tú me diste” (17,8). La economía de la Revelación tiene su comienzo y origen en Dios Padre... Es Él quien da “a conocer la gloria de Dios, reflejada en Cristo” (2Cor 4,6; cf. Mt 16,17; Lc 9,29)» (20). —*Es el Hijo quien nos habla*, Él es «la Palabra definitiva de Dios; Él es “el primero y el último” (Ap 1,17). Él es la Palabra [divina] única y definitiva entregada a la humanidad» (14). —*Es el Espíritu Santo el que nos habla* en Cristo: «el Espíritu Santo enseñará a los discípulos y les recordará todo lo que Cristo ha dicho (Jn 14,26), Él los llevará a la Verdad completa (16,13). *El mismo Espíritu que actúa en la encarnación del Verbo en el seno de la Virgen María... es el mismo Espíritu que inspira a los autores de las Sagradas Escrituras*» (15).

Los escritores de los libros sagrados, los profetas, apóstoles y evangelistas — y no las primeras comunidades creyentes!—, bajo la inspiración personal del Espíritu Santo, son los verdaderos autores de los textos bíblicos, y concreta-

mente de los cuatro Evangelios. Conviene reafirmar esta verdad de fe, que siempre ha sido enseñada por los Padres, y reiterada en Trento, en el Vaticano I y en el II, porque la escuela exegética que promueve «*la historia de las formas*» (*Formgeschichte*), en referencia a los Evangelios, concretamente, de tal modo enfatiza el influjo de las comunidades primitivas, que desvanece a veces la inspiración personal de los hagiógrafos, viniendo a dar en una especie ilusoria de *inspiración colectiva* de las comunidades cristianas primeras.

En esta escuela de la *historia de las formas*, originada en el campo del protestantismo liberal, y encabezada por biblistas como *Martin Dibelius* (1883-1947) y *Rudolf Bultmann* (1884-1976), aunque se siga una orientación común, hay evidentemente exposiciones de muy diversas tendencias, también entre los autores católicos, unas aceptables y otras reprobables.

La Pontificia Comisión Bíblica, en el documento *De historica evangeliorum veritate* (1964), da sobre esta gravísima cuestión orientaciones muy precisas. Y al mismo tiempo que *autoriza y recomienda a los exegetas católicos aplicar en su labor el método de la historia de las formas, les advierte que deben hacerlo con cautela*, partiendo de premisas filosóficas verdaderas, y manteniendo la debida fidelidad a la Tradición católica de los Padres y al Magisterio apostólico. De hecho venía aplicándose el método no pocas veces en el campo católico según los principios del protestantismo liberal y del modernismo. Y como bien sabemos, también hoy, desprestigiando el método, se le da con frecuencia un uso pésimo.

Hago notar que este documento, ratificado por Pablo VI, tiene todavía valor magisterial. Por iniciativa del mismo Papa, en el Motu proprio *Sedula cura* (27-VI-1971), se cambió más tarde la naturaleza de la PCB, al ser integrada no ya por Cardenales, sino simplemente por expertos biblistas, en conexión con la Congregación de la Fe. Pues bien, en el párrafo primero de este documento se declara el motivo circunstancial de su composición: **«se vienen difundiendo muchos escritos en los que se pone en duda la verdad de los dichos y de los hechos contenidos en los Evangelios»**. Y esto ha movido a la PCB a exponer lo que sigue:

«1. El exegeta católico, bajo la guía del magisterio eclesiástico, *se aprovecha de todos los resultados obtenidos en los exegetas que le han precedido, especialmente de los santos Padres y de los doctores de la Iglesia*, acerca del entendimiento del texto sagrado, y se dedica a proseguir su obra. A fin de iluminar con luz plena la perenne verdad y autoridad de los Evangelios, siguiendo fielmente las normas de la hermenéutica racional y católica, *estará atento a servir de los nuevos medios de la exégesis, especialmente de aquellos que ofrece el método histórico universalmente considerado*. Este método estudia cuidadosamente las fuentes, define su naturaleza y valor, sirviéndose de la crítica textual, de la crítica literaria y del conocimiento del lenguaje... [Aquí cita las recomendaciones, que ya he citado, hechas por Pío XII sobre los *géneros literarios* y otros medios exegeticos en la encíclica *Divino afflante Spiritu*].

«En suma, *el exegeta se aprovechará de todos los medios que le sirvan para penetrar más a fondo en la índole de los testimonios evangélicos, en la vida religiosa de la primitiva comunidad cristiana, en el sentido y valor de la tradición apostólica.*

Cuando sea conveniente, será lícito que el exegeta examine *los eventuales elementos positivos del “método de la historia de las formas”* para conseguir debidamente una más profunda inteligencia de los evangelios. *Lo hará, sin embargo con cautela, porque frecuentemente el método aludido está conectado con principios filosóficos y teológicos inadmisibles, que vician no raramente tanto el mismo método, como las conclusiones en materia literaria.*

De hecho, algunos autores de este método, movidos por prejuicios racionalistas, se niegan a reconocer la existencia del orden sobrenatural y de la intervención de un Dios personal en el mundo, acontecido mediante la revelación propiamente dicha, y también rechazan la posibilidad y la existencia de los milagros y de las profecías. Otros parten de una falsa noción de la fe, como si ésta no tuviera en cuenta *la verdad histórica*, o incluso como si fuera incompatible con ella. Otros niegan *a priori* el valor histórico y la índole de *los documentos* de la revelación. Otros, en fin, *dan poca importancia a la autoridad de los apóstoles en cuanto testigos de Jesucristo, y también a la autoridad de su oficio e influjo en la comunidad primitiva, y exageran el poder creativo de dicha comunidad.* Todas estas cosas no sólo son contrarias a la doctrina católica, sino que también están faltas de fundamento científico y se salen de los rectos principios del método histórico». Este documento, estas líneas, da una buena síntesis de los principales errores en exégesis del protestantismo liberal y del modernismo.

Los modernistas antiguos y actuales falsifican los Evangelios, negando prácticamente su inspiración divina, e incurriendo en todos y cada uno de los errores que la Autoridad apostólica ha denunciado, concretamente al aplicar «la historia de las formas» en modos inconciliables con la tradición exegetica de la

Iglesia y con la doctrina católica de la fe. Los lectores de este artículo, sin necesidad de acudir a bibliotecas especializadas, pueden comprobarlo consultando simplemente otros artículos publicados en este mismo blog, por ejemplo, (238) *Notas bíblicas –I. Cómo está el patio o las críticas que dediqué al libro Jesús. Aproximación histórica del profesor José Antonio Pagola (76-79) y (228-231).*

En los textos aludidos los evangelios de la infancia de Jesús son creaciones literarias de la comunidad cristiana postpascual. Jesús es un «buscador de Dios», que cambia radicalmente su pensamiento y sus planes al conocer al Bautista. En ningún momento manifiesta pretensión alguna de ser Dios. Jesús, en su ministerio público, nunca piensa en fundar una Iglesia, distinta de Israel, y organizada jerárquicamente. En las comunidades de discípulos de Jesús todos son exactamente iguales: ninguno tiene autoridad sobre los otros. Pertenece a la Iglesia aquel que se compromete en la promoción de un mundo mejor. La ex-comunión es ajena a la verdadera Iglesia. Cuanto mejor vive la gente, mejor se realiza en el mundo el reino de Dios. No es de Jesús la idea de que Dios debe ser honrado y glorificado por los hombres. El perdón que da Jesús a los pecadores es incondicional, no exige nada a cambio. La fe y la verdad histórica de Jesús, de sus palabras y hechos, sobre todo de sus milagros, se contradicen muchas veces. En realidad no son sobrenaturales las acciones de sanación de enfermos, ni ha de creerse que la expulsión de demonios fuera real en los presuntos posesos. La pasión de Cristo no fue expiatoria, ni cumplió un plan providente de Dios. La última Cena no fue pascual, no fue institución de la Eucaristía. Jesús no tenía de sí mismo una conciencia de víctima sacrificial expiatoria para la salvación de la humanidad. Casi todo el ciclo evangélico de la Pasión carece de historicidad, y lo mismo ha de decirse del ciclo poste-

rior a la Resurrección. El Señor no se apareció realmente a los discípulos, ni «pudo» hacerse visible, hablar y comer con ellos. Su Ascensión a los cielos, por supuesto, no es un acontecimiento histórico, narrado por testigos oculares, sino «una composición literaria imaginada [únicamente] por Lucas»... ¿Cómo habremos de calificar todas estas patrañas exegéticas, fieles a las doctrinas del modernismo, y contrarias a las enseñanzas de la Iglesia católica de todos los tiempos?... ¿Qué tienen que ver con el uso intelectualmente honrado de los antiguos y modernos métodos de la exégesis?...

«**Nos toman por memos**», como decía el Padre Castellani, hablando de Teilhard de Chardin. Los escrituristas que *ignoran* en su exégesis, y que incluso *contra-dicen* lo que los mismos Evangelios dicen, y resisten abiertamente la Tradición exegética de los Padres y las enseñanzas y avisos del Magisterio apostólico, caen en *errores gravísimos*, que falsifican a Cristo, a los Evangelios, a la Iglesia, a la vida cristiana. En su tarea exegética y teológica, concretamente sobre los Evangelios, se alejan años luz de las enseñanzas de la fe católica, concretamente del Concilio Vaticano II. Recuerden, si no, ustedes los textos conciliares que he ido citando en este mismo artículo acerca del ministerio de *los hagiógrafos*, en los que Dios mismo, «obrando en ellos y por ellos», es el Autor principal de sus escritos, siendo ellos, bajo la inspiración del Espíritu Santo, verdaderos autores, que según su mentalidad, lenguaje y carácter personal, escriben de los hechos y de las palabras de Jesús «todo y sólo» lo que Dios les ha movido a escribir en una asistencia de gracia especialísima. Ésta es la verdadera fe católica.



Evangelario de Teodolinda (s. VII)

(247)

6. Los Evangelios son verdaderos e históricos –1

–Ahora va a resultar que lo que dicen y cuentan los Evangelios es verdad de verdad.

–Eso es lo que la Iglesia siempre ha creído y sigue creyendo.

–**La Sagrada Escritura es la primera en afirmar la veracidad y la historicidad auténtica de sí misma.** Ella canta siempre *la majestad y la belleza de la Palabra divina escrita, y a veces antes predicada*: «Oráculo del Señor para Israel. Oráculo del Señor que desplegó el cielo, cimentó la tierra y formó el espíritu del hombre dentro de él» (Zac

12,1). *El judío piadoso* reconoce en los Libros sagrados su luz, su roca, su fuerza, su camino:

Continuamente en la Biblia se refleja esta veneración suprema por los textos de la Escritura: «las palabras del Señor son palabras auténticas, como plata limpia de ganga, refinada siete veces» (Sal 11,7). El Salmo 118, el más largo del Salterio, alaba en todos sus versículos al Señor por el don inefable de su palabra y de sus mandatos: «me consumo ansiando tu salvación, y espero en tu palabra... Tu Palabra, Señor, es eterna, más estable que el cielo... Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero... El compendio de tu palabra es la verdad, y tus justos juicios son eternos».

La misma devoción a la Escritura se da entre los cristianos. El Maestro les ha asegurado: «las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida» (Jn 6,63). «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt 24,35). Y los fieles responden: «tú tienes palabras de vida eterna» (Jn

6,68). El hombre adámico, sin la luz de la fe, permanece «en tinieblas y sombras de muerte» (Lc 1,79); pero Cristo, «luz del mundo», por obra del Espíritu Santo y por la predicación de los Apóstoles le enciende en la llama de la luz verdadera: «en medio de esta generación perversa y adúltera, aparecéis vosotros como antorchas en el mundo, que llevan en alto la Palabra de la vida» (Flp 2,15-16).

Los Apóstoles y evangelistas tienen conciencia de que su predicación y sus escritos son sagrados, inmutables como lo es Dios, porque son Palabra divina: «Si alguno os predica otro evangelio distinto del que habéis recibido, sea anatema» (Gál 1,9). «Yo [Juan] atestiguo a todo el que escucha mis palabras de la profecía de este libro que, si alguno añade a estas cosas, Dios añadirá sobre él las plagas escritas en este libro. Y si alguno quita de las palabras del libro de esta profecía, quitará Dios su parte del árbol de la vida y de la ciudad santa, que están escritas en este libro» (Ap 22,18-19).

–La Liturgia cristiana venera la Palabra divina, y de ella vive. En las celebraciones solemnes de la Eucaristía, el *ambón* (Cristo-palabra) y el *altar* (Cristo-pan de vida) reciben signos semejantes de honor y devoción: luces, inclinaciones, incienso, flores, cantos. El Señor *Jesucristo*, desde el *Padre*, nos vivifica y nos comunica su *Espíritu* tanto cuando nos «habla» como cuando se entrega a nosotros como «pan vivo bajado del cielo»; ya que «no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (...).

«La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, pues sobre todo en la sagrada Liturgia, nunca ha cesado de tomar y repartir a los fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la palabra de Dios y del cuerpo de Cristo» (Vat. II, *Dei Verbum*

21). Los *Evangelistas* han sido siempre, en el culto y en el uso de los fieles que alcanzaban a tenerlos, libros sumamente preciosos, expresando así en su belleza que todas sus páginas son sagradas: son «Palabra de Dios». Y la Liturgia siempre ha sido consciente de que «el justo vive de la fe» (Rm 1,17); «la fe es por la predicación, y la predicación por *la palabra de Cristo*» (10,17). «Palabra del Señor».

Los Padres antiguos veneraban las Sagradas Escrituras, con certeza total de su verdad, porque en sus textos escuchaban y leían al mismo Dios. Cualquiera que conozca un poco la literatura patristica advierte en seguida que sus textos suelen abundar continuamente en citas bíblicas, entrelazando unas con otras, de tal modo que en cualquier página de los Padres hallamos una o dos docenas de frases de la sagrada Escritura. Y es que vivían de ella, la llevaban en el corazón, y eso se comprueba en sus escritos, pues «de la abundancia del corazón habla la boca» (Lc 6,45). Por no alargarme, citaré sólo dos testimonios.

Orígenes: «Los evangelistas no mienten ni incurren en error» (*In Jn.* 6,34). *San Jerónimo:* «“Estudiad las Escrituras”... Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios, y el que no conoce las Escrituras no conoce el poder de Dios ni su sabiduría; de ahí se sigue que *ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo*» (*Com. a Isaías* 1,2).

–El arrasamiento modernista de la Sagrada Escritura nos recuerda el salmo de la Viña devastada. «Sacaste una vid de Egipto, expulsaste a los gentiles, y la trasplantaste». Disipaste, Señor, las tinieblas de las naciones, iluminándolas con la luz del Evangelio, y plantando la Vid de la Iglesia. Y ahora... «¿por qué has derribado su cerca para que la saqueen los viandantes, la pisoteen los ja-

balies y se la coman las alimañas?» (Sal 79). *La profanación de las Escrituras, especialmente del Evangelio, realizada por la exégesis protestante liberal y por el modernismo católico, puede considerarse como el mayor mal sufrido por la Iglesia en su historia, pues esa falsificación total del Evangelio es «el conjunto de todas las herejías», y ha logrado difundirse entre muchos católicos como si fuera una versión científica y moderna*

de la verdad auténtica de Cristo. Protestantes liberales y modernistas pueden ser considerados como una manada que invade un jardín precioso, pisoteando, devastando y ensuciando todo. «Estáis muy equivocados» (Mc 12,27). «Estáis equivocados, porque no entendéis las Escrituras ni el poder de Dios» (Mt 22,29). Mienten en todo lo que dicen. Y la resistencia que hallan hoy en la Iglesia es muy débil. Pueden difundir impunemente desde sus católicas cátedras y sus católicas librerías errores enormes:

Jesús, probablemente, nació de José y de María. Siendo un «buscador» de Dios, su encuentro con el Bautista cambió radicalmente su vida. Él nunca pensó en fundar una Iglesia distinta de Israel, y menos como una institución jerarquizada. Los Evangelios fueron escritos muy posteriormente a los hechos que narran. Por eso sus relatos, las palabras y las acciones que atribuyen a Jesús, no tienen valor histórico, sino que expresan la fe de las comunidades cristianas primeras. Los milagros de Jesús, sus grandes signos, por ejemplo, la multiplicación de los panes, la sanación del ciego de nacimiento, la resurrección de Lázaro, la



E. O. en InfoCatólica (5-05-2009)

tempestad calmada, no son propiamente acontecimientos reales, sino relatos simbólicos que la comunidad cristiana empleaba para expresar su fe en la grandeza de Cristo, en su fuerza benéfica y en su dominio sobre el mal. El Jesús histórico no tenía conciencia de su mesianidad, ni se presentó como Dios, ni preconocía su muerte, ni la entendía como un sacrificio expiatorio en el que se cumplían las antiguas profecías. Tampoco pretendía la glorificación de Dios en el mundo, sino acrecentar en éste la justicia, el amor y la felicidad. Hay, pues, numerosas y grandes diferencias entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe de la Iglesia. Todo el ciclo evangélico de la infancia de Jesús, en Mateo y Lucas, carece de fiabilidad histórica. Y lo mismo ha de decirse de los relatos en que se dan detalles de la última Cena, de la Pasión en el Calvario, de la Resurrección y de las apariciones de Jesús resucitado a sus discípulos: todos carecen de historicidad. La escena de la Asunción del Señor a los cielos, concretamente, es una invención del evangelista Lucas. Pero todo esto no debe alarmarnos, pues, como escribe un exegeta católico, al leer el Evangelio, «quedarse en la materialidad del hecho es embobecer radicalmente la signi-

ficación del mismo». (Nota.—¿Sabría alguno explicarme qué *significación* puede tener un *hecho no acontecido* realmente?).

Todo este cúmulo de herejías ha ido infectando en mayor o menor medida la mentalidad de no pocas Iglesias locales católicas, causando la apostasía más brusca y amplia de la historia de la Iglesia. Esas herejías, primeramente formuladas en círculos intelectuales mínimos, ya en esas Iglesias se han generalizado en Seminarios, Facultades, Noviciados, parroquias, catequesis, publicaciones, librerías y revistas católicas. *La negación de la verdad del Evangelio*, iniciada en la Ilustración del siglo XVIII y desarrollada por minorías intelectuales del protestantismo liberal y del modernismo católico en el XIX —como ya describimos en artículos anteriores (239), (243) y (245)—, ha logrado afectar a una buena parte del pueblo cristiano. Creo que puede decirse, si vale la expresión, que *está de moda* entre muchos católicos *no creer en los Evangelios*. El feligrés que un domingo acude a una Misa parroquial tiene muchas posibilidades de escuchar cómo el sacerdote, aunque sea lerdo y no erudito, niega en la homilía la realidad histórica de lo que él mismo «proclama» leyendo el Evangelio.

—**El Magisterio apostólico, por el contrario, ha reafirmado con frecuencia la veracidad e historicidad de los Evangelios**, partiendo siempre de que *es Dios el Autor principal de todas las sagradas Escrituras*. Y ha reprobado la doctrina de quienes, ya desde los comienzos del siglo XIX, niegan o ponen en duda esa veracidad histórica.

—**León XIII**, en la *Providentissimus Deus* (1893) afirma que siendo todos los libros sagrados íntegramente inspirados

por el Espíritu Santo, están exentos de error, pues «es necesario que Dios, Verdad suma, no sea autor de ningún error» (45). Si es que lo hubiera, «El no sería el autor de toda la Sagrada Escritura» (46).

«Todos los Padres y Doctores estaban persuadidos de que las divinas Letras, tales cuales salieron de manos de los hagiógrafos, eran inmunes de todo error... [y eran] unánimes en afirmar que dichos libros, en su totalidad y cada una de sus partes, procedía por igual de la inspiración divina, y que el mismo Dios, hablando por los autores sagrados, nada podía decir ajeno a la verdad» (48). Pío XII, en la *Divina afflante Spiritu* (1943), cita y asume esta misma doctrina (1-3).

—**San Pío X**, en la encíclica *Pascendi* (1907), explica por qué y cómo el modernismo, partiendo de gravísimos errores filosóficos, rechaza la historicidad de los Evangelios.

En la exégesis de la Escritura «entra en escena el filósofo, y manda al historiador que ordene sus estudios conforme a lo que prescriben los preceptos y leyes de la evolución» (30). Así pues, «está claro cuál es el método de los modernistas en la *cuestión histórica*. Precede el filósofo; sigue el historiador; luego ya vienen la crítica interna y la crítica textual... Es evidente que semejante crítica no es una crítica cualquiera, sino que con razón se la llama *agnóstica, inmanentista, evolucionista*; de donde se deduce que el que la profesa y usa [en la exégesis de las Escrituras], profesa los errores implícitos en ella, y contradice la doctrina católica» (32). El conocimiento, dicen, no va más allá de los *fenómenos*, pues no alcanza la realidad, si ésta existe; no puede aceptar tampoco luces externas que no sean immanentes al propio conocimiento humano; y por otra parte, al aplicar estos principios a la Escritura, «es necesario admitir la *evolución vi-*

tal de los Libros Sagrados, que nace del desenvolvimiento [evolutivo] de la fe y es siempre paralela a ella» (31).

–**Pablo VI afirma con gran fuerza *La verdad histórica de los Evangelios en la Instrucción de la Pontificia Comisión Bíblica *De historica evangeliorum veritate**** (21-IV-1964), por él impulsada y ratificada. Y reafirma esta fe católica en un tiempo difícil de la Iglesia, en el que el modernismo va levantando de nuevo la cabeza en graves cuestiones, concretamente en la exégesis bíblica. Como se dice al comienzo de la *Instrucción*, «se van difundiendo muchos escritos en los que se pone en duda la verdad de los dichos y hechos contenidos en los Evangelios. Por esta causa, la Pontificia comisión para los estudios bíblicos, cumpliendo la tarea que el Sumo Pontífice le confía, ha estimado conveniente exponer e inculcar», etc.

Más aún: *la Instrucción se publica en un momento extremadamente conflictivo del Vaticano II* (abril 1964), cuando la discusión del esquema sobre la Biblia, el segundo de los temas tratados en el Concilio, parece estar en un callejón sin salida. El esquema ha sido distribuido en julio de

1962, y tanto en las discusiones conciliares de noviembre como en su votación final exploratoria (1.368 en contra, 822 favorables) se pone de manifiesto el contraste de dos tendencias difícilmente armonizables. Juan XXIII, aunque el rechazo no alcanza los dos tercios reglamentarios, retira el esquema, y encarga a una Comisión presidida por los Cardenales Ottaviani y Bea la reelaboración del texto, que es distribuido en abril de 1963. Miles de observaciones escritas aconsejan una nueva reelaboración del esquema, que finalmente Pablo VI envía a los Padres conciliares en julio de 1964.

Es evidente, pues, conociendo la circunstancia, que la *Instrucción* de Pablo VI, *De historica evangeliorum veritate* (abril 1964), fue para algunos una intromisión intolerable del Papa en el Concilio, para inclinar decisivamente la balanza en el sentido ortodoxo. Y efectivamente, gracias a Dios, consiguió que la Constitución dogmática *Dei Verbum* mantuviera las grandes verdades de la fe en la Sagrada Escritura. Se logra así finalmente, por obra del Espíritu Santo, el acuerdo común de los Padres, que parecía imposible, cuando en noviembre se celebra su debate en el Concilio: 2.344 votos favorables y 6 en contra. (Nota.–La memoria de Pablo VI debe ser honrada por los siglos, aunque sólo sea por su intervención en la *Lumen gentium* sobre la colegialidad episcopal; su defensa de los Evangelios, *De historica evangeliorum veritate* –que será seguida por la *Dei Verbum*–; su reafirmación de la verdad del matrimonio, *Humanæ vitæ*; de la Eucaristía, *Mysterium fidei*; del celibato en la Iglesia latina, *Sacerdotalis coelibatus*).

Esta Instrucción de la PCB (1964), después de señalar que son muchos los errores difundidos en el campo de la exégesis,



recuerda en el número (1) al exegeta católico su deber de *sujetarse a «la guía del Magisterio eclesiástico, y de aprovechar los resultados obtenidos por los exegetas católicos precedentes, especialmente por los santos Padres y doctores de la Iglesia»*. Vuelve a autorizar los métodos modernos, que se unen a los tradicionales para el mejor conocimiento de la Palabra divina escrita; concretamente *«el método de la historia de las formas»*. Si bien, en este último, habrá de proceder *«con cautela, porque frecuentemente dicho método está unido a principios filosóficos y teológicos inadmisibles, que vician no raramente sea el mismo método, sea las conclusiones en materia literaria»*. Describe las desviaciones racionalistas de aquellos estudios bíblicos que *niegan la historicidad* de los textos sagrados y cierran la exégesis a todo lo sobrenatural, concretamente a *las profecías y los milagros*, conduciendo así a una fe falsificada. Señala también que esas erróneas exégesis *«dan poca importancia a la autoridad de los apóstoles en cuanto testigos de Jesucristo, y también a la autoridad de su oficio e influjo en la comunidad primitiva, y exageran el poder creativo de dicha comunidad»*. Sigue a estas advertencias negativas *una clara afirmación positiva de la veracidad histórica del Evangelio*, que se desarrolló *«en tres estadios»* (2). Resumo el texto, y subrayo algunas palabras.

[1] *«Cristo Señor elige a sus discípulos, que le siguieron desde el principio (Lc 1,2; Hch 1,21-22), vieron sus obras, oyeron sus palabras, y así llegaron a estar en situación de ser testigos de su vida y de su enseñanza (Lc 24,48; Jn 15,27; Hch 1,8; 10,39; 13,31). El Señor, al exponer verbalmente su enseñanza, seguía las formas de pensamiento y expresión entonces usua-*

les, adaptándose así a la mentalidad de los oyentes, y procurando también que cuanto él enseñaba se imprimiera firmemente en su mente y pudiese ser recordado con facilidad por los discípulos. Éstos entendieron bien los milagros y los otros sucesos de la vida de Jesús como realizados y dispuestos con el fin de mover a la fe en Cristo, y para hacerles abrazar con la fe el mensaje de la salvación.

[2] *«Los apóstoles anunciaron ante todo la muerte y la resurrección del Señor, dando testimonio de Jesús (Lc 24,44-48; Hch 2,32; 3,15; 5,30-32), y referían de él con fidelidad episodios de su vida y sus palabras (Hch 10,36-41). Después que Jesús resucitó de entre los muertos y de que su divinidad se manifestó de modo claro (Hch 2,36; Jn 20,28), la fe no sólo no les hizo olvidar la memoria de los acontecimientos, sino que la confirmó, puesto que su fe se fundaba en aquello que Jesús había hecho y enseñado (Hch 2,22; 10,37-39). A causa del culto, con el que después los discípulos honraban a Jesús como Señor e Hijo de Dios, no se verificó una transformación de él en una persona “mítica”, ni se produjo una deformación de su enseñanza. Es innegable, pues, que los apóstoles comunicaron a sus oyentes todo cuanto Jesús realmente había dicho y obrado con aquella inteligencia plena de la que gozaban ahora (Jn 2,22; 12,16; 11,51-52; 14,26; 16,12-13; 7,39), después de los gloriosos sucesos de Cristo y de la iluminación del Espíritu de la verdad.*

«Y así como Jesús mismo después de su resurrección “les interpretó” (Lc 24,27) las palabras del A.T. y las suyas propias (Lc 24,44-45; Hch 1,3), así también ellos explicaron sus hechos y palabras según las exigencias del auditorio. “Constantes en el ministerio de la palabra” (Hch 6,4), predicaron empleando modos de expresión adaptados a su finalidad específica y a la mentalidad de sus oyentes, ya que habían

de dirigirse «a griegos y a bárbaros, a sabios y a ignorantes» (Rm 1,14). Y en su predicación al anunciar a Cristo, emplearon modos diversos: catequesis, narraciones, testimonios, himnos, doxologías, oraciones y otras formas literarias semejantes, que aparecen en las Sagradas Escrituras y estaban en uso entre los hombres de su tiempo.

[3] —«Esta instrucción primitiva, hecha al principio oralmente, y después por escrito —pues de hecho, pronto fueron muchos los que procuraron “componer un relato de los hechos” (Lc 1,1) referentes al Señor Jesús—, fue consignada por los autores sagrados en los cuatro evangelios, con el método que correspondía al fin que cada uno se proponía, para el bien de la Iglesia... Entre todo el material de que disponían, los hagiógrafos eligieron concretamente aquello que se adaptaba más a las condiciones diferentes de los fieles y al fin que se proponían... Dependiendo el sentido de un enunciado del contexto, cuando los evangelistas refieren los dichos y los hechos del Salvador, presentan contextos diversos, mirando siempre la utilidad de los lectores. Por eso el exegeta investiga cuál era la intención del evangelista [la intención redaccional] al exponer un dicho o un hecho de un cierto modo o en un cierto contexto». En todo caso, es preciso que los exegetas «no olviden que los apóstoles predicaron la Buena Noticia llenos del Espíritu Santo, y que los evangelios fueron escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, que preservaba a los autores de todo error».

De la Instrucción presente quiero destacar algunas enseñanzas doctrinales de especial importancia, que pasaron directamente a la *Dei Verbum*. Y recordemos que los documentos de la Comisión Bíblica todavía en 1964 tenían valor magisterial. 1.—Se están difundiendo muchos errores en el campo de la exégesis. 2.—El exegeta católica debe en su

labor aceptar la guía de los Padres, doctores de la Iglesia y del Magisterio apostólico. 3.—La historia de las formas es un método válido, pero exige cautela en su aplicación, pues frecuentemente está unido a principios filosóficos y teológicos inadmisibles. 4.—Los Evangelios están escritos por «hombres elegidos» por Dios para que sean testigos fidedignos de los hechos y dichos de Jesús, no por las comunidades cristianas posteriores. 5.—Los milagros fueron realizados por Cristo para suscitar y confirma la fe de los discípulos. 6.—La fe y la experiencia del culto no disminuye en los hagiógrafos de ningún modo la capacidad de dar en los Evangelios, con absoluta veracidad e historicidad, la verdad de lo que ellos vieron y oyeron de Jesús, sino que contribuyen a iluminar más su sentido. 7.—La predicación oral comenzó a hacerse escrita «pronto» (*mox, subito*) (cf. Lc 1,1), no a los cuarenta, cincuenta o más años de la vida pública de Jesús.

—**La Constitución dogmática *Dei Verbum* del sagrado Concilio Ecuménico Vaticano II** (18-XI-1965), teniendo sin duda muy en cuenta la *Instrucción* aludida, afirmó con toda precisión la veracidad y la historicidad de los cuatro Evangelios, tanto en *las palabras* dichas por Jesús como en *los hechos*, a veces milagrosos, que realizó en su vida. Los Apóstoles y evangelistas fueron en sus escritos *testigos fidelísimos* que, asistidos infaliblemente por el Espíritu Santo, transmitieron para todos los siglos la vida, las palabras, los hechos, la muerte y la resurrección de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

«Dios se valió de *hombres elegidos*, que usaban de sus facultades y talentos», para escribir los Evangelios; «de este modo, obrando Dios en ellos y por ellos, como

verdaderos autores, pusieron por escrito todo y sólo lo que Dios quería. Como todo lo que afirman los hagiógrafos, o autores inspirados, lo afirma el Espíritu Santo, se sigue que los Libros sagrados *enseñan firmemente, fielmente y sin error la verdad* que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra» (*Dei Verbum* 11).

De esa fe procede que *«la santa madre Iglesia ha mantenido y mantiene con firmeza y máxima constancia que los cuatro Evangelios, cuya historicidad afirma sin dudar, narran fielmente lo que Jesús, el Hijo de Dios, viviendo entre los hombres, hizo y enseñó realmente hasta el día de la ascensión (Hch 1,1-2)»*. Por tanto, «los autores sagrados que compusieron los cuatro Evangelios... nos transmitieron *datos auténticos y genuinos acerca de Je-*

sús. Sacándolo de su memoria o del testimonio de los que “asistieron desde el principio y fueron ministros de la palabra”, lo escribieron para que conozcamos la “verdad” de lo que nos enseñaban (Lc 1,2-4)» (19).

Doctrinas tan claras del Concilio Vaticano II hacían esperar una reafirmación de la exégesis católica; pero, por el contrario, la exégesis modernista resurgió con fuerza poco tiempo después, logrando en los años siguientes una difusión y una preeminencia abrumadoras en las Iglesias locales de Occidente más *ilustradas*. Ése será, Dios mediante, el tema del próximo artículo.



(248)

7. Los Evangelios son verdaderos e históricos –y 2

–Va usted convenciéndome de que los Evangelios afirman con veracidad histórica lo que Jesús habló y obró.

–Pues ándese con cuidado y prepárese, porque seguro que le van calificar de *fundamentalista*.

–**El resurgimiento del modernismo en la exégesis se fue produciendo aceleradamente después del Concilio, en plena contradicción con las enseñanzas conciliares.** La Constitución dogmática *Dei Verbum* confiesa con toda firmeza y claridad la fe de la Iglesia. Pero durante medio siglo estamos padeciendo

el escándalo de muchos exegetas católicos que, muchas veces de forma impune, enseñan justamente lo contrario de esa Constitución conciliar. Bástenos recordar a los autores que cité en el artículo (238) *Notas bíblicas. –I. Cómo está el patio*. Allí comprobamos cómo el profesor *Felipe Fernández Ramos*, profesor en León, Burgos y Salamanca, encargado del evangelio de San Juan en el *Comentario al Nuevo Testamento* (Casa de la Biblia-Ed. Atenas-PPC, Madrid 1995), niega la veracidad histórica de los grandes milagros, uno tras otro, sobre los cuales se estructura el cuarto Evangelio, destruyéndolo así completamente. Ya hace de eso casi dos decenios, y que yo sepa, no ha sido objeto de impugnaciones teológicas ni de sanciones canónicas. Eso muestra que la exégesis modernista ya no produce hoy *alarma social* en el pueblo cristiano. Ni en no pocos de

sus Pastores... Las tesis modernistas pueden parecer a algunos un tanto atrevidas, pero en todo caso tolerables. Es decir, han prevalecido en bastantes Iglesias locales.

El «apostolado» de la incredulidad en el Evangelio prosigue. También en aquel artículo pudimos comprobar cómo el profesor *José Antonio Pagola*, en su obra *Jesús. Aproximación histórica* (PPC, Madrid 2013, 10ª ed.), al aproximarse a la figura histórica de Jesús, *una y otra vez niega la verdad y la historicidad de gran parte de los dichos y los hechos narrados y testimoniados por los Apóstoles y Evangelistas*. Viene a ser como un ejemplo perfecto de lo que es una exégesis contraria a la tradición católica y, concretamente, al Concilio Vaticano II.

Recordaré solamente, por no multiplicar los ejemplos, cómo *niega Pagola la veracidad histórica de las apariciones de Cristo Resucitado a sus discípulos*, reduciéndolas a meras «experiencias» espirituales íntimas. Y no se contenta con negar las apariciones, sino que se preocupa incluso por convencer a los católicos, pobres ignorantes, de que tales relatos evangélicos carecen de veracidad histórica, y no fueron *hechos* realmente acontecidos.

«*Los relatos evangélicos sobre las “apariciones” pueden crear en nosotros cierta confusión*. Según los evangelistas, Jesús puede ser visto y tocado, puede comer, subir al cielo hasta quedar ocultado por una nube» (429). Pero no, no nos dejemos engañar por el verismo de esos relatos: «no pretenden [los evangelistas] ofrecernos información para que podamos reconstruir los hechos tal como sucedieron, a partir del tercer día después de la crucifixión. Son “catequesis” deliciosas que evocan las primeras experiencias para

ahondar más en la fe en Cristo resucitado» (429, en nota). No hay, pues, propiamente *apariciones* del Resucitado, sino que más bien ha de hablarse de «primeras experiencias» que los cristianos tienen de Jesús después de su muerte, cuando lo captan íntimamente como viviente.

Por otra parte, «*el esquema de Lucas limitando las manifestaciones del resucitado a cuarenta días es meramente convencional*» (433, nota). «En algún momento caen en la cuenta de que Dios les está revelando al crucificado lleno de vida. No lo habían podido captar así con anterioridad. Es ahora cuando lo están “viendo” realmente, en toda su “gloria” de resucitado» (435). «En una época relativamente tardía, cuando los cristianos llevan ya *cuarenta o cincuenta años viviendo de la fe* en Cristo resucitado, nos encontramos con unos relatos llenos de encanto que evocan los primeros “encuentros” de los discípulos con Jesús resucitado» (437). «Hemos de aprender a leer correctamente estos textos viendo en esas escenas tan gráficas no descripciones concretas sobre lo ocurrido, sino procedimientos narrativos que tratan de evocar, de alguna manera, la experiencia de Cristo resucitado» (438, nota)...

Advierto, al paso, que como en este caso de *las apariciones*, son innumerables las veces que Pagola niega en su libro la veracidad e historicidad de los Evangelios. Un último broche de oro: «La “ascensión” es una composición literaria imaginada por Lucas con una intención teológica muy clara» (441, nota). Que no les engañe a ustedes el evangelista: no vayan a creer que sucedió históricamente el hecho que él testimonia como realmente acontecido.

Según esta «aproximación histórica» a Jesús, ha de entenderse que los encuentros y diálogos que tuvo el Resucitado con los de Emaús, con María Magdalena, con los Doce en diversas ocasiones,

comiendo incluso con ellos, las tres preguntas a Pedro, la confirmación de su Primado apostólico, el desayuno junto al lago, son siempre *creaciones literarias y catequéticas*, compuestas por quienes «llevan ya *cuarenta o cincuenta años* viviendo de la fe en Cristo resucitado». No traen, pues, el testimonio personal de Apóstoles y evangelistas, lo que ellos «vieron y oyeron»; y por tanto no nos suministran datos válidos para fundamentar una objetiva «aproximación histórica» a Jesús.

Menos aún podrán estimarse válidos otros testimonios sobre Jesús dados por hombres muy próximos a Él o a los Apóstoles, como un San Pablo (+67), un Clemente Romano (+101) o un Ignacio de Antioquía (+107), porque *al ser hombres de fe*, y al haber realizado sus inteligencias con los años una *transformación* del sentimiento de la fe, formulándolo en dogmas precisos, vienen a dar en un *Cristo de la fe* muy diferente del *Jesús histórico*. No están ya, por tanto, en condiciones de suministrar una información veraz y realmente histórica de Jesús... Habla, por el contrario, Pagola de *El testimonio neutral de los escritores romanos* de la época (513). El testimonio suyo es *neutral [sic]*, porque no tienen la fe religiosa en Cristo. (Lo que hay que oír... Y aguantar).

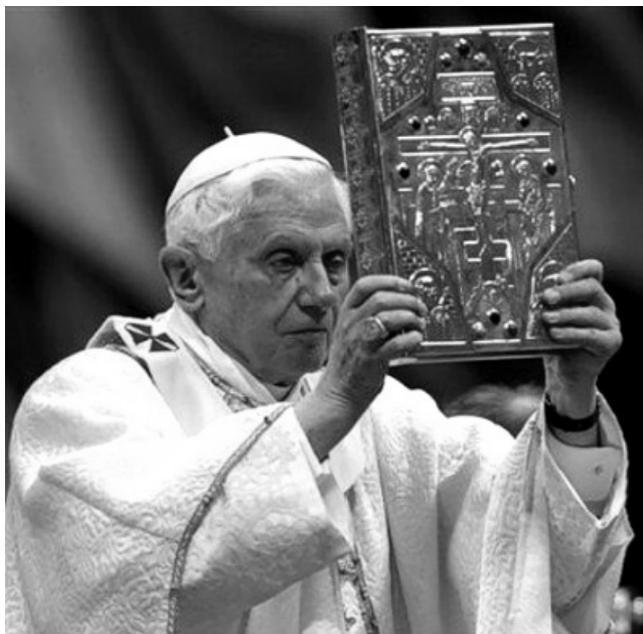
Estas aberraciones exegéticas están hoy tan difundidas —el *Jesús* de Pagola va por la 10ª edición—, que ya ni siquiera producen escándalo y reacciones fuertes de biblistas, teólogos y Pastores de la Iglesia. Casi todas las librerías religiosas, también las

diocesanas, se prestan sin problemas a difundir estos graves errores.

* * *

—**La credibilidad de los testigos del Evangelio es máxima.** *Pedro*: «nosotros no podemos dejar de decir *lo que hemos visto y oído*» (Hch 4,20). «No nos fundábamos en fábulas fantasiosas cuando os dimos a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo, sino en que habíamos sido testigos oculares de su grandeza» (2Pe 1,16). «Nosotros somos testigos de todo lo que hizo [Jesús] en la tierra de los judíos y en Jerusalén», y ya resucitado, no se manifestó a todos, «sino a los testigos designados por Dios: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de su resurrección de entre los muertos» (Hch 10,39-41; cf. Lc 24,36-43).

Juan: «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos vis-



to con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca del Verbo de la vida... *Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos*, para que estéis en comunión con nosotros» (1Jn 1,1-3).

Lucas: «puesto que muchos han emprendido la tarea de componer un relato de los hechos que se han cumplido entre nosotros, como nos los transmitieron los que fueron desde el principio testigos oculares y servidores de la palabra, también yo he resuelto escribírtelos por su orden, ilustre Teófilo, después de investigarlo todo diligentemente desde el principio, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido» (Lc 1,1-3). Asegura, pues, que su intención es escribir una «narración» (*diégesis*) con toda «exactitud» (*akribos*) y «sólido» (*asfáleia*). Y declara la misma intención de escrupulosa historicidad al comienzo de los Hechos de los Apóstoles (1,1-3). No hay razón alguna para poner en duda su palabra.

Por el contrario, la crítica histórica del liberalismo protestante y modernista da por supuesto que *en el tiempo de la composición de los Evangelios no había en los relatos de la historia un sentido auténtico de la veracidad*. Pero ese supuesto es falso. Es cierto que hubo historiadores antiguos, como Heródoto (484-425 a.C.) que en sus relatos históricos sacrifican con frecuencia la realidad de los hechos a lo maravilloso. Pero en modo alguno es ésta la actitud de los hagiógrafos evangélicos. Luciano de Samosata (+181) expone en su breve tratado *Historia verdadera* las normas que han de observarse al escribir la historia, y afirma que «la única tarea del historiador consiste en relatar los hechos tal como sucedieron (*hos eprachthe eipein*, n.39); y añade: «esto... es lo característico de la historia: sólo se debe dar culto a la verdad». Ésta fue la actitud que apósto-

les y evangelistas, siempre asistidos por el Espíritu Santo, guardaron cuidadosamente en sus escritos.

Los Evangelios nos comunican la misma predicación de los Apóstoles: *son la expresión escrita del Evangelio predicado por ellos oralmente*, y dan por tanto testimonio fidelísimo de lo que Jesús enseñó y obró, y de lo que ellos vieron y oyeron. Ésa es la fe de la Iglesia. Nuestra fe se fundamenta en los Evangelios, en la predicación apostólica. Y cuando creemos en los Evangelios, creemos en el *testimonio* que dieron de Jesús «hombres elegidos» (DV 11), los Apóstoles y Evangelistas, en cuanto *testigos* fidelísimos de cuanto «Jesús, el Hijo de Dios, viviendo entre los hombres, *hizo y enseñó realmete* hasta el día de la ascensión» (19). Por tanto, «la fe es por la predicación, y la predicación [apostólica] es por la palabra de Cristo» (Rm 10,17).

Los Evangelios, con absoluta veracidad, nos transmiten la misma predicación de los Apóstoles, oral primero, y muy pronto puesta por escrito. Nuestra fe no se fundamenta, pues, en lo que «las comunidades cristianas primitivas» creyeron y expresaron bastantes años después, como si la *inspiración personal* de Apóstoles y Evangelistas viniera a ser sustituida por una *inspiración colectiva* de dichas comunidades.

Pareciera que desafina la Pontificia Comisión Bíblica (*La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, 1993) cuando escribe en un párrafo –en un párrafo: la instrucción es larguísima, y dice otras muchas cosas distintas—: «Dado que la *Sagrada Escritura* ha salido a la luz sobre la base de un consenso de las comunidades creyentes, que han reconocido en su texto la expresión de la fe revelada», etc. (*in fine*:

3. *Algunas conclusiones*). La base de las Escrituras no es el consenso receptivo de las comunidades cristianas: es la misma Palabra de Dios que, por la predicación oral y escrita de los Apóstoles y evangelistas, revela a las comunidades cristianas el misterio de Cristo, suscitando en ellas la fe. Como años antes decía la Pontificia Comisión Bíblica (*La verdad histórica de los Evangelios*, 1964), algunos «tienen en poco la autoridad de los apóstoles en sus testimonios sobre Jesucristo, y en cuanto a su ministerio y su influjo en la comunidad primitiva, exagerando el poder creativo de dicha comunidad». Por el contrario, en el prefacio Iº de los Apóstoles, damos gracias a Dios: porque «quieres que [la Iglesia] tenga siempre por guía la palabra de aquellos mismos pastores, a quien tu Hijo dio la misión de anunciar el Evangelio».

–**La credibilidad de los Códices evangélicos es máxima.** *Los textos de los Evangelios son auténticos*, se han conservado prodigiosamente exactos. Pío XII, en la *Divino afflante Spiritu* (1943), dice que las objeciones que en tiempos de León XIII «suscitaron los críticos ajenos a la Iglesia o también hostiles a ella contra la *autenticidad, antigüedad, integridad y fidelidad histórica* de los libros sagrados, hoy se han eliminado y resuelto», gracias a los avances de los estudios bíblicos (27).

La autenticidad textual de los Evangelios es absolutamente excepcional, pues tienen unas garantías que, tanto por su antigüedad, como por el gran número de fragmentos o códices, es mucho mayor que la de los libros de la antigüedad clásica. El tiempo transcurrido entre Aristóteles (-322 a. Cto.) y la aparición más antigua de sus textos es de 1400 años; de Tácito (-120 a. Cto.), 1340 años; de Polibio (-118 a. Cto.), 1067 años. Las obras íntegras de Cicerón, César, Horacio, Virgilio, Ovidio, no se conocían antes del siglo VIII, aun-

que sí fragmentos. Por el contrario, existen 78 códices completos de los Evangelios entre los siglos IV y VI. La perfecta y numerosa conservación de los textos evangélicos es única en la historia literaria de Occidente.

–**La fecha de composición de los Evangelios es muy temprana.** *Se escribieron pocos años después de los hechos que relatan, cuando todavía vivían muchos contemporáneos de Jesús que habían oído sus predicaciones y visto sus milagros.* Ellos hubieran podido desmentir los dichos y hechos de Jesús, especialmente los milagros, relatados por los evangelistas.

San Pedro (+64-67), cuando en seguida de Pentecostés predica a los judíos, emplea este mismo argumento apologético: «varones israelitas, escuchad estas palabras: Jesús de Nazaret, varón acreditado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por él en medio de vosotros, como vosotros mismos sabéis» (Hch 2,22). «Vosotros sabéis lo acontecido en toda Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo predicado por Juan; esto es, cómo Jesús de Nazaret», etc (10,37-39). *San Pablo*, ante el rey Agripa y el procurador Festo, arguye en su proceso: «todo esto *no se ha realizado en un rincón*» (26,26). Y cuando muere (+67), deja un amplio conjunto de escritos, en los que se confiesa ya con toda plenitud el misterio de Cristo. El exegeta anglicano Robinson, del que luego hablaré, estima que «la totalidad de la literatura existente de Pablo (sin olvidar que tan temprano como en 2Tes 3,17 él alude a “todas mis cartas”) parece caer dentro de un período de nueve años», los años 50-58 (1Tes, 2 Tes, 1Cor, 1Tim, 2Cor, Gál, Rom, Tito, Flp, Fm, Col, Ef, 2Tim). Son, pues, escritos muy próximos a los dichos y hechos de Cristo, que el Apóstol testifica y explica teológicamente.

Protestantes liberales y modernistas antiguos y actuales, por el contrario, *aunque acepten la autenticidad textual de los Evangelios, han procurado siempre retrasar todo lo posible la fecha de la composición de los Evangelios y demás libros del Nuevo Testamento*, para que no pudiera haber contemporáneos de Jesús que rechazaran las palabras y las obras milagrosas que los evangelista le atribuían; y para dar tiempo así a que estos libros no fueran escritos por unos testigos que narran «lo que han visto y oído», sino más bien por las «comunidades cristianas» posteriores, que según ellos obraron una *transformación* del verdadero Jesús *histórico* en el Cristo de la fe.

La datación de los Evangelios en los 18 primeros siglos de cristianismo es objeto de una convicción común: han sido escritos por los Apóstoles o por varones apostólicos muy próximos a ellos, no mucho después de Pentecostés y de la primera predicación oral del Evangelio. Son, pues, escritos cuando ciertamente todavía eran muchos los contemporáneos vivos de Jesús.

—A principios del siglo XIX, y aún antes, aquellos estudios histórico-críticos que se realizaron bajo el influjo de las filosofías idealistas y racionalistas de la Ilustración —otros no—, asignaron a los Evangelios fechas de composición muy tardías, en el siglo II, y quizá en su segunda mitad. De este modo vino a negarse o a ponerse en duda su historicidad. Eran libros que no fueron escritos por Apóstoles y evangelistas, sino compuestos en forma de leyendas y relatos míticos por la creatividad entusiasta de las comunidades cristianas primitivas.

—En el siglo XX, el progreso de las investigaciones bíblicas histórico-críticas obligó a indicar dataciones más tempranas, aunque no llegaron a aceptar la visión tra-

dicional. A mediados de ese siglo la mayoría de los biblistas databa así la composición de los Evangelios: Marcos hacia el 70, Mateo y Lucas hacia el 80-90, y Juan en torno al 95.

—En los últimos decenios se ha dado una notable recuperación de la visión tradicional. Desde campos diversos de investigación —filológica, exegética, papirológica, etc.—, en forma convergente, se ha producido un acercamiento o un regreso integral a las tesis de la antigua tradición cristiana. Fue notable en este proceso la publicación en 1976 del libro *Redating the New Testament* (Re-fechando el Nuevo Testamento) del teólogo inglés y obispo anglicano *John A. T. Robinson*. En ese libro, siguiendo un método histórico, sostiene el autor que *todo el Nuevo Testamento fue escrito antes del 70*, año de la destrucción de Jerusalén y de su Templo por parte de los romanos. Esa destrucción no es mencionada en ningún texto del NT como un hecho pasado, ni es descrita con sus detalles históricos propios, a pesar de que se trata de un hecho de máxima importancia en la historia de Israel, ya que puso fin a la práctica de la religión judía tal como era entonces. Si los Evangelios hubieran sido escritos después del año 70, y las profecías de Jesús sobre la destrucción de Jerusalén fueran posteriores al evento, no se explicaría por qué en este caso los evangelistas no señalaron, como en otros casos, que las profecías de Jesús se habían cumplido.

Es de notar que siendo Robinson un teólogo ultra-liberal (*Honest to God*, 1963), tuvo la honradez y el coraje de superar sus prejuicios propios, y los del gremio de exegetas próximo a él, acerca del tema importantísimo de la datación del Nuevo Testamento. Supo recuperar lúcidamente las observaciones hechas por estudiosos anteriores a él, y llegó a formar un argumento nuevo y convincente en favor de la datación temprana. (Cf. Daniel Iglesias, *La fecha del Nuevo Testamento según Ro-*

binson (por Jean Carmignac) [1978], dos artículos).

También en esta cuestión ha de ser especialmente recordado *Jean Carmignac*, sacerdote católico francés y gran exegeta, especialista indiscutido en los manuscritos del Mar Muerto. En 1984 publicó su libro *El nacimiento de los Evangelios sinópticos*, que resume los resultados de veinte años de estudio de estos tres Evangelios. *Todas sus conclusiones favorecen fuertemente la tesis tradicional sobre la redacción temprana de los Evangelios*. Utilizando un método principalmente filológico, con algunos apoyos históricos, Carmignac muestra que los Evangelios de Mateo y Marcos y las fuentes utilizadas por Lucas fueron redactados originalmente en una lengua semítica (más probablemente el hebreo que el arameo). Su estudio, basado principalmente en los semitismos de los Evangelios sinópticos, tiende a revalorizar algunos datos proporcionados por la más antigua tradición cristiana: el Apóstol Mateo escribió un Evangelio en hebreo; Marcos puso por escrito en el Evangelio que lleva su nombre la predicación del Apóstol Pedro; etc. (Cf. Daniel Iglesias, *El nacimiento de los Evangelios sinópticos* (2007), según Carmignac).

* * *

—El fundamentalismo literalista es una falsa exégesis, siempre denunciada por la Iglesia. Un torpe literalismo hace decir a Dios lo que no quiere decirnos. Cuando algunos han incurrido en él, han llevado a conflictos falsos entre razón y fe, entre ciencia y Escrituras. Una interpretación fundamentalista de las Escrituras afirmará que la víbora mata con la lengua (Job 20,16), considerará que el murciélago y la liebre son rumiantes (Lev 11,5; Dt 14,7), o que el grano de mostaza, ciertamente —es palabra del Señor— es el menor de las simientes (Mt 13,32).

San Agustín enseña en el año 393: «el Espíritu Santo, que hablaba por medio de los hagiógrafos, no quiso enseñar a los hombres cosas que no tienen utilidad alguna para la salud eterna» (*De Genesi ad litteram*). Y en el 398: «el Señor no prometió el Espíritu Santo para instruirnos sobre el curso del sol y de la luna. El quería hacer cristianos y no matemáticos» (*De actis cum Felice manichaeo*). Santo Tomás advierte que «Moisés, hablando a un pueblo rudo, se acomodaba a su cortedad, y así les hablaba de las cosas tal como éstas aparecían a los sentidos» (*STh I*, 68,3). Y afirmaba en general que «la Escritura se adapta al lenguaje de los hombres incultos» (*In Job*, 26). La Pontificia Comisión Bíblica, en su nota *La verdad histórica de los Evangelios* (1964), recuerda que en la enseñanza de Pío XII (*Divino afflante Spiritu*, 1943) se «enuncia una regla general de hermenéutica, válida para la interpretación de los libros tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, según la cual los hagiógrafos emplearon los modos de pensar y de escribir de sus contemporáneos» (1).

Benedicto XVI, en la exhortación post-sinodal *Verbum Domini* (30-IX-2010, n. 44), señala que «el “literalismo” propugnado por la lectura fundamentalista, representa en realidad una traición tanto al sentido literal como espiritual, y abre el camino a instrumentalizaciones antieclesiales de las mismas Escrituras... “Rechazando tener en cuenta el carácter histórico de la revelación bíblica, se vuelve incapaz de aceptar plenamente la verdad de la misma Encarnación... Por eso tiende a tratar el texto bíblico como si hubiera sido dictado palabra por palabra por el Espíritu, y no llega a reconocer que la Palabra de Dios ha sido formulada en un lenguaje y una fraseología condicionadas por una u otra época determinada” (PCB, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, 15-IV-1993)» (44).

Los liberales protestantes y modernistas, de su parte, calumnian a la Iglesia católica, tachándola de «fundamentalista» y «literalista» en su exégesis, como si ésta fuera torpemente acrítica. Y su actitud es coherente con sus principios, pues ellos niegan la veracidad histórica del Evangelio; estiman que son relatos creados por las comunidades primeras creyentes, lenguajes simbólicos usados para expresar la grandeza de Cristo, etc. Ellos no creen en la realidad de los milagros de Jesús. No reconocen la historicidad real de sus palabras y obras, tal como son relatadas por los evangelistas. Y consecuentemente, como los católicos creemos en *la veracidad histórica* de los Evangelios, nos acusan de *fundamentalistas*. Pero es una falsedad.

Nosotros creemos que la Virgen María concibió a Jesús por obra del Espíritu Santo, porque así lo afirman los evangelistas Mateo y Lucas, y así lo entiende y confiesa la Iglesia. Creemos en la presencia verdadera y real de Cristo en la Eucaristía, porque así lo afirmó el mismo Cristo: «esto es mi cuerpo», y así lo entiende y profesa la Iglesia. Creemos que Jesús anduvo sobre las aguas, porque así lo afirman los Evangelios, y así lo entiende la Iglesia en su tradición de veinte siglos. Creemos que *Jesús hizo muchos milagros*, y que son históricos todos los milagros narrados en el Evangelio.

Y esto no es fundamentalismo literalista; es simplemente la fe católica, por la que creemos que «la revelación se realiza por obras y palabras intrínsecamente ligadas: las obras que Dios realiza en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y las realidades que las palabras significan; y a su vez las palabras proclaman las obras y explican su misterio» (Vat. II, *Dei Verbum* 2). Las *obras portentosas* (resucitar a

un muerto) y la veracidad histórica de las *palabras increíbles* («yo soy la resurrección y la vida») se iluminan y confirman mutuamente. Si negamos la veracidad histórica de las *obras* de Jesús, queda desvirtuada la veracidad histórica de sus *palabras*. Y nosotros creemos en las palabras y en las obras de Jesús, tal como las refieren los Evangelios.

Nosotros, más aún, creemos en 1.-la historicidad de *los milagros de Cristo*. Y creemos también en 2.-la historicidad de *los Evangelios de la infancia*. Conviene que exponga y justifique las dos cuestiones.

* * *

1.—Los católicos creemos en la historicidad de los milagros de Jesús. Creemos con certeza que *Jesús hizo muchos milagros*. Los evangelistas los describen y atestiguan en muchas ocasiones (Mt 4,3); San Pedro afirma que fueron muchos: «como vosotros mismos sabéis» (Hch 2,22); San Juan dice que no cabrían en el mundo los libros necesarios para contarlos todos (Jn 21,25; cf. 20,30). Hasta sus enemigos lo reconocen: «¿qué hacemos, que este hombre hace *muchos milagros?*» (Jn 11,47). Lo mismo creemos los católicos, los ortodoxos y los protestantes evangélicos. Pero los protestantes liberales y los modernistas católicos [círculos cuadrados], dando más fe a la palabra de Kant y de los filósofos ilustrados que a la Palabra divina, lo niegan. Voy a analizar, como ejemplo, la veracidad histórica, muchas veces negada, de un milagro concreto:

—**Jesús anduvo sobre las aguas.** Como ya vimos al describir (238) *Cómo está el patio*, en el *Comentario al Nuevo Testamento*, se niega la historicidad de esta escena evangélica (pg.288). Se nos dice

que

«en cuanto a la historicidad, el hecho es más teológico que histórico [inefable afirmación]. Esto significa que la marcha sobre las aguas no tuvo lugar de la forma que nos narran los evangelios». Un hecho de Jesús, un milagro, que no tuvo lugar de la forma que nos narra el Evangelio es un hecho no acontecido: ni en la forma narrada por el evangelista, ni en ningún otro modo. Es un *no-hecho*. Y los hechos no sucedidos no tienen significación alguna. Por otra parte, los *hechos teológicos* no existen. Los hechos son siempre acontecimientos históricos, sucedidos. Estamos, pues, en la ambigüedad congénita de un puro *pensamiento ideológico*, que no es conforme ni con la razón ni con la fe.

Tres Evangelios afirman que Jesús anduvo sobre las aguas: San Mateo (14,22-23), San Marcos (6,45-52) y San Juan (6,16-21). Analizo brevemente los textos y su exégesis propia.

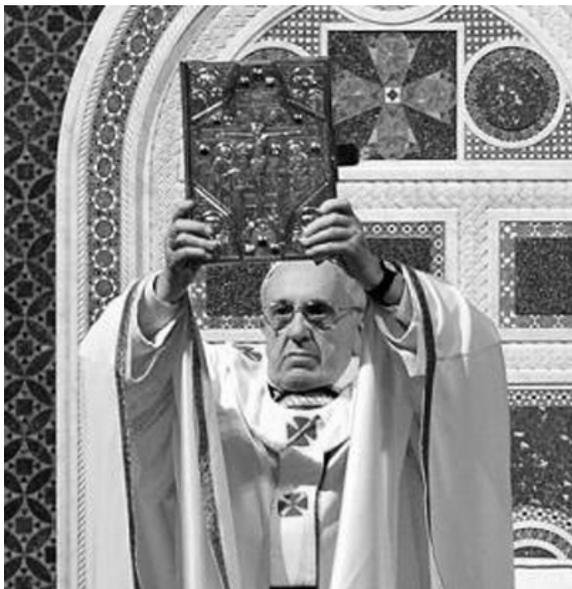
–*Mateo*. La barca de Pedro navega muy alejada de la orilla, y el mar enfurecido la pone en peligro. Es de noche, «en la cuarta vigilia», entre las 3 y las 6 horas. «Jesús vino hacia ellos caminando sobre el mar», lo que solamente es posible para Yahvé (Job 9,8; Hab 3,15; Sal 76,20; Is 43,16; Sab 14,1-4). Los discípulos, «al ver» a Jesús caminando sobre las aguas, dicen que «es un fantasma», y «por el miedo dan gritos» de espanto. Jesús los tranquiliza con palabras que le identifican con Yahvé: «Yo soy, no temáis». Todos se postraron ante Él y confiesan: «verdaderamente tú eres el Hijo de Dios».

–*Marcos*. La barca en «la cuarta vigilia» está ya en medio del mar, y el viento es contrario. «Al verle caminar sobre el mar, creyeron que era un fantasma y se pusieron a gritar, pues todos le vieron y se asustaron», sin haberle reconocido. Como en Mateo, la escena se produce «en seguida» de la multiplicación de los panes. Y con-

viene señalar que en esta fase de la vida pública de Jesús necesitaban los discípulos estos milagros. «Subió con ellos a la barca y cesó el viento. Ellos estaban en el colmo del estupor, pues no habían comprendido lo de los panes, porque tenían la mente embotada».

–*Juan*. Es ya «noche cerrada», se han alejado mucho de la orilla, el viento sopla fuerte y el lago se va encrespando. «Ven a Jesús, que se acerca a la barca, caminando sobre el mar, y se asustaron». No lo reconocen, y él se identifica: «Yo soy; no temáis». Este «Yo soy» del cuarto evangelio expresa una soberanía absoluta, un poder ilimitado, que solo Yahvé posee sobre todo lo creado, también sobre las aguas del mar. El mar, en su movimiento continuo, poderoso, amenazante, significa muchas veces en la Biblia el caos, la fuerza del Maligno (Is 57,20; Jer 5,22; Jud 1,13). De el mar surge la Bestia que, potenciada por el Dragón infernal, seduce y domina el mundo (Apoc 13,1). Cuando vuelva finalmente Cristo, y establezca un cielo nuevo y una tierra nueva, «el mar ya no existirá» (21,1): ya no habrá sitio para el mal... Y los discípulos «vieron a Jesús que caminaba sobre el mar y se acercaba a la barca».

La historicidad de la escena es cierta. Es cierta porque lo afirma «el Evangelio, la palabra [de Dios], el mensaje de la verdad» (Col 1,5). Pero muchos otros argumentos pueden ayudar a creer en ese milagro. Se cumplen perfectamente en este hecho *los criterios de historicidad* exigidos por la crítica: *múltiple fuente*, varios textos que convergen en la misma narración; *discontinuidad*, es un dato que no puede tener su origen en la mentalidad religiosa de la época; *conformidad*, varios testigos afirman la veracidad del hecho; *explicación necesaria*: no tiene sentido narrar sin fundamento real un suceso que es humanamente increíble, y



que además da una imagen paupérrima de los Apóstoles.

—Los testimonios son múltiples y concordantes. —El hombre Jesús, caminando sobre las aguas, significa para el monoteísmo judío: «sólo Yahavé puede hacer esto». —Los apóstoles representan un papel lamentable: no reconocen a Jesús, creen ver un fantasma, se llenan de pánico, dan gritos descontrolados, no entienden nada. Nunca un cronista se hubiera atrevido a contar una escena semejante de los Apóstoles, tan venerados, si no fuera un hecho verdaderamente histórico. Hubiera descrito solamente el gozo y entusiasmo de los discípulos al ver al Señor. —La salida de noche en la barca y la brusca tempestad son episodios connaturales a la vida de los discípulos y de la región. —En el curso del ministerio público de Jesús, la escena se produce en la transición entre la predicación del Reino y la revelación creciente que hace Jesús de su identidad personal. — Si la Iglesia hubiera inventado el suceso, habría tenido más cuidado en poner de

acuerdo a los relatores en algunos pequeños detalles discordantes.

Los católicos creemos que Jesús caminó sobre las aguas del mar. El acontecimiento es histórico. El *paso* de Dios entre los hombres es en Cristo normalmente humilde y sencillo, y otras veces *fascinans et tremendum*. Como debe ser, para dar a nuestra fe un fundamento razonable. El Señor domina sobre toda la creación, también sobre el poder oscuro y maligno del mar enfurecido. Los *milagros*, como éste, son *hechos* que los Apóstoles y evangelistas testifican porque «los han visto y oído»; son hechos que hacen de nuestra fe un *rationabile obsequium* (Rm 12,1); son hechos narrados por los Apóstoles y evangelistas porque quieren que así como ellos confirmaron su fe al *verlos*, también nosotros crezcamos en la fe al *oirlos*, fiándonos del testimonio apostólico de su narración. “Bienaventurados aquellos que *sin ver* creyeron” (Jn 20,29).

* * *

2.—Nosotros creemos en la historicidad de los Evangelios de la Infancia de Jesús. Son Palabra de Dios. No son invenciones de los evangelistas Mateo y Lucas, sino textos escritos «obrando Dios en ellos y por ellos» (*Dei Verbum* 11). Tampoco son composiciones literarias de la comunidad primitiva, que idealiza una infancia de Jesús no conocida, imaginando unas escenas maravillosas y edificantes. *La veracidad histórica de estos relatos ha sido siempre creída por la Iglesia de Oriente y Occidente.* Solamente es negada a partir del siglo XIX por los

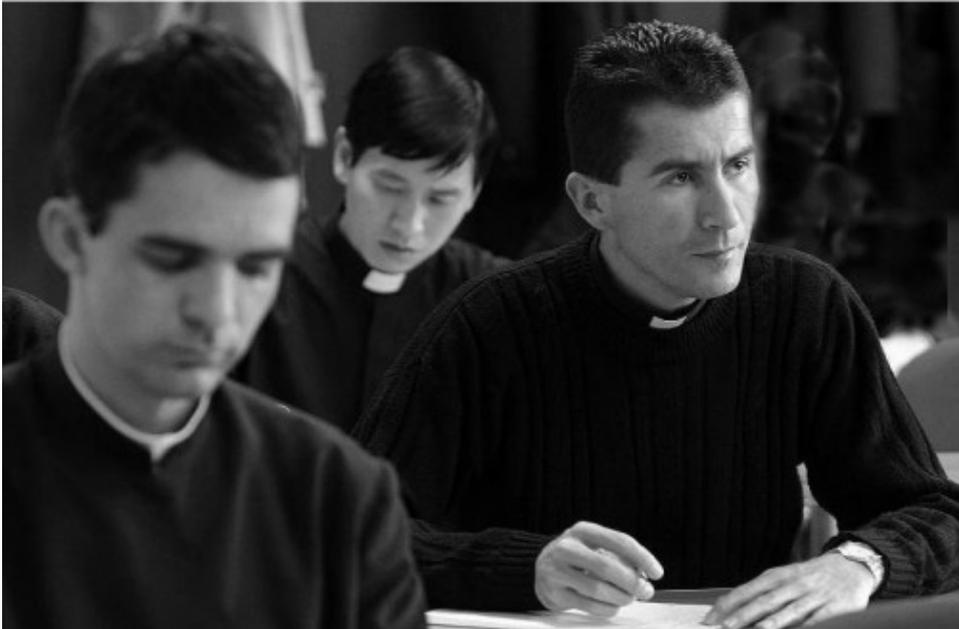
protestantes liberales y los modernistas católicos, convencidos por un *a priori* filosófico de que *no puede* haber incursiones de lo sobrenatural en el curso natural de la historia humana.

*Todas las antiguas «Vidas de Jesús», escritas por escrituristas, teólogos o autores espirituales, siempre se han iniciado en Nazaret, con el anuncio del Ángel a María, etc. Como en cualquier normal biografía profana, el biógrafo inicia su obra informando de cuanto ha podido saber del nacimiento, fecha, lugar, padres, etc. del biografiado. Así lo hizo Taciano (+180), y así se hizo siempre en la historia de la Iglesia. En el siglo pasado, por ejemplo, Ferdinand Prat, S. J. (1857-1938) comienza en Nazaret la gran obra con la que culmina su vocación de exegeta, *Jésus-Christ. Sa Vie, sa Doctrine, son Oeuvre* (Beauchesne, París 1938). Y del mismo modo proce-*

den otros notables autores católicos de las modernas *Vidas de Cristo* (Grandmaison, Ricciotti, Mauriac, Willam, Vilariño, Salguero, etc.).

Pero después del Vaticano II, y una vez más sin tener su causa en el Concilio, se impone como *lo único «académicamente correcto» comenzar las biografías de Jesús a partir del Bautismo en el Jordán*, como si nada cierto pudiera decirse de los primeros treinta años de su vida; es decir, como si los *Evangelios de la infancia* no tuvieran veracidad histórica alguna. Se inician, pues, las Vidas de Jesús en el Jordán, hablando de un sujeto desconocido que allí fue, y del que no sabemos nada... Formidable victoria de la exégesis liberal protestante y modernista sobre la católica. Y en ésas llevamos medio siglo.

Es gravísimo. Eliminando los *Evangelios de la infancia*, se suprime la Anun-



ciación del Señor, el arcángel Gabriel, la Llena-de-gracia, el *fiat* de la Esclava del Señor, la *encarnación virginal* del Verbo divino en María «por obra del Espíritu Santo», José, Zacarías, Isabel, el *Ave María*, el *Benedictus*, el *Magnificat* y el *Nunc dimittis*, la Visitación de María, la Natividad de Juan Bautista, la Natividad de Jesús, la Presentación en el Templo, la matanza de los Inocentes, la Epifanía, los Reyes magos, la huida a Egipto... Todo queda archivado en una gran caja que se baja al trastero, donde existe como si no existiese, ya que se trata de «composiciones cristianas» postpascuales, inútiles para un *historiador* que estudie científicamente a Jesús, pues no suministran datos históricos fiables.

Es gravísimo. De este modo se *elimina el fundamento bíblico de la fe cristiana en su mismo centro: creo en Jesucristo, el Unigénito de Dios, que «nació por obra del Espíritu Santo de María virgen»*. Esa verdad de la fe dogmática, ese *Credo*, no es sino la expresión literal de unos Evangelios, los *Evangelios de la infancia*, históricamente veraces (Mt 1,20; Lc 1,34-35). El *Catecismo de la Iglesia*, libre de la tiranía académica vigente, cree en la historicidad de esos relatos (496-498).

Vamos regresando a creer en los Evangelios. Por pura gracia de Dios vamos librándonos de la mentira y recuperando la verdad. En referencia concretamente a los *Evangelios de la infancia*, citaré aquí dos casos notables.

1. René Laurentin (1917-). Este teólogo especializado en mariología es autor de *Les Évangiles de l'Enfance du Christ. Vérité de Noël au-delà des mythes* (Desclée, París 1982).

«Me he pasado medio siglo estudiando los Evangelios de la infancia (Mt 1-2 y Lc 1-2, y el resto). Siempre he entrevisto la riqueza de estos Evangelios, nutridos de todo el A. T. ... Y, sin embargo, seguía yo

seducido por la actitud iconoclasta cultural del ambiente, una actitud procedente del racionalismo liberal: estos primeros capítulos eran leyendas tardías, *theologumena*, es decir, relatos ficticios fabricados para expresar ideas teológicas entrañables a los creyentes, se repetía. Mis primeros trabajos, que manifestaban la riqueza bíblica de estos Evangelios, consiguieron una amplia estima en el mundo exegético a escala ecuménica. Caracterizaba yo estos Evangelios como *midrashim*. De ahí se inducía que yo los tenía por fábulas, lo que se ponía en mi activo de *progresista*. De hecho, yo no me atrevía demasiado a plantear el problema de la historicidad, ampliamente puesto en duda... Fue en 1980 cuando me atreví a abordar el estudio específicamente *histórico* de estos Evangelios. Con él se disiparon las dudas nocivas... Este *retorno a la evidencia* ha sido un perjuicio para mi reputación. Me encontré etiquetado de *fundamentalista*: como autor a desaconsejar». Después de innumerables viajes y caminatas, Laurentin descubrió el Mediterráneo: las narraciones del Evangelio son verdaderas, son históricas. Bendigamos al Señor que le abrió los ojos del alma.

2. Joseph Ratzinger (1927-). Cuando hace pocos años, siendo ya Papa, publica en dos volúmenes su gran biografía *Jesús de Nazaret, I.-Desde el Bautismo a la Transfiguración* y *II.-Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección* (2007 y 2011), es de suponer que en su mayor parte el estudio lo tendría ya más o menos preparado desde sus años de vida de teólogo (Münster, Tubinga, Ratisbona), en un marco académico en el que era impensable escribir una vida de Jesús comenzando por Nazaret: la inicia, no faltaba más, en el Jordán. Sin embargo, seguidamente publica *La infancia de Jesús* (2012), advirtiendo en el prólogo que «no se trata de un tercer volumen, sino de algo así

como una antesala a los dos volúmenes precedentes sobre la figura y el mensaje de Jesús de Nazaret». Y en esta preciosa obra manifiesta su fe en la veracidad histórica de los *Evangelios de la infancia de Jesús* (abrevio a veces el texto, y los subrayados son míos).

–*Evangelio de San Lucas* (1-2). «Se ha intentado entender las propiedades de estos dos capítulos, Lucas 1-2, a partir de un antiguo género literario judío, y se habla de un “*midrash haggádico*”, es decir, una interpretación de la Escritura mediante narraciones. La semejanza literaria es innegable. Y, sin embargo, está claro que el relato lucano de la infancia no se sitúa en el judaísmo antiguo, sino precisamente en el cristianismo antiguo.

«Pero este relato es algo más: en él se describe *una historia* que explica la Escritura y, viceversa, aquello que la Escritura ha querido decir en muchos lugares, sólo se hace visible ahora, por medio de esta nueva *historia*. Es una narración que nace en su totalidad de la Palabra, pero que da precisamente a la Palabra ese pleno significado suyo que antes no era aún reconocible. *La historia* que narra aquí no es simplemente una ilustración de las palabras antiguas, sino *la realidad* que aquellas palabras estaban esperando» y anunciando (Planeta 2012, pg. 22).

–*Evangelio de San Mateo* (1-2). Ratzinger-Benedicto XVI, con suma lucidez exegética y espiritual, va analizando todos los relatos del evangelista sobre la infancia de Jesús. Y, por ejemplo, examinando el relato de la adoración de los Reyes Magos, escribe: «¿Es verdaderamente *historia acaecida*, o es sólo una *meditación teológica* expresada en forma de historias? [...] Jean Danielou llega a la convicción de que se trata de acontecimientos históricos, cuyo significado ha sido teológicamente interpretado por la comunidad judeo-cristiana y por Mateo.

«Por decirlo de manera sencilla: ésta es también mi convicción. Pero hemos de constatar que en el curso de los últimos cincuenta años se ha producido un cambio de opinión en la apreciación de la historicidad, que no se basa en nuevos conocimientos de la historia, sino en una actitud diferente ante la Sagrada Escritura y al mensaje cristiano en su conjunto. Mientras que Gerhard Delling, en el cuarto volumen del *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testamente* (1942), consideraba aún la historicidad del relato sobre los Magos asegurada de manera convincente por la investigación histórica, ahora incluso exégetas de orientación claramente eclesial, como Nellessen o Rudolf Ernst Pesch, son contrarios a la historicidad, o por lo menos dejan abierta la cuestión.

«Ante esta situación, es digna de atención la toma de posición, cuidadosamente ponderada, de Klaus Berger [1940-] en su comentario de 2011 al Nuevo Testamento [*Kommentar zum Neuen Testament*, GütersloherVerlagshaus 2011, 1051 pgs.]: **“Aun en el caso de un único testimonio... hay que suponer, mientras no haya prueba en contra, que los evangelistas no pretenden engañar a sus lectores, sino narrarles los hechos históricos... Rechazar por mera sospecha la historicidad de esta narración va más allá de toda competencia imaginable de los historiadores”** (pg. 20).

«**No puedo por menos que concordar con esta afirmación.** *Los dos capítulos del relato de la infancia en Mateo no son una meditación expresada en forma de historia, sino lo contrario: Mateo nos relata la historia verdadera, que ha sido meditada teológicamente*, y de este modo nos ayuda a comprender más a fondo el misterio de Jesús» (*ib.* 123-124).

Dios ayude a todos los católicos a creer en los Evangelios según la fe católica, es decir, creyendo firmemente en su veracidad histórica. Los liberales protestan-

tes y modernistas estiman que los Evangelios nos traen preciosas meditaciones teológicas expresadas en forma de historias. Los católicos, los ortodoxos y los protestantes evangélicos creemos, por el contrario, que los Evangelios son unos relatos históricos, que unen profundas meditaciones teológicas a los hechos que narran, para mejor revelar el misterio de Cristo.

«La santa Madre Iglesia ha defendido siempre y en todas partes, con firmeza y máxima constancia, que *los cuatro Evangelios, cuya historicidad afirma sin dudar, narran fielmente lo que Jesús, el Hijo de Dios, viviendo entre los hombres, hizo y enseñó realmente* para la eterna salvación de los mismos hasta el día de la ascensión... Los autores sagrados... nos transmitieron *datos auténticos y genuinos acerca de Jesús*» (*Dei Verbum* 19).

Termino estas *Notas bíblicas* recordando a los cristianos modernistas la exhortación de la Iglesia católica en el comienzo de la Cuaresma, en el Miércoles de Ceniza:

«Arrepentíos, y *creed en el Evangelio*».

Post post. —¿Y no va a tratar usted de la interpretación de los Evangelios? —

No, no voy a tratar. La interpretación del Evangelio y de todas las Escrituras sagradas ha de realizarse según normas ya establecidas desde antiguo, y aún más desarrolladas en los muy elaborados y eficaces métodos modernos de hermenéutica. Pero no está en la interpretación el centro del problema. Mi estudio se ha centrado en *la veracidad histórica de los Evangelios*, pues el reconocimiento de esa veracidad ha de estar en la base de cualquier labor interpretativa de los exegetas. No merece en absoluto la pena entrar en cuestiones de interpretación de textos con aquellos protestantes o modernistas que *no creen en la veracidad histórica de los Evangelios*. Por el contrario, entre quienes creen en su historicidad, puede haber diferencias de interpretación —las ha habido siempre y las hay, al menos en algunos textos más difíciles—; pero esas diferencias nunca afectan a la substancia del mensaje revelado. La cuestión más grave y decisiva es si se cree o no en la historicidad de los Evangelios. O dicho, con perdón, más claramente: *la cuestión central está en si se cree o no en el Evangelio*.

APÉNDICE

Los milagros de Jesús según Walter Kasper

«*La exégesis católica* —he dicho en la página 2, en los Avisos— *se ha visto invadida en los últimos 50 o 70 años por la crítica histórica y hermenéutica del protestantismo liberal y del modernismo católico*». Y en las páginas siguientes pudimos comprobarlo en varios autores. Añado finalmente otro ejemplo, la obra *Jesús, el Cristo*, de Walter Kasper (*Jesús der Christus*, 1974, 332 pgs.), obra traducida a muchas lenguas. La citaré aquí en su edición española, *Jesús, el Cristo* (Ed. Sígueme, Salamanca 2002, 11ª ed., 446 pgs.) De esta obra, quizá la más difundida de Kasper, me fijaré solamente en el capítulo 6º, *Los milagros de Jesús*. Pero, lógicamente, la exégesis que él practica en ese capítulo es la misma que aplica a toda la obra. Los subrayados que siguen son míos.

1.— La mayor parte de los milagros referidos en los Evangelios no son históricos. Son relatos compuestos literariamente por las primeras generaciones cristianas para expresar su fe en Cristo.

«*La investigación histórico-crítica de la tradición sobre los milagros conduce, en primer lugar a una triple conclusión:*

1. «Desde el punto de vista de la crítica literaria se constata *la tendencia a acentuar, engrandecer y multiplicar los milagros...* Con ello se reduce muy esencialmente el material [fidedigno] de los relatos de milagros (150-151).

2. «Los relatos neotestamentarios sobre milagros *se redactan de forma parecida y con ayuda de motivos, que conocemos también en la restante literatura de la antigüedad.* [Alude a «numerosos paralelismos» con narraciones rabínicas y helenísticas]. O sea, que se tiene la impresión de que *el Nuevo Testamento aplica a Jesús motivos extracristianos para resaltar su grandeza y su poder...* (151).

3. «Por la historia de las formas se ve que *algunos relatos milagrosos son proyecciones de experiencias pasculares introducidas en la vida terrena de Jesús o presentaciones adelantadas del Cristo exaltado...* Se advierte que *los milagros naturales* son un añadido secundario a la tradición primitiva. [Se refiere a los portentos sobre la naturaleza: como calmar la tempestad, multiplicar los panes, andar sobre el mar, etc.]

«De todo esto se deduce que *tenemos que considerar como legendarios muchos relatos milagrosos de los evangelios...* Tales relatos milagrosos no-históricos son expresiones de la fe sobre el significado salvador de la persona y mensaje de Jesús» (150-152). «No es necesario considerar históricos, con cierta probabilidad, a los llamados portentos de la naturaleza (153)...

«Con todo, sería falso deducir de esta tesis que no hay absolutamente *acción alguna milagrosa* de Jesús con garantía histórica. Lo acertado es lo contrario» (152).

2.— Los milagros no son acciones que superan el orden natural.

«¿Qué es en realidad tal milagro, qué ocurre en él? Tradicionalmente se entiende *el milagro como un acontecimiento perceptible que transciende las posibilidades naturales, que es causado por la omnipotencia de Dios quebrantando o, al menos, eludiendo las causalidades naturales*, y que confirma, por tanto, la palabra reveladora... Si se examina más a fondo, se ve que *esta idea de milagro es una fórmula vacía*» (154).

3.— Dios jamás actúa en su omnipotencia alterando el orden de la creación.

«*A Dios no se le puede colocar jamás en lugar de una causalidad intramundana.* Si se encontrara en el mismo nivel de las causas in-

tramundanas, ya no sería Dios sino un ídolo. Si Dios ha de seguir siendo Dios, sus milagros hay que considerarlos también como obra de causas segundas creadas... Un milagro así [así entendido, como una intervención del Omnipotente dentro del orden creado, superando sus leyes naturales] forzaría a la fe y suprimiría la libre decisión» (154-155).

4.– El hombre no tiene una posibilidad real de conocer algo como «milagro».

«Esos milagros sólo se constatarían claramente si se conocieran plenamente y de verdad todas las leyes naturales y se contemplaran totalmente en cada caso particular. Sólo así podríamos probar exactamente que un suceso determinado ha de considerarse causado inmediatamente por Dios» (154). [Pero eso, obviamente, es imposible.]

5.– Los milagros no tienen propiamente un valor apologético, es decir, no son motivos razonables de credibilidad, sino que presuponen la fe.

«Éstas y otras dificultades han llevado a los teólogos a *prescindir más o menos del concepto de milagro de tipo apologético*, volviendo a su sentido originariamente bíblico» (155). «Si al decir “milagro” no se quiere decir “algo” vinculado a la realidad con la que el hombre se las tiene que ver, entonces cabe preguntarse si la fe en los milagros no es, en definitiva, mera ideología» (156). «Las ciencias naturales parten metodológicamente de la seguridad absoluta de que todo acontecimiento se debe a unas leyes... De modo que, desde el punto de vista de las ciencias naturales, no queda hueco alguno para milagros en el sentido de acontecimientos no causados intramundaneamente y, por tanto, no determinables en principio. Si con todo, se intenta unir el milagro con la carencia fáctica de explicación de ciertos acontecimientos, como a veces ocurre, esto supone batirse siempre en retirada ante el conocimiento de las ciencias naturales que progresa sin cesar y perder toda credibilidad en la predicación y la teología» (157). «*Sólo en la fe el milagro se experimenta como acción de Dios*. Por tanto, no fuerza la fe. El milagro más bien la pide y la confirma» (160)... «Esto exclu-

ye la idea de que los milagros son portentos tan exorbitantes que sencillamente “derriban”, “atropellan” al hombre y lo hacen caer sobre sus rodillas. De eso modo los milagros, absurdamente, no llevarían precisamente a la fe, que por esencia no se puede probar, sino que la harían imposible»... «El conocimiento y reconocimiento de los milagros como milagros, es decir, como obras de Dios, *presupone la fe*» (164).

* * *

La refutación de la exégesis de Kasper ya está hecha en las páginas precedentes de este breve estudio, al considerar la exégesis del protestantismo liberal y del modernismo. Pero respondo brevemente a las cinco cuestiones referidas.

Ad primum.—**Si la mayoría de los milagros carece de historicidad, eso significa que los Evangelios carecen en su mayor parte de historicidad**, pues en ellos se narran milagros muy frecuentemente. En los 666 versículos del Evangelio de San Marcos, por ejemplo, 209 (un 31%) refieren milagros; y si nos fijamos en los diez primeros capítulos, son 209 de 425 (un 47%). Los Evangelios, como es obvio, se componen principalmente de *palabras y milagros* de Jesús, y los milagros verifican la verdad de las palabras; por ejemplo, «yo soy la luz del mundo» son palabras increíbles que la curación de un ciego de nacimiento hace creíbles (Jn 9). Si se niega la historicidad de los *milagros*, alegando que son relatos de los creyentes en Jesús, se niegan también del mismo modo las *palabras* de Jesús, que por las mismas razones no serían históricas, sino expresivas sólo de la fe de los cristianos. Pero una exégesis tal es inconciliable con la fe de la Iglesia en las Escrituras, claramente confesada por el Concilio Vaticano II (*cf.* por ejemplo, *Dei Verbum* 19).

Ad secundum.—**Los milagros superan las leyes que gobiernan la creación.** Si un muerto de cuatro días, como Lázaro, que ya huele mal, vuelve a la vida por la palabra de Jesús (Jn 11), eso —por mucho que progresen la ciencias naturales— implica ciertamente una alteración momentánea del orden natural permanente. Sólo es posible negar esa alteración, si se niega el milagro mismo. Ya vimos que a partir del siglo XVIII el racionalismo declara imposible el milagro. Ahora bien, negando los milagros, concretamente los milagros sobre la naturaleza, se sigue el axioma racionalista y se abandona la fe en los Evangelios.

Santo Tomás: «En los milagros pueden considerarse dos cosas. Primero, lo que sucede, que es ciertamente algo que excede la potencia o facultad de la naturaleza, y en este sentido los milagros se llaman *obras de poder*. Segundo, aquello para lo que se hacen los milagros, es decir, para manifestar algo sobrenatural, y en este sentido se llaman comunemente *signos*; y por su carácter excepcional, *portentos y prodigios*» (*Summa Thlg II-II, 178, a.1 ad 3m*).

E. Dhanis: «El milagro es un prodigio que, aconteciendo en la naturaleza e insertado en un contexto religioso, está divinamente *sustraído a las leyes de la naturaleza* y es dirigido por Dios al hombre como un signo de un orden de gracia» (*Qu'est-ce qu'un miracle?* «Gregorianum» 40, 1959, 202).

René Latourelle: «El Dios del antiguo testamento es un Dios omnipotente que crea, domina el universo y a los pueblos, escoge, salva, establece alianza. ¿Cómo, entonces, podía Jesús hacerse identificar como Dios-entre-nosotros, es decir entre los judíos de su tiempo, a no ser por medio de signos de poder?... Nos olvidamos muchas veces de que *los signos de credibilidad* que atestiguan el origen divino del cristianismo, que constataba la encíclica “Qui pluribus” de 1846, no existían en tiempos de Jesús: la vida de Jesús y su resurrección, el cumplimiento de las Escrituras, el testimonio de los santos y de los mártires [cristianos], la actividad multiseccular

de la Iglesia. Para medir justamente la importancia [y la necesidad] de los milagros de Jesús hay que “situarlos” en el *kairós* Jesús y “situarse” en el corazón de la mentalidad judía de la época... Sus milagros, en este sentido, son obras de poder, pero al servicio del amor; son siempre obras del Omnipotente que exorciza, cura, resucita, pero por amor... Son manifestaciones del Amor omnipotente» (*Milagros de Jesús y teología del milagro*, Sígueme, Salamanca 1990, pg. 30).

Ad tertium et quartum.—**Es posible que Dios actúe milagros en el mundo, y que éstos sean conocidos por los hombres con certeza** (Vaticano I: Dz 3034). De hecho, Cristo obró milagros, y los hizo en gran número. Ahora bien, *de facto ad posse valet illatio*. Dios actúa en las causas segundas, dándoles causar unos efectos que están fuera de su potencia. Y esta acción de Dios intramundana llega a su plenitud en el Verbo encarnado: «A través de sus gestos, sus milagros y sus palabras, se ha revelado que “en él reside toda la plenitud de la Divinidad corporalmente” (Col 2,9). Su humanidad aparece así como el “sacramento”, es decir, el signo y el instrumento de su divinidad y de la salvación que trae consigo: lo que había de visible en su vida terrena conduce al misterio invisible de su filiación divina y de su misión redentora» (*Catecismo* 515). Por expresarlo de algún modo: la misma voz que dice «hágase la luz», y la luz se hizo, es la que dice, «Lázaro, sal fuera», y el muerto vuelve a la vida.

Los Evangelios aseguran con frecuencia que Jesús hizo «muchos milagros», como en páginas anteriores, refutando a los modernistas, ya lo comprobamos (*cf. Catecismo* 547). Por eso, limitarse a decir que «sería falso deducir de esta tesis que no hay absolutamente *acción alguna milagrosa* de Jesús con garantía histórica» (Kasper, 152) es una miseria,

que contradice abiertamente la Sagrada Escritura, pues niega la veracidad e historicidad de los Evangelios.

Vaticano I: «Si alguno dijere que *no puede darse ningún milagro* y que, por tanto, todas las narraciones sobre ellos, aun las contenidas en la Sagrada Escritura, hay que relegarlas entre las fábulas o *mitos*, o que *los milagros no pueden nunca ser conocidos con certeza...* sea anatema» (Dz 3034).

Ad quintum.—**Los milagros dan a la razón humana «motivos de credibilidad», y suscitan en ella, con la ayuda de la gracia, la fe.** Así lo creyeron los Apóstoles desde el principio: «Varones israelitas... Jesús de Nazaret, ese hombre al que Dios ha acreditado entre vosotros con los milagros, prodigios y signos que Dios realizó por Él en medio de vosotros, como vosotros mismos sabéis» (Hch 2,2). Y así lo ha enseñado siempre la Iglesia (Vaticano I, Dz 3009-3010; cf. Pío IX, 1846, enc. *Qui pluribus*, Dz 2779; Pío XII, 1950, enc. *Humani generis*, Dz 3876; *Catecismo* 156). Y ésa es la doctrina del Vaticano II: Cristo «apoyó y confirmó su predicación con milagros para *suscitar y confirmar* la fe de los oyentes (*ut fidem auditorum excitaret atque comprobaret*), pero no para ejercer coacción sobre ellos» (*Dignitatis humanæ* 11; cf. *Dei Verbum* 4).

No tiene, pues, sentido afirmar que los milagros, en cuanto motivos razonables de credibilidad, serían un «atropello» para el hombre, obligándolo a la fe. Si la realidad histórica de los milagros y su fuerza apologética fuera contra la libertad del hombre, 1) la fe no sería libre ni meritosa; 2) no sería necesario el auxilio de la gracia para llegar a la fe, y 3) todos los testigos del milagro vendrían necesariamente a ser creyentes. Es falso, por tanto, afirmar que un milagro que altera obviamente el orden natural «fuerza» al hombre a creer. De hecho, «muchos que vieron lo que había hecho [por ejemplo, Jesús al resucitar a Lázaro] creyeron en él» (Jn 11,45).

Pero otros, por el contrario, fueron a contarlo a los fariseos, que se reunieron en consejo con los sacerdotes principales, y «desde aquel día tomaron la resolución de matarlo» (11,53).

La negación del valor apologético de los milagros tiene dos raíces fundamentales, aparentemente contradictorias:

—*El racionalismo*. Desde comienzos del siglo XVIII algunos filósofos niegan los milagros, y por supuesto su valor apologético: los consideran ridículos, repugnantes para la razón (Pierre Bayle). El determinismo que impera en el mundo creado los hace simplemente imposibles (Spinoza, Voltaire, Hume). El exegeta protestante Rudolf Bultmann (1884-1976), heredero del racionalismo del XVIII y del XIX, considera que los milagros de Evangelio son *mitos*, relatos legendarios, sin realidad histórica alguna. Ésa fue también la línea del modernismo.

—*El irracionalismo*. El protestantismo luterano es fideísta desde el principio, y aborreciendo la razón, niega necesariamente el valor apologético de los milagros. Si la razón es para Lutero «la ramera del diablo», tendrá que rechazar los «preambula fidei», que ayudan a la razón para que la fe sea un «obsequium rationale» (Rm 12,1). Entre los católicos actuales, la exégesis tan frecuentemente desviada, como la de Kasper, es más bien racionalista y bultmanniana.

* * *

Walter Kasper (Alemania, 1933-), sacerdote (1957), doctor en teología por Tubinga, profesor en Münster y después en Tubinga, publica numerosas obras, entre ellas *Jesús der Christus* (1974, 332 pgs.), que se traduce a muchas lenguas durante varios decenios (*Jesús, el Cristo*, Ed. Sígueme, Salamanca 2012, 13ª ed.). Obispo de Rottenburg-Stuttgart (1989), fue constituido Presidente del Consejo Pontificio de la Unidad de los Cristianos (2001-2010) y creado Cardenal (2001). Ha recibido una veintena de doctorados *honoris causa*.

Un *curriculum vitæ* tan brillante como el de este eminente eclesiástico *explica*, aunque sólo sea un ejemplo concreto, las muchas contradicciones *inexplicables* que hubo y hay entre las doctrinas del Concilio Vaticano II –por ejemplo, sobre *la veracidad e historicidad de los Evangelios*– y las enseñanzas que, siendo abiertamente contrarias, han logrado predominar en no pocas Iglesias locales del postConcilio, hasta ser en ellas las más comunes en la mayoría de teólogos, párrocos y catequistas.

Índice

Algunos avisos, 2

–1. Cómo está el patio (238), 3

Algunas enseñanzas del Concilio Vaticano II sobre los Evangelios. -El Evangelio es Palabra de Dios; por tanto, la inspiración divina impide que los hagiógrafos falseen la historicidad de los dichos y hechos que refieren. -La Revelación se realiza por obras y palabras intrínsecamente ligadas. -El doctor Felipe Fernández Ramos niega la objetividad histórica de los milagros del Evangelio de San Juan. -El doctor Olegario González de Cardedal. -Cristo durante su vida pública. -Niega la historicidad del ciclo evangélico pascual. -El licenciado José Antonio Pagola anula la historicidad de una gran parte de los dichos y hechos de Jesús narrados por los Evangelios.

–2. Protestantismo liberal (239), 12

Una degradación de la exégesis en el mundo protestante, libre examen, era previsible. -Kant. -Hegel. -La exégesis racionalista liberal se inicia a comienzos del siglo XIX. -Reimarus. -Lessing. -Strauss. -Harnack. -Bultmann. Los criterios principales del protestantismo liberal en la exégesis.

-3. El modernismo -1. La encíclica «Providentissimus» (243), 18

El modernismo tiene antecedentes múltiples. -El protestantismo liberal y el modernismo católico son primos hermanos. -Bergson. -Le Roy. -Blondel. -Laberthonnière. -Loisy. -Tesis principales del modernismo católico. -León XIII y la encíclica «Providentissimus». -Escritura, Tradición y Magisterio han de ir siempre unidos. -La inspiración divina asiste a los hagiógrafos.

-4. El modernismo -2. La «Pascendi» y el modernismo actual (245), 26

El siglo XIX es un hervidero de errores contra la fe católica, y la Iglesia los combate incesantemente. -El modernismo como conjunto de todos los errores y herejías. -El decreto «Lamentabili». -La encíclica «Pascendi». -Causas del modernismo y sus remedios. -Los modernistas de esa época son conscientes de su derrota. -El Juramento antimodernista. -El modernismo sigue vivo dentro de la Iglesia actual. -Notas principales de los católicos que mantienen hoy la ortodoxia y la ortopraxis.

-5. Dios, autor de la Escritura, inspira a los hagiógrafos (246), 35

La Constitución Dogmática «Dei Verbum» del Concilio Vaticano II. -Dios «habló por los profetas». -Dios habló por Jesucristo y por sus apóstoles y evangelistas. -Los primeros cristianos creen que el NT continúa la revelación del AT: es Palabra de Dios. -La Iglesia cree con fe dogmática que Dios es el autor principal de los libros sagrados. -Pío XII y

la encíclica «Divino afflante Spiritu». -Benedicto XVI y la exhortación «Verbum Domini». -La Pontificia Comisión Bíblica y la instrucción «De historica evangeliorum veritate». -Los modernistas antiguos y actuales niegan prácticamente la inspiración divina de los Evangelios.

-6. Verdad e historicidad de los Evangelios. 1 (247), 42

La Sagrada Escritura es la primera en afirmar la veracidad e historicidad de sí misma. -La Liturgia cristiana venera la Palabra divina. -Los Santos Padres veneran las Sagradas Escrituras como Palabra de Dios. -El arrasamiento modernista de la Sagrada Escritura y el salmo de la Viña devastada. -El Magisterio apostólico moderno ha reafirmado con frecuencia la veracidad e historicidad de los Evangelios: León XIII, S. Pío X, Pablo VI y la instrucción «De historica evangeliorum veritate». -La Constitución Dogmática «Dei Verbum» del Concilio Vaticano II.

-7. Verdad e historicidad de los Evangelios. y 2 (248), 50

El modernismo se alzó de nuevo después del Vaticano II. - El apostolado de la incredulidad en el Evangelio crece más y más. -Prof. Fernandez Ramos y milagros Evangelio de S. Juan. -Prof. Pagola y negación historicidad de Evangelios, ej., apariciones postpascuales de Cristo. -La credibilidad de los testigos del Evangelio es máxima: comunican la misma predicación de los Apóstoles. -La credibilidad de los códices evangélicos es máxima. -La fecha de composición de los Evangelios es muy temprana. -Datación de los Evangelios a través de la historia. -El fundamentalismo literalista es un gran

error. -Liberales protestantes y modernistas acusan de fundamentalista a la Iglesia católica. -Los católicos creemos en los milagros de Jesús; ej. anduvo sobre las aguas. -Creemos en los Evangelios de la Infancia: Laurentin, Ratzinger-Benedicto XVI. -Arrepentíos y creen en el Evangelio.

APÉNDICE

Los milagros de Jesús según Walter Kasper, 64

1.- La mayor parte de los milagros de los Evangelios no son históricos. 2.- Los milagros no son acciones que superan el orden natural. 3.- Dios jamás actúa en su omnipotencia alterando el orden de la creación. 4.- El hombre no tiene posibilidad real de conocer algo como milagroso. 5.- Los milagros no tienen propiamente un valor apologético, es decir, no son motivos razonables de credibilidad para suscitar y confirmar la fe, sino que la presuponen.

–Refutación de estas tesis.

Índice, 68

Fundación GRATIS DATE

Apartado 2154, 31080 Pamplona, España

Teléfono y Fax 948-123612

fundacion@gratisdate.org

www.gratisdate.org

—**GRATIS DATE** es una Fundación católica, benéfica y no lucrativa, que publica libros o cuadernos sobre temas básicos, y que los difunde gratuitamente o a precios muy bajos.

—**Obras publicadas:** Paul ALLARD, *Diez lecciones sobre el martirio*. —Julio ALONSO AMPUERO, *Espiritualidad del apóstol según San Pablo* (2ª ed.); *Éxodo* (2ª ed.); *Historia de la salvación* (2ª ed.); *Isaías 40-55* (2ª ed.); *Iglesia evangelizadora en los Hechos de los Apóstoles* (2ª ed.); *Meditaciones bíblicas sobre el Año litúrgico*; *Personajes bíblicos*. —Ignacio BEAUFAYS, *Historia de San Pascual Bailón*. —Horacio BOJORGE, *La Virgen en los Evangelios*. —Enrique CALICÓ, *Vida del Padre Pio* (2ª ed.). —Santa CATALINA DE GÉNOVA, *Tratado del Purgatorio* (2ª ed.). —Alberto CAUSELLI, *Liberalismo y apostasía*. —Jean-Pierre DE CAUSADE, *El abandono en la divina Providencia* (2ª ed.). —Juan ESQUERDA BIFET, *Esquemas de espiritualidad sacerdotal* (4ª ed.). —Eudaldo FORMENT, *Id a Tomás; principios fundamentales del pensamiento de Santo Tomás* (2ª ed.). —Manuel GARRIDO BONAÑO, *Año litúrgico patrístico*: (1) *Adviento, Navidad*; (2) *Cuaresma*; (3) *Pascua*; (4) *Tiempo Ordinario I-IX*; (5) *Tiempo Ordinario X-XVIII*; (6) *Tiempo Ordinario XIX-XXVI*; (y7) *Tiempo Ordinario XXVII-XXXIV*. —San Luis María GRIGNON DE MONTFORT, *Carta a los Amigos de la Cruz* (2ª ed.). —José María IRABURU, *Caminos laicales de perfección* (3ª ed.); *Causas de la escasez de vocaciones* (2ª ed.); *Católicos y política*; *De Cristo o del mundo* (3ª ed.); *El martirio de Cristo y de los cristianos*; *El matrimonio en Cristo* (3ª ed.); *Elogio del pudor* (2ª ed.); *Evangelio y utopía*; *Gracia y libertad*; *Hábito y clermapa*; *Hechos de los apóstoles de América* (2ª ed.); *Gracia y libertad*; *Infidelidades en la Iglesia*; *La adoración eucarística* (2ª ed.); *La adoración eucarística nocturna* (2ª ed.); *La Cruz gloriosa*; *Las misiones católicas*; *Lecturas y libros cristianos*; *Los Evangelios son verdaderos e históricos*; *Mala doctrina*; *Maravillas de Jesús* (2ª ed.); *Oraciones de la Iglesia en tiempos de aflicción*; *Por obra del Espíritu Santo*; *Reforma o apostasía*; *Sacralidad y secularización* (3ª ed.); *Síntesis de la Eucaristía* (2ª ed.). —San Francisco JAVIER, *Cartas selectas*. —JUAN PABLO II, *El amor humano en el plan divino* (129 catequesis). —Julián LÓPEZ MARTÍN, *Oración al paso de las Horas* (2ª ed.). —Beato Columba MARMION, *Jesucristo, vida del alma* (4ª ed.); *Jesucristo, ideal del sacerdote*. —Yves MOUREAU, *Razones para creer*. —Enrique PARDO FUSTER, *Fundamentos bíblicos de la teología católica*, I-II. —Miguel PEQUENINO, *El Directorio ascético de Scaramelli* (2ª ed.). —José María RECONDÓ, *El camino de la oración, en René Voillaume*. —José RIVERA-José María IRABURU, *Síntesis de espiritualidad católica* (7ª ed.). —Alfredo SAENZ, *Arquetipos cristianos*; *El Apocalipsis, según Leonardo Castellani*; *La Cristiandad, una realidad histórica*. —José Antonio SAYÉS, *El tema*

del alma en el Catecismo de la Iglesia Católica (2ª ed.). —Raimondo SORGIA, *La Sábana Santa, imagen de Cristo muerto*. —Charles SYLVAIN, *Hermann Cohen, apóstol de la Eucaristía* (2ª ed.).

—**Pagos y donativos:** pueden hacerse por cheque o giro enviado a la F.GD, Apartado 2154, 31080 Pamplona; o por vía bancaria: «Fundación GRATIS DATE», *Barclays Bank*, Av. Carlos III, 26, 31004 Pamplona, c.c. 0065 00196 2 0001051934.

La F.GD **permite la reproducción total o parcial de sus obras** (Estatuto, art. 18),
y la facilita empleando formatos A5 (14 x 21 cm.)
y A4 (21 x 29,7)

«*Gratis lo recibisteis, dadlo gratis* (gratis date)» (Mt 10,8).
«*Dad y se os dará*» (Lc 6,38).

Fundación JOSE RIVERA

Apartado 307, 45080 Toledo, España

fundacionjoserivera@gmail.com

www.jose-rivera.org

—El siervo de Dios don José Rivera Ramírez (1925-1991), sacerdote, fue miembro fundador de la Fundación GRATIS DATE. El 21 de octubre de 2000 se clausuró en Toledo su Proceso de Canonización, que actualmente prosigue en Roma. La Fundación JOSE RIVERA ha recogido y transcrito todos sus escritos personales, y ha publicado hasta ahora una parte de ellos en 23 Cuadernos.

—**Obras publicadas:** 1- José Rivera. *In memoriam*. 2- José Rivera. *Testimonios* (I) (agotado). 3- *La Teología* (2ª ed.). 4- *El Espíritu Santo* (4ª ed.). 5- *La Eucaristía* (2ª ed.). 6- *La caridad* (3ª ed., con textos añadidos). 7- *Meditaciones sobre Ezequiel*. 8- *El Adviento* (agotado; ver 18). 9- *Meditaciones sobre Jeremías*. 10- *La Cuaresma* (3ª ed.). 11- *Meditaciones sobre los Hechos de los Apóstoles* (2ª ed.). 12- *Cartas* (I) (2ª ed.). 13- *Semana Santa* (2ª ed.). 14- *Meditaciones sobre el Evangelio de San Marcos* (2ª ed.). 15- *La vida seglar* (2ª ed.). 16- *La mediocridad* (2ª ed.). 17- *Cartas* (II) (2ª ed.). 18- *Adviento, Navidad* (2ª ed.). 19- *Jesucristo* (2ª ed.). 20- *Poemas*. 21- *Cuaderno de Apertura del Proceso Diocesano*. 22- *Cuaderno de Clausura del Proceso Diocesano*. 23- *Textos proféticos* (I). 24- *Textos proféticos* (II). 25- *50 aniversario de la Ordenación Sacerdotal del Siervo de Dios José Rivera Ramírez*. 26- *Fecundidad*. 27- *José Rivera. Testimonios* (II). 28- *De la muerte y la vida*. 29- *La Iglesia*. 30- *La Belleza y la Verdad*.

—**Ayudas:** La Fundación JOSÉ RIVERA distribuye gratuitamente estos Cuadernos a quienes se los piden. Y los donativos que se le quieran hacer pueden ser enviados a su Apartado postal, por giro o por cheque, o pueden ser ingresados en la c.c. nº 0049-2604-41-1811068090 del Banco Central Hispano, sucursal 2604, c/ Comercio 47, 45001 Toledo.